SAM SHELSTAD

CIUDADANOS DE LA LUZ

Colleen Weagle pensaba que su matrimonio era tranquilo y monótono hasta que encontraron a su marido a orillas de un pantano con un disparo en la cabeza. A los interrogantes abiertos por su violenta muerte, se les sumó la presencia de un misterioso hombre durante el funeral. Tres meses después, Colleen descubre en un periódico local una foto de aquel desconocido vestido con un chaleco de uno de los casinos más famosos de las cataratas del Niágara. Para ella, ha llegado el momento de encontrar algunas respuestas.

Acompañada por su compañera de trabajo Patti, Colleen emprende una febril investigación en una ciudad plagada de casinos, falsos oropeles y oscuras trampas para turistas, y donde también hay cuentas pendientes con el pasado.

Sam Shelstad

Ciudadanos de la luz

Título original: *Citizens of Light*
Sam Shelstad, 2022
Traducción: Francesc Pedrosa Martín, 2022

-

Revisión: 1.0

03/03/2023

1

Tenía al teléfono a una mujer de Nevada, y me daba la impresión de que no tenía prisa alguna. Una tediosa encuesta de cuarenta y cinco minutos sobre la compañía de la luz. O más, si a la persona le apetecía hablar. Y no pasaba riada. Ese era mi trabajó: llamar a gente y hacerles encuestas sobre la compañía de la luz, que a veces podían durar cuarenta y cinco minutos. El centro de llamadas tenía una regla, no obstante: si tu turno terminaba durante una llamada, no podías colgar hasta haber completado la encuesta. Mi turno terminaba dentro de cinco minutos y ahí estaba esa señora, sin prisa alguna. Y yo necesitaba volver a casa. Madre se había encerrado en el cuarto de baño antes de que yo saliera para el trabajo. Cuando se altera por algo, se esconde, como un gato enfermo. No quiere que nadie se preocupe, así que se esconde y acaba por preocupar a todo el mundo, más que si se limitase a reconocer que está disgustada. La llamé durante mi descanso y no respondió.

—Señorita, ¿cuánto tiempo va a durar esto? —preguntó la mujer de Nevada.

—Unos cuarenta y cinco minutos, según lo que responda —dije yo. En ese momento es cuando la gente suele colgar.

—Dios mío. Estaba mirando la tele. Venga, vamos.

—Puedo volver a llamar cuando le resulte más cómodo. —Si un supervisor está escuchando cuando dices eso, te puede salir caro, pero me arriesgué. Si colgaba, aún podía salir corriendo y tomar el autobús de las 11:10 a casa.

—No, no. Adelante con las preguntas.

—Muy bien, perfecto. Antes de empezar, debo informarle de que esta llamada puede ser supervisada para garantizar la calidad de

nuestros servicios y…

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó la mujer—. ¿Karen?

—Colleen Weagle. —Se nos permitía utilizar seudónimos. El mío era Annie Hart, pero no me gustaba mentir, así que le decía mi nombre real a todo el mundo.

—Colleen Weagle. ¿Desde dónde llama? ¿Australia, o algo así? Tiene un acento curioso.

—De hecho, llamo desde Toronto, Canadá.

—¿Canadá? Mi hermano tiene un amigo allá arriba. Se conocieron por internet. ¿Cómo se llamaba? Peter, me parece. Peter Frost. Mi hermano está todo el tiempo hablando de Peter Frost, no para, es increíble. Vive en la parte francesa de Canadá.

—Señora, antes de empezar, debo informarle de que esta llamada puede ser supervisada…

—Eso ya me lo ha dicho, adelante con las preguntas.

—Muy bien, tengo que informarle de que…

—Peter Frost tiene una tienda de objetos relacionados con el deporte allá arriba. Así es como mi hermano lo conoció. Colecciona cosas sobre béisbol.

Finalmente, llegamos a las opiniones de la mujer de Nevada sobre los servicios públicos. Ella se salía por la tangente y entonces, al notar mi frustración, contestaba unas cuantas preguntas para tenerme contenta. Yo ya había guardado mi guión especulativo de *Jinetes de Exley* —solía dedicarme a pulirlo mientras hacía llamadas —, así que recuperé el *Metro*, el periódico gratuito, de la papelera de reciclaje que había detrás de mi escritorio. Aquella noche aún no había terminado el crucigrama, y se me ocurrió que lo haría mientras la mujer avanzaba trabajosamente a través de la encuesta.

Mientras pasaba las páginas del periódico buscando los pasatiempos, haciendo progresar a la mujer de Nevada lo mejor que podía, me topé con una fotografía. Me quedé helada. Dos polis sacando a un criminal de un casino. Pero no fue el criminal quien me llamó la atención. Tampoco los polis. Fue un hombre que estaba en el fondo, con un chaleco. Un empleado del Casino Fallsview. Lo conocía de algo.

—¿Cuál es su nivel de satisfacción con el suministro de su servicio de electricidad? —Leí en la pantalla de mi ordenador. Luego volví a mirar con atención la página de *Metro*. El hombre del chaleco tenía algo. Lo intuía. Me daba esa sensación—. ¿Está muy satisfecha, bastante satisfecha, ni satisfecha ni insatisfecha, bastante insatisfecha o muy insatisfecha?

—Ni satisfecha ni insatisfecha —dijo la mujer de Nevada—. En fin, es electricidad, y llega a mi casa. No sé qué más quiere de mí. Por cierto, ¿qué tiempo hace por ahí?

—Está lloviendo. —La verdad es que diluviaba. Oía las gotas de lluvia golpear la ventana, y eso que llevaba auriculares; parecía que el centro de llamadas estuviese dando tumbos por un túnel de lavado. No había cogido el paraguas. Iba a tener que usar el periódico para no mojarme.

—¿Lloviendo? Vaya por Dios. Aquí no está lloviendo, para nada. ¿Qué hora es allí?

—Son las 11.25.

—¿De la noche?

—De la noche.

—Qué te parece. Qué te parece.

Perforé el *Metro* con la mirada. Mi supervisor, Ken, me perforó a mí. Yo era la única telefonista que quedaba y él no podía irse hasta que yo no hubiese terminado. Mirándole, me encogí de hombros para decirle «Estoy de tu parte, yo también me quiero ir a casa», pero él apartó la vista. Casi medianoche. Lloviendo. A la mujer de Nevada aún le quedaban diez preguntas, pero me puso en espera para dar de comer a sus perros salchicha. Me quedé mirando al hombre con el chaleco del Fallsview.

Mientras esperaba que la mujer volviese al teléfono, me di cuenta. El funeral de Leonard. Hacía tres meses que mi marido había fallecido, y el hombre del chaleco estaba en el funeral. Nadie sabía quién era ni de qué conocía a Leonard. Desde luego, yo no lo conocía. Se quedó en la parte de atrás y no habló con nadie. Me acerqué a él después del oficio, le di las gracias por venir y le pregunté de qué conocía a Leonard. Me dijo que había trabajado con él en la fábrica de plástico, inmediatamente pidió disculpas y se

fue. Desapareció.

Era él, estaba claro. Cara ancha, nariz larga y delgada, ojos pequeños de depredador: ese era el aspecto que tenía. La foto no era muy clara, y el hombre del chaleco estaba en el fondo; pero se veía lo suficiente.

—¿Falta mucho aún? —preguntó la mujer de Nevada al coger el teléfono—. Buck pronto estará en casa.

—Quedan diez preguntas, señora. Puedo tratar de ir más rápido.

—Sí, por favor. No tengo todo el día. ¿Cuánto le pagan por esto? Mi hermano solía trabajar en uno de estos centros telefónicos, ¿sabe? Creo que vendía suscripciones a televisión por cable. Buck y yo tenemos satélite, claro.

Miré a Ken. Estaba haciendo estiramientos de rabia en su cubículo. No llevaba auriculares, así que no estaba escuchando.

Corté la llamada.

Colgué mis auriculares, cerré la sesión en el ordenador Arranqué con cuidado la página con la foto de *Metro* y luego recorté la foto de la página. Puse la foto en mi cuaderno con el guión de televisión, que volví a guardar en el bolso. Colgar a un encuestado en mitad de la encuesta era una infracción grave, pero pensé que no me pasaría nada; Ken era el único supervisor que había y no estaba escuchando. Tenía que salir de allí. Ya no era solo que tuviese que llegar a casa con madre. Claro que estaba preocupada por ella. Cuando se encierra en el baño, seguro que pasas la noche del loro. Pero la mujer de Nevada casi había terminado la encuesta, y madre podía haber esperado otros diez o veinte minutos. Pero no: lo que me puso nerviosa fue el hombre del chaleco. Estaba en el funeral de Leonard y era el hombre de la foto, estaba segura de ello. No podía concentrarme en la llamada.

Leonard y yo estuvimos juntos durante casi tres años. Era mi mejor amigo, si no tenemos en cuenta a madre. Era amable y simpático; siempre tenía algo agradable que decir de las personas que salían en la conversación. Y atento: no solo me compraba flores el día de San Valentín, sino también para el día de la Madre. Era de esa clase de hombres. Y entonces, sin venir a cuento, hacía tres meses, mientras dormía, recibí una llamada. Pensaba que Leonard estaba en la cama conmigo; pero no era así. Estaba en el pantano de Morrison. A casi dos horas en coche. Una mujer lo encontró

mientras paseaba a su perro. Llevaba ropa negra y estaba tumbado boca abajo en el lodo. Muerto. Con un disparo en la cabeza. Según declararon los polis, se lo había pegado él mismo.

No tenía ningún sentido. Leonard nunca iba a ninguna parte. No tenía nada que hacer en una ciénaga. Era feliz; superpositivo sobre el mundo. ¿Y por qué iba vestido de negro, como un ladrón de los que se cuelan por la ventana? Tampoco dejó una carta donde explicase el motivo. La vieja escopeta de caza de su padre. La policía se limitó a encogerse de hombros. Su coche estaba aparcado en una vía de servicio, a pocos kilómetros del lugar en el que lo encontraron. Había conducido hasta allí, en mitad de la noche, y luego ¿qué? ¿Se había internado en el bosque y se había pegado un tiro? Era como si hubiese tenido una vida secreta. Sus amigos de la fábrica de plástico también se habían quedado anonadados. Fue algo devastador. Ya era bastante difícil que Leonard no estuviese, pero ¿no saber por qué, no poder preguntarle qué había pasado? No podía aceptarlo. Sin embargo, tenía que hacerlo, así que lo hice.

Después de ver a aquel hombre en el funeral, el hombre de la fotografía de *Metro*, pensé que, a lo mejor, él sabía algo. Parecía nervioso cuando hablé con él, y no parecía conocer a nadie más. Tenía curiosidad, así que pregunté por allí, y nadie de la pequeña multitud que se juntó para el funeral lo conocía, incluidos los compañeros de trabajo de Leonard. Su jefe en Plásticos Conter había venido y dijo que no lo había visto nunca. El hombre me había mentido cuando dijo que trabajaba en la fábrica con Leonard. Sabía que este extraño podía tener algo que ver con el hecho de que mi difunto marido fuese al pantano de Morrison. Y con que muriese allí. Incluso podía ser responsable de ello, pensé. Llamé a la policía y les conté lo del hombre sospechoso en el funeral. Me dijeron que necesitaba dormir más. No volví a ver al extraño, y su perturbadora presencia se quedó dando vueltas en mi cerebro, junto al resto de detalles inquietantes que rodeaban a la muerte de Leonard. Una nueva capa de dolor que añadir al montón.

Pero ahora tenía la fotografía. Sabía dónde vivía el hombre, o al menos dónde trabajaba. El casino Fallsview en las cataratas del Niágara. No estaba segura de qué hacer con esa información, pero sabía que tenía que salir.

2

—Colleen —dijo una voz. Estaba de pie junto al reloj de fichar, buscando mi tarjeta para pasarla. Me di la vuelta.

Patti Houlihan. La mayor parte de mis compañeras de trabajo eran adolescentes, pero Patti tenía casi cuarenta años, como yo. Vivía en Mímico, donde yo vivía también.

Patti podría ganar un concurso de belleza, si no estuviese siempre con el ceño fruncido. Tiene el pelo negro y brillante, como Monica de *Friends*, y una postura perfecta. Ojos de personaje de animación, grandes como platos, en el buen sentido. Grandes ojos marrones. Las mejillas salpicadas de unas adorables pecas. Pero el ceño fruncido oscurece esos bonitos rasgos.

En mi caso, trato de sonreír todo lo que puedo. No soy gran cosa cuando tengo una expresión neutra, pero estoy orgullosa de mi sonrisa y la uso con generosidad. Una buena sonrisa multiplica por diez tu atractivo. Tengo el cabello castaño, de aspecto fibroso, que me tiño de rubio cada dos meses. Ojos hundidos, como una pasa, con arrugas. La figura de un chico adolescente y flaco, hasta en la espalda encorvada. Patti tiene curvas, y la gente se vuelve cuando pasa y todo eso, pero yo no soy envidiosa. No me olvido de sonreír, y es una sonrisa auténtica. Las personas se dan cuenta de ello.

—Hola, Patti —dije yo—. Tú también te has quedado pillada, ¿eh? Pensaba que ya no quedaba nadie.

—Vaya, ¿así que a ti también te ha pasado lo mismo? ¿Y pensabas que todos se habían ido? Qué coincidencia.

—¿Cómo dices?

—Está lloviendo, Colleen. No te hagas la lista. Podías haberme pedido que te llevase y ya está.

—No, yo…

—No te preocupes, no pasa nada. Ya te llevo. No hacía falta que disimularas y mintieras sobre lo de la encuesta, eso es todo. Pero date prisa, no me voy a quedar esperando.

—No, estoy lista.

Encontré mi tarjeta, la pasé, y luego Patti hizo lo mismo. La seguí al ascensor. Casi todas las noches, las dos acabábamos nuestro turno a las once y Patti se ofrecía a llevarme a casa. En general, trataba de evitarla. No me apetecía oírla despotricar sobre lo de pasarse seis horas al teléfono, y el viaje en autobús me ofrecía una ocasión para desconectar antes de tener que tratar con madre. Aquella noche no era una excepción; aunque tenía ganas de llegar a casa, no había tenido la ocasión de procesar lo que había visto en *Metro*. El hombre misterioso había vuelto a hacer acto de presencia. El casino Fallsview. Era algo muy importante, pero entre Patti y madre iban a pasar horas antes de que pudiese poner en orden mis pensamientos. Y no se podía rechazar un viaje con Patti Houlihan. Se ofendía. Una vez traté de pasar de su oferta y tiró mi mochila en mitad de la calle.

Seguía lloviendo con intensidad. Patti no se ofreció a compartir el paraguas, así que me cubrí la cabeza con el bolso. «Espero que mi guión no se moje», pensé. Ni la fotografía de *Metro*. No me apetecía tener que volver a buscar otro ejemplar. Patti había aparcado en la calle, a dos manzanas.

—No corras —dijo Patti. Ella iba caminando con indiferencia, como quien pasea por un museo—. No seas grosera. Encima que te llevo a casa…

—Lo siento —dije, poniéndome a su lado. Estaba quedando empapada—. Es que tengo frío.

—Deberías haber traído el paraguas. Por Dios, Colleen. Yo me acordé de traer el paraguas. Tu problema es que no piensas. Y por cierto, ¿tenemos que parar en un cajero automático?

—Sí, lo siento. A menos que pueda pagarte mañana…

—Ni lo sueñes. Si no eres capaz de acordarte de traer el paraguas cuando el pronóstico meteorológico indica lluvia, tampoco te acordarás de mi dinero. Pararé en el Sunoco y tú entras. Pero rapidito: no quiero perderme a James Corden.

Patti me cobraba diez dólares por el viaje. Un taxi desde la oficina a Mimico costaría veinte, decía ella. Más la propina. Puede

que el transporte público fuese más barato, seguía diciendo, pero entonces tenía que esperar el autobús a oscuras y parar en todas las paradas y sabe Dios lo que podía suceder en aquellas trampas mortales. Los diez pavos no eran solo por la gasolina: Patti tenía que pagar los plazos del coche, el seguro, etc. En realidad, según su criterio, era yo la que me estaba aprovechando de ella. A mí no me lo parecía, pero no tenía ningún contraargumento.

Fuimos en el coche hasta casa, en Mímico. Patti parloteaba sobre cómo le había ido el día, me dio un relato detallado de cada una de las llamadas que había hecho, reflexionó sobre la estupidez de la población en general y me explicó por qué la central de llamadas estaba completamente por debajo de su categoría. Llevaba casi una década trabajando allí. Yo no dije nada. Las gotas de lluvia repicaban en el techo de su Sunbird. Paramos en el Sunoco para que yo pudiese sacar su tarifa del cajero automático. Salí con el dinero de Patti y la puerta del pasajero estaba bloqueada. Patti bajó la ventanilla.

—Te voy a dejar aquí —dijo mientras cogía mi dinero—. No quiero perderme a Corden. De todos modos, solo son cinco minutos de caminata. No pasa nada.

Y se marchó.

Me quité la mochila, me cubrí la cabeza con ella y empecé a andar hacia mi casa.

Crecí en Mímico, que está en South Etobicoke, que forma parte de Toronto. Es como si fuese un pueblo por sí solo. Toronto es así: una serie de pueblos apiñados juntos. Cuando iba a la universidad viví durante un tiempo en un apartamento del centro, compartiéndolo con otras dos personas. Pasé ocho meses en una granja a unas horas de distancia de Toronto, hacia el oeste, cuando era adolescente. Pero, aparte de eso, me he pasado toda la vida en el mismo pequeño dormitorio del bungaló de color amarillo maíz de madre. Vivimos en una calle tranquila, pero nuestro patio trasero comparte una verja con The Blue Drop, un bar de deportes. Cuando yo era niña, era un club de *jazz*; los nuevos propietarios conservaron el nombre, pero cambiaron todo lo demás. Desde la ventana de mi dormitorio he visto a gente echando un polvo contra

el contenedor. Sin embargo, nunca había demasiado ruido. Era un buen barrio. Sobre todo, italianos de edad avanzada y *yuppies*. Los perros más bonitos que hayas visto. Yo no necesitaba tener un perro y gastar dinero en sacos de comida, porque podía simplemente salir y verlos pasar.

Entré en la casa con los vaqueros y la sudadera nueva de Gap empapados de agua. Me lo quité todo, lo dejé caer al suelo y llamé a madre en ropa interior. Sin respuesta. Me sequé frotándome con una de las bufandas de Leonard, que aún estaba colgada a la entrada, y entré al salón. Madre estaba sentada en el sillón, con la cabeza sobre el respaldo y la boca abierta. Parecía muerta. El televisor estaba encendido, pero en el menú de configuración.

—¡Madre! —dije.

Ella abrió los ojos y tosió.

—¿Qué hora es? —preguntó. Se irguió e hizo crujir el cuello.

—No lo sé. Es tarde. ¿Qué haces? ¿Por qué no contestaste al teléfono antes? Te llamé durante mi pausa.

—Lo siento, querida. ¿Te preocupaste mucho? Te hice polvo la noche, ¿verdad?

—Estoy bien, madre. ¿Tú estás bien?

—Estaba cansada, nada más. Aún lo estoy.

—Bueno, me alegro de que estés bien. ¿Te has tomado la nueva medicación?

—Sí, me la he tomado.

—¿Qué has hecho esta noche?

—Bah, nada. Seguramente querrás mirar la tele. Ya me voy. Estaba intentando poner más brillo, espero no haberlo estropeado. ¿Dónde está tu ropa?

—Está lloviendo.

—¿Sí? Ya te habría pagado yo el taxi.

—Bueno, voy a prepararme algo de comer y luego me voy a mi habitación. ¿Quieres tostadas?

—No, no. Tú misma.

En la cocina, esperando que saltasen las tostadas, empecé a

guardar la vajilla que había en la rejilla de secado. Estaba temblando —aún iba en ropa interior y no me había secado del todo—, pero quería terminar de preparar la comida y encerrarme en mi cuarto antes de que madre volviese a empezar. Crees que estás salvada si la pillas tranquila, pero eso puede cambiar en cualquier momento. Entra en tu habitación y empieza a hablar de cualquier estupidez —de que las ardillas del patio de atrás parecen estar muy cansadas o algo así— y, sin que te des cuenta, se le llenan los ojos de lágrimas. Se disculpa por cualquier ofensa imaginaria, te suplica que la perdones, sale corriendo, se encierra en el sótano y se encaja entre la lavadora y la secadora. Madre lleva arrastrando este extraño complejo de culpa desde que me pasé ocho meses en la Granja de rejuvenecimiento Ciudadanos de la Luz, cuando tenía dieciséis años.

La Granja era una gran finca rural abandonada en las afueras de Lucan, Ontario, y la dirigía un hombre llamado Padre Woodbine. Yo era una persona distinta antes de acabar allí. Atormentada. Rabiosa. Tomaba ácido en casa de mi amiga Claire después del colegio. Robaba en las tiendas de Eaton Centre. Una noche, los polis me llevaron a casa después de pillarme saltando la valla de la piscina de Christie Pits con mis amigos. Me habían encontrado en el bolsillo una funda de cinta de casete con dos porros. Madre amenazó con echarme de casa, y yo puse en evidencia su farol y decidí escaparme. Uno de los colaboradores de Woodbine se me acercó en la estación de la Greyhound mientras miraba el panel de salidas, buscando la inspiración. Si él no hubiese intervenido, yo nunca habría dejado la ciudad. Así era como Woodbine y sus seguidores reclutaban a nuevos Ciudadanos de la Luz: localizaban jóvenes que se hubiesen escapado de casa, como yo, en las estaciones de autobús, o haciendo autostop en las autopistas, y los atraían para que entrasen en su mundo. El colaborador que me hizo entrar a mí era atractivo y amable. Escuchó mi historia y mostró compasión. Me enseñó fotos de la Granja, con hermosos campos, un estanque y una gran mesa alargada en la cocina con personas de mi edad comiendo espaguetis juntos. Así que me fui con él. Cuando llegué ala Granja, todos me dieron la bienvenida. Los sombríos asuntos religiosos se iban introduciendo poco a poco. No me di realmente cuenta de que formaba parte de una secta hasta que llegaron los

polis, ocho meses más tarde, y se nos llevaron a todos. Woodbine fue a parar a la cárcel. Yo volví a Mímico con madre y las cosas cambiaron. Mi etapa de rebeldía había llegado a su fin. Me quedaba en casa los fines de semana. Tenía que ver a un psicólogo todos los lunes por la noche. Tomaba medicación para poder dormir. Y la culpabilidad de madre por lo que me había pasado fue invadiendo su vida poco a poco.

Con años de terapia, había conseguido mantener este problema más o menos bajo control, pero últimamente, desde el fallecimiento de Leonard, había vuelto a surgir. Me daba mucha pena, de verdad. Pero era agotador. Yo tenía mi propio sentimiento de culpa, mis propios problemas. Necesitaba estar sola en mi cuarto, con la puerta cerrada contra el mundo.

Estaba guardando la última pieza de vajilla, un tazón azul, cuando leí las letras estampadas en él: Niagara Falls. El tazón de las cataratas del Niágara. Lo había lavado un centenar de veces. Había bebido café en él cincuenta veces, y también había visto a Leonard y a madre beber café en él. Formaba parte de los objetos que decoraban mis rutinas diarias, pero nunca le había prestado atención. No era más que un tazón que tenía.

Pero ahora, pensando en lo que había visto en la revista *Metro* aquella noche, el tazón adquirió un nuevo sentido. Niagara Falls. ¿Cómo llegó hasta aquí? Yo no lo compré. Nunca había estado en las cataratas del Niágara. Tampoco madre, que yo supiera. ¿Y Leonard? ¿O quizá se lo había regalado su amigo, el hombre del chaleco? ¿De dónde había venido aquella maldita cosa?

Sostuve el tazón a la luz y lo examiné. No estoy segura de lo que buscaba. No era más que un tazón azul. Pero lo que estaba claro era que, fuera la que fuese la vida secreta de Leonard, tenía algo que ver con las cataratas del Niágara. Todas las señales apuntaban hacia allá. El hombre de la fotografía, el tazón. El pantano de Morrison estaba a solo media hora en coche de las cataratas. Tenía que ir allí, y lo antes posible. Trabajaba los viernes por la noche y los domingos por la tarde, así que el fin de semana no era posible. Tenía libres los sábados y los martes; pero un solo día no bastaría para el viaje. Necesitaba un fin de semana. Eso quería decir que iba a tener que pedir un fin de semana libre, y eso tenía que hacerlo con, al menos, dos semanas de antelación. En dos semanas, iba a ir

a las cataratas del Niágara, al casino de Fallsview, e iba a localizar al hombre de la fotografía. Y entonces descubriría lo que le había pasado a Leonard.

Fui a mi habitación, a jugar a videojuegos. Me llevé el tazón. Oí mi tostada saltar mientras caminaba por el pasillo, pero la dejé estar.

3

Heartsong trotaba por Lorenzo Snow Beach, bajo la luz de la luna, de camino a la gran piscina. Más allá, las antorchas hawaianas iluminaban las cabañas con un brumoso resplandor amarillo. No había nadie más, Heartsong tenía toda la playa para él solo. «¿Vendrá Bonsái?», me pregunté. Quizá estaba esperando junto al estanque.

Heartsong era el personaje de Leonard en *La isla de los renos*, un juego de ordenador en línea al que había jugado incesantemente. Estaba ambientado en una isla con un complejo turístico de lujo, con hoteles, un *spa* de rocas, una capilla para celebrar bodas… y ni un solo ser humano. Solo renos, controlados por otros jugadores en línea. Había enigmas esparcidos por toda la isla, y todos ellos requerían al menos dos jugadores para resolverlos. Por ejemplo, si dos renos se situaban al mismo tiempo sobre determinados símbolos grabados en el suelo, se abría una cueva secreta. El truco estaba en que solo era posible comunicarse mediante unos pocos gestos simples, como dar golpes con la pezuña izquierda o con la derecha. O bien, si te comías una pieza de fruta de uno de los árboles frutales de la isla, podías hacer que tu cornamenta brillase con el color de la fruta. Se suponía que el reto consistía en averiguar cómo coordinarse con los otros jugadores y resolver los enigmas sin utilizar el lenguaje convencional, pero la verdadera dificultad era encontrar a otros jugadores. Era excepcional ver a otros renos en la isla, aparte de Bonsái. No era un juego demasiado popular. Todos los edificios, clubes y jardines de la isla parecían tener el nombre de profetas mormones o ángeles, que supongo que el diseñador del juego coló por allí. O quizá había sido desarrollado por la iglesia mormona para propagar su fe. Leonard no era religioso, pero le

gustaba pasearse por la isla en su forma de reno. Jugaba cada día. Después de su muerte, descubrí que no había cerrado la sesión del juego. Yo podía jugar como si fuese su personaje, su reno. Controlar a Heartsong me hacía sentirme próximo a él. Continuaba con su juego. Era como si una parte de Leonard siguiese viva dentro de *La isla de los renos*.

Saliendo de la playa, Heartsong tomó el camino de herradura de piedras hacia el hotel Golden Plates. Los grillos zumbaban a través de los altavoces del portátil. El suelo estaba cubierto por una bruma baja azulada.

Heartsong abandonó el camino en el momento en que se veía el aparcamiento del Golden Plates, y pasó junto a las pistas de tenis. Girando la esquina del club, se subió a la enorme tarima de la gran piscina. La luz de las estrellas relucía en la superficie del agua. El mobiliario de piscina, vacío, se alineaba en hileras perfectas. Y ahí estaba el reno plateado. Su nombre, Bonsái, flotaba sobre él con letras amarillas. Quieto como una estatua bajo el tobogán de agua, miró hacia atrás, hacia Heartsong.

Heartsong zigzagueó entre las sillas y las sombrillas plegadas. Se acercó al paso hasta Bonsái y se quedó frente a él, en la plataforma de la piscina. Los dos renos se miraron. El jugador que controlaba a Bonsái observaba a Heartsong en otra pantalla. Si un reno se quedaba inactivo durante cinco minutos, se dormía, y Bonsái estaba despierto. Heartsong dio dos golpes con la pezuña derecha. El reno plateado desapareció; quienquiera que lo controlase había cerrado la sesión.

Apenas dormía. Desde que murió Leonard, no dormía casi nada, pero la fotografía de Metro empeoró aún más las cosas. Quería quitarle a aquel hombre el chaleco del Fallsview y estrangularlo con él. Pero eso no era justo. No conocía al hombre. A lo mejor era un santo. Pero también era mi posible conexión con el otro mundo que Leonard debió ocupar, el de las visitas nocturnas al pantano. Y parecía fuera de lugar en el funeral. No habló con nadie, no ofreció sus condolencias. Mintió cuando dijo que trabajaba en Plásticos Conter. Era imposible no pensar que era alguien siniestro; sobre todo a las dos de la madrugada, dando vueltas en la cama,

enredando las sábanas, con los ojos como platos.

Eran las 6.29 de la mañana. Miré el teléfono hasta que llegó la hora de la alarma. La apagué antes de que empezase a sonar. Me levanté e inicié mis rutinas. Aunque uno no esté a gusto con su vida, una rutina sólida te ayuda a no estar demasiado infeliz. Si tienes un horario apretado, no te da tiempo de obsesionarte con cosas terribles. Cuando murió Leonard, me tomé unos días libres del trabajo, y fue un periodo oscuro. Sí, oscuro de verdad. No hice más que llorar y fantasear que Leonard estaba vivo y que mi pensamiento de que había muerto en el fango era una especie de psicosis. A veces cerraba los ojos e imaginaba que era una escultura de bronce en un parque que sentía cero emociones, e incluso soportaba caídas de rayos con indiferencia. El centro de llamadas me había dado todo el mes libre, pero yo no lo quería. Quería hacer llamadas. Cuatro días después del funeral de Leonard ya estaba de vuelta en mi silla de despacho giratoria, con los auriculares puestos.

Me centré. Mi número de encuestas completadas por hora, de hecho, subió. Trabajé en mis guiones para televisión. Cuidé de madre, todo lo que ella me dejaba. Descargué juegos en mi teléfono y jugué hasta que no podía avanzar más. Completé todos los retos de *Temple Run 2*. Solo de noche, cuando apagaba la luz y me acostaba, con todo lo que podía hacer de día ya terminado, la oscuridad, furtiva, regresaba. El llanto, las fantasías. Me agarraba las muñecas y mordía la almohada. Pero ni siquiera estas largas noches eran tan terribles, porque sabía que no tenía más que esperar, que la mañana terminaría por venir y que entonces podía volver a empezar con mi rutina.

Por la mañana es cuando soy más creativa, así que me gusta ponerme directamente con mis guiones especulativos. Ducha rápida, cepillado de dientes y a Piccolos a escribir. Piccolos es un café italiano de Mímico. Tienen mesas en la acera, como en Europa. Si llegas pronto, puedes ocupar una de esas mesas y trabajar todo lo que quieras al sol de la mañana, con la inspiración de los pasajeros, del tráfico y de la gente que pasea al perro. Allí sentada, trabajando en mis guiones, me siento como si estuviera en una combinación de Los Ángeles y París. Dos lugares en los que no he estado nunca; pero puedes pillar el espíritu por la tele y por internet.

Cuando llegué a Piccolos, un grupo de corredores había ocupado

las mesas de la acera. Tuve que sentarme dentro, que se parece más al auténtico Mímico que a Europa. Las luces son tan brillantes que puedes ver los defectos de todo el mundo. Los camareros, los panaderos y los clientes eran feos, ajados. La radio estaba demasiado alta. Todo el mundo tenía que gritar los pedidos para que se oyesen por encima del partido de fútbol. Pero, en realidad, no me importaba demasiado. Trabajando en un centro de llamadas se aprende a dejar de prestar atención a todo. Pedí un café y un dónut de Nutella y me senté.

Estaba trabajando en un guión especulativo para *Jinetes de Exley*. Era la serie favorita de madre. Mi sueño era que mi nombre apareciera en los créditos algún día y sorprenderla. Un guión especulativo es básicamente cuando escribes un episodio de una serie de TV con la esperanza de que te contraten como guionista. No era probable que nadie me contratase a mí. No tenía buenas ideas. Llevaba dos años trabajando en distintos guiones para *Jinetes de Exley*. No me salía bien, no había forma.

Siempre había algo fuera de lugar. De hecho, todo. Trabajaba como una loca en un capítulo y, cuando terminaba el nuevo borrador, creía que no estaba mal. Que quizá hasta era brillante. Y entonces escribía una carta de presentación, lo metía todo en un sobre de papel manila y me acercaba a la oficina de correos. Y enviaba mi trabajo al vacío. Nunca me respondieron. A veces me imaginaba un ejecutivo con pinta de topo, puños peludos y un gran cigarro puro, leyendo mi trabajo a su amante en una habitación de hotel, riéndose de mí. Pero yo iba progresando. Mejorando. Me gustaba escribir guiones. En algún momento conseguiría uno perfecto. Aunque tardase veinte o treinta años. Desde luego, lo más probable era que, para entonces, madre ya no existiese y no viera mi nombre en los créditos, como en mi fantasía. Y seguro que ya habrían cancelado la serie. Pero al menos habría conseguido algo.

Abrí mi cuaderno. *Jinetes de Exley* era una serie dramática de la CBC sobre una escuela de equitación al estilo inglés, en la ciudad ficticia de Cloud River, en Saskatchewan. Una especie de historia de iniciación a la vida. La protagonista de la serie, Mary Valentine, llega a la Escuela de equitación Exley en el episodio piloto, con

trece años. Tiene su primer periodo en una de las sillas de montar de la escuela; con esto te haces una idea. Pero en la última temporada, la tercera, los creadores empezaron a incorporar ciertos elementos complementarios a la serie. Como el caballo de Mary, que muere en el último episodio de la primera temporada y regresa en forma de fantasma para ayudarla con sus problemas. O el nuevo estudiante, Bertram, que resulta que tiene poderes extrasensoriales. Yo hacía poco que había incorporado un elemento fantástico a mi propio guión especulativo. Al principio, imaginé que Mary se enfrentaba a la acosadora de la escuela, Stacy Maude Green. Mary descubría la historia turbulenta de Stacy, y las dos chicas aprendían a respetarse. Pero a la gente le encantó lo del fantasma y los poderes extrasensoriales, así que hice que uno de los estudiantes viese una esfera de luz brillante volar en el establo por la noche. A la mañana siguiente todos los caballos tenían una marca en el lomo. Y ahora, todos son diabólicos. Muerden a los niños, galopan demasiado rápido, corcovean. Solo necesitaba incorporar todo aquello de forma fluida a mi historia de acoso escolar.

Empecé a escribir episodios de TV mientras vivía en la Granja. La secta del Padre Woodbine era deprimente, pero de verdad, una vez agotada la primera capa de positividad y aceptación. Woodbine nunca nos acosó físicamente; por lo que yo sé, al menos. Ninguno de sus colaboradores más antiguos me tocó jamás de manera indebida. En cambio, psicológicamente, todos estábamos sometidos a situaciones horrorosas. Al cabo de unos meses, necesitaba huir de la visión oscura del mundo que dominaba aquel lugar. Quería ver la tele, pero no nos dejaban, así que empecé a esconderme en el lavabo para escribir mis propias versiones de las series que echaba de menos, como *Frasier y Ally McBeal*, en papel para borrador.

Todas las ideas de Woodbine tenían que ver con la muerte. Decía que la sociedad trataba de acallar la muerte, ignorarla, actuar como si no fuese real. Pero decía que la muerte era una parte importante de la vida, algo que debíamos aceptar e incluso acoger. Nosotros, los Ciudadanos de la Luz, declaraba Woodbine, contemplaríamos el rostro de la muerte y reconoceríamos la luz de Dios. El Espíritu divino Ka-Ni estaba compuesto de dos ángeles en

confrontación mutua: Ka, el espíritu del Sol, y Ni, el de la Luna. Una noche, Woodbine soñó que los ángeles Ka y Ni se enfrentaban en una batalla, cuando sus espíritus colisionaron y cayeron en un manantial en El Cairo. El Dios-Espíritu combinado, Ka-Ni, le dijo a Woodbine en el mundo de los sueños: «La vida en la tierra es una aproximación artificial de la verdadera luz divina. La luz natural de Dios es la muerte». El Dios-Espíritu le dijo que fundase una iglesia. Todas las noches, Ka-Ni entraba en el cerebro dormido de Woodbine y lo llenaba de nuevas enseñanzas. A medida que aumentaba el número de seguidores de Woodbine, estas enseñanzas se iban haciendo más morbosas. Teníamos que cavar trincheras y dormir en ellas las noches de luna llena. Mirábamos vídeos de personas muertas a tiros, eutanasiadas por médicos o decapitadas por terroristas. Una vez nos hizo robar un cuerpo de un cementerio cercano y conservarlo en la caseta del jardín durante meses, hasta que vino la policía. Woodbine solía encerrarme en la caseta, sola con el cadáver, durante horas.

Cuando volví a casa desde la Granja, las enseñanzas de la secta obsesionadas con la muerte me acompañaron. No podía dejar de pensar en cuerpos muertos y en el final de mi existencia. Era extremadamente consciente de cómo mis pulmones se llenaban de aire y lo soltaban, de cómo mi corazón bombeaba sangre, y de con qué facilidad todo podía detenerse. Un psicólogo me ayudó a rebajar el ciclo interminable de pensamientos de muerte, pero no fue suficiente. Escribir mis propios episodios de televisión se había convertido en un mecanismo de adaptación. Me apoyaba en él para alejarme de la oscuridad del mundo. No importaba lo que sucediese en mi vida, por horrible o triste que fuese, porque siempre podía controlar los personajes de mi cuaderno.

Di unos mordisquitos a mi dónut de Nutella y preparé mi mente para tener alguna idea sobre *Jinetes de Exley*. En el café entraron más deportistas. La habitación olía a sudor y a azúcar frito. Una mujer con un precioso flequillo se sentó en la mesa que había frente a la mía y habló por teléfono con el servicio de atención al cliente de Costco. Supongo que no podía encontrar su Gatorade cuando llegó a casa del supermercado. La puerta del café estaba abierta y

bloqueada, y en cierto momento un pájaro entró volando. La mujer del flequillo le hizo un vídeo con el teléfono. El pájaro picoteaba las migas junto al aparador de la bollería.

—Mira aquí —decía la mujer—. Mírame.

Yo no estaba haciendo nada con mi guión. Había escrito «Los caballos vuelven a la normalidad cuando Mary y Stacy se abrazan». Y nada más. No me podía concentrar. Solo podía pensar en las cataratas del Niágara. En el hombre de *Metro*.

Echaba de menos los comentarios de Leonard sobre mis guiones de televisión. De vez en cuando, si estaba en casa después de la cena, entraba en mi habitación y yo le leía lo que estuviese haciendo en aquel momento. Leonard se tumbaba en la cama con la cabeza apoyada en tres cojines. Yo me sentaba en el escritorio y leía en el portátil. Él siempre decía cosas para animarme. Cada nuevo guión o borrador que le leía era el mejor hasta entonces, mi trabajo más perfecto, brillante, absolutamente genial. Se reía de mis chistes y, a veces, saltaba de la cama y me daba un abrazo de felicitación cuando acababa de leer.

Pero, a decir verdad, a veces tenía la sensación de que, en realidad, no escuchaba. Que estaba ausente, y que simplemente decía cosas agradables e insulsas cuando parecía apropiado intervenir. Tenía una mirada ausente. Especialmente a lo largo del último año. Era como si estuviese más retraído. Cansado todo el rato. Irritable. Pero Leonard estaba con frecuencia agotado por las largas horas de trabajo en la fábrica de plásticos. Era razonable que pareciese un poco distante; y, de todos modos, probablemente la inseguridad sobre mi escritura me hacía dar demasiada importancia a las cosas. Me gustaba que Leonard escuchase mis ingenuos guiones, que me diese ánimos.

Dejé el bolígrafo en la mesa y me froté los ojos. Era jueves. Si le pedía a Ken un fin de semana libre, me iría en dos semanas. Si me decía que sí. Pero no podía esperar dos semanas. No con ese hombre paseándose por los casinos, posando para fotógrafos con su estúpido chaleco. Tenía que irme lo antes posible. Me iría mañana. Ken me había ofrecido darme el mes libre cuando murió Leonard, y no me lo había tomado. Le diría que necesitaba el fin de semana para hacer el duelo. Que mi pena venía con retraso. Quizá podía decirle que asistía a un retiro de fin de semana para viudas jóvenes.

No podía decirle lo que iba a hacer en realidad, eso estaba claro. Acechar a un hombre que había visto en el periódico. Habría parecido que estaba chalada. Lo que podía ser cierto, pensé. Pero, aun así, tenía que ir.

No podía implicar a la policía, eso también estaba claro. Leonard no les importaba un pimiento. Creían que se había suicidado. Una locura. Leonard amaba su vida. Yo le conocía. Ellos no. Además, los polis lo ensuciarían todo. Si el hombre del periódico tenía en verdad algo que ver con la muerte de Leonard, un inspector de policía solo le haría ponerse en guardia. Era necesario actuar con delicadeza. No es que yo tuviese mucho de eso, pero lo iba a intentar.

4

Cuando llegué a casa, encontré a madre tendida al pie de las escaleras del sótano.

—¡Madre!

—Estoy bien —dijo ella—. Aquí, estirada un rato.

—¿Al pie de la escalera?

—Me cansé. Estaba bajando la colada. —Había ropa y toallas esparcidas por toda la escalera, el cesto de la colada a los pies de madre.

—¿Te has caído?

—Que no, ya te lo he dicho. Estoy descansando.

—Di que te has caído y ya está. Yo sé que te has caído. Hay ropa por todas partes. ¿Estás bien?

—Estoy bien, no pasa nada. Se me ha caído la ropa, sí. Y entonces he pensado que descansaría un poco antes de recogerla.

—Dios mío, madre. —Recogí la ropa de la escalera y la llevé abajo. Entonces fui consciente de las complicaciones que implicaba un viaje a las cataratas del Niágara. Nunca había dejado a madre sola más de ocho horas, desde que Leonard vino a vivir con nosotras, hacía dos años. ¿Y si se caía mientras yo no estaba? Había una miríada de cosas que podían salir mal si la dejaba sin vigilancia.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Empecé a tirar la ropa al cesto—. ¿Qué harías si, por ejemplo, te dejo sola un fin de semana?

—¿Adónde vas? —preguntó. Su rostro mostraba una mirada de terror.

—A ninguna parte. Solo me preguntaba cómo te las arreglarías sin mí si me fuese.

—Por favor, no dejes que sea una carga para ti. Deberías

tomarte unas vacaciones. Estoy perfectamente capacitada. Claro que verte marchar me rompería el corazón. Pero eso es una bobada. Te mereces un bonito viaje. Espero que te vayas. Yo lo pago.

—De acuerdo, pero ¿y si te cayeses por las escaleras?

—Ya te he dicho que no me he caído, que estoy descansando. Todo va perfecto.

—Perfecto, claro. Todo perfecto.

A madre le costaba horrores admitirlo cuando necesitaba ayuda. Antes moriría que pedirle algo a alguien. Había sido una mujer autosuficiente la mayor parte de su vida. Me crio ella sola. Mi padre nos abandonó cuando yo aún era un bebé. No le recuerdo. Murió alcoholizado cuando yo tenía tres años. Madre dice que me llevó a su funeral, pero de eso tampoco me acuerdo. Mi certificado de nacimiento dice Colleen Erickson, el apellido de mi padre. Cuando nos dejó, adopté el de madre, y crecí siendo Colleen Paper. Ahora soy Colleen Weagle, por Leonard. Tantos nombres para una persona tan sosa. Pero me llevaré Weagle a la tumba. Aunque me case con otra persona, lo que no es muy probable, me quedaré con Weagle. Ahora siento como si Colleen Weagle fuese el nombre de mi alma.

Ayudé a madre a levantarse, la acompañé por las escaleras y la senté en el sillón. Puse en la tele la Food Network. No podía dejarla sola mucho tiempo, pero tenía que ir a las cataratas. No podía llevarla conmigo, por sus problemas de rodillas y de espalda. Y no quería que supiese lo que yo pensaba hacer. Ya tenía bastante con sus preocupaciones. Tampoco podía pedirles a los vecinos que le echasen un vistazo. No los conocíamos. Madre y yo nos arreglábamos solas, casi siempre. Ellos tenían sus asuntos y nosotras teníamos los nuestros. A veces yo charlaba con el señor Godfrey, que vivía al otro lado de la calle, sobre el tiempo y su jardín y los globos aerostáticos que había visto el fin de semana. Pero el señor Godfrey era más viejo que madre, y estaba más fastidiado. Mal de la vista, mal del oído, mal de las rodillas y una tos estruendosa. En las noches de verano, cuando dejábamos las ventanas abiertas de par en par, se oía desde el otro lado de la calle.

Quizá Patti pudiese venir a comprobar cómo estaba. Claro que eso iba a tener un precio. Me sangraría todo lo que pudiese. Pero

valía la pena. Mañana me iba a las cataratas del Niágara, eso seguro. De noche, en el trabajo, hablaría con Ken para que me diesen unos días libres para urgencias, y también hablaría con Patti sobre madre. Encontraría al hombre de *Metro*. Averiguaría la verdad. Luego vendría a casa, volvería al trabajo y seguiría con mis guiones. Con el tiempo, las cosas se estabilizarían. No todo iba a ser perfecto, como decía madre, pero quizá no estuviese mal. Tenía que intentarlo.

Tomé un autobús al trabajo más pronto de lo normal y abordé a Ken antes de que comenzase el tumo de noche. Decidí decirle que iba a las cataratas del Niágara a tirar las cenizas de Leonard. Dije que era su lugar favorito, que había ido de niño y eso lo había unido a su padre, y que allí fue nuestra primera cita. Mentira, claro. Pero era una mentira enredada en la verdad de mi plan real —que iba a las cataratas del Niágara por algo relacionado con Leonard—, para que sonase más creíble cuando lo dijese.

—Solo necesito librar mañana por la noche y el domingo —le dije. Ken contempló las uñas de sus dedos con rostro inexpresivo mientras yo hablaba—. De nuevo, te pido disculpas por avisar tan tarde, pero mi madre me ha plantado el billete de autobús en las narices. El hotel ya está reservado.

—Lo que pasa —repuso Ken, alzando la vista desde sus uñas— es que necesitamos que nos avises con dos semanas de tiempo. Es nuestra política.

—Lo sé, pero mi madre me ha plantado…

—Si hacemos una excepción contigo ahora, tendremos que hacerla para la próxima persona que lo pida. Y luego, la próxima. Y pronto no habría nadie para hacer llamadas. Yo estaría aquí, solo, sentado, supervisando un montón de sillas vacías. ¿Verdad?

—Supongo que sí. Claro.

—Exacto. Mañana iniciamos una nueva campaña para Banco de América y te necesitamos aquí, Colleen. Con esa te vas a divertir, estoy seguro. Y si quieres salir de excursión cualquier otro fin de semana, rellena un formulario de solicitud de días libres, ¿de acuerdo? Y no te olvides de entregarlo con al menos dos semanas de antelación, a no ser que tengas una nota del médico. ¿Vale?

¿Estamos de acuerdo?

—Sí, señor.

—Genial. No te olvides de fichar. Vamos a ver si esta noche podemos hacer buenos números. ¡Seguro que esta vez lo petas!

Estuve de un humor de perros el resto de mi turno. No es que le echase la culpa a Ken. En realidad, tenía razón. No es posible que cualquiera se salte las normas cada vez que hay algo personal, o el sistema entero se derrumbaría. De todos modos, la oscuridad invadía mi cerebro. Dondequiera que mirase, parecía cargado de energía negativa. Mi ordenador estaba lleno de odio. Mis auriculares también estaban llenos de odio. Todas las personas y objetos del entorno odiaban a todas las otras personas y objetos del entorno.

Hice mis llamadas, pero no podía concentrarme. Saqué el cuaderno e intenté que se me ocurriese alguna idea nueva para *Jinetes de Exley*. No se me ocurrió ninguna. Dibuje unos pájaros horribles en los márgenes. Tenían un aspecto amenazador. Aquella noche, nadie cogía el teléfono. Pasa a veces. Terminé el crucigrama de *Metro* en media hora. La mayor parte de la noche, me quedé sentada mirando la pantalla, con los brazos cruzados.

Terminé a las once y fiché la salida. Patti me arrinconó en el ascensor.

—Supongo que quieres que te lleve otra vez —me dijo.

—No hace falta.

—¿Perdón? ¿Prefieres esperar de pie en una parada de autobús, a oscuras? ¿Con un montón de chalados y violadores?

—No sé.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Lo siento. —Llegamos a la planta baja y salimos a la calle—. Quería ir a las cataratas del Niágara este fin de semana para esparcir las cenizas de Leonard. No me han querido dar los días libres.

—¿Cómo? —Patti me agarró de los hombros y me miró a los ojos. El aliento le olía como el interior de un coche. Una combinación de pan de especias y toallitas húmedas—. ¿Quieres ir a las cataratas del Niágara? ¿Con quién has hablado? ¿Con April?

—Con Ken.

—Ese cabrón… ¿Y qué pasa, que no pueden pasar sin ti por un fin de semana? Ya me encargaré yo de ese capullo.

—No, no pasa nada. De verdad…

—No pasa nada, de qué. ¿Qué pasa, que trabajas el viernes y el domingo?

—Sí.

—Vaya mierda. Por dos malditos días. Por mi madre que tú te vas a esparcir las cenizas de Leonard. Espera, que voy a hablar con él.

—No, Patti, por favor…

—Que te digo que sí.

Volvió a montarse en el ascensor.

Yo esperé.

Cuando Patti volvió, me dio una palmada en la espalda.

—Parece que me debes una. ¡Nos vamos a Niágara!

—¿En serio?

—Por supuesto. Tienes mi apoyo. Ahora, vámonos de aquí, que te llevo a casa. Y no me tienes que pagar, porque ayer no te di cambio. Ya está pagado.

—Gracias por hablar con Ken. Muchas gracias, Patti. De verdad.

—De nada, chica.

—En serio, significa mucho para mí. Pero, espera, ¿has dicho que nos íbamos al Niágara?

—Pues sí, yo también vengo.

—¿Vienes?

—¿Por qué no? Claro que vengo. También he pedido el fin de semana libre. Hace un siglo que no voy al casino. Será divertido. Por cierto, ¿cómo pensabas ir? ¿En autobús?

—Bueno, sí. Pero la verdad es que pensaba…

—Son unas vacaciones, Colleen. No puedes ir en autobús. Dios mío. Iremos en mi coche. Será un fin de semana de chicas. Será genial. ¿Ya tienes hotel?

—No, aún no.

—Bueno, pues elige uno que esté bien. Lo que te puedas permitir. Pagas eso y la gasolina y estamos en paz.

—¿Vienes conmigo?

—Por Dios, Colleen. ¿Te das cuenta de lo grosera que suenas?

Que sí, joder, que vengo. Será un fin de semana de chicas. No puedes esparcir las cenizas de Leonard sola. Venga, vámonos ya. Quiero llegar a casa y decírselo a Dougie.

5

Me pasé el resto de la noche haciendo la maleta. Metí en ella las cosas normales para unas vacaciones: ropa, maquillaje, tampones, cargador del teléfono, una chocolatina Mars, una chocolatina Snickers, dos barras de cereales Nature Valley y mi cuaderno de guiones. Pensé en llevar unas cuantas cosas especiales para ayudarme en mi misión. Ropa negra, por si tenía que seguir al hombre de *Metro* de noche. Ver dónde vivía antes de enfrentarme a él. Una linterna, para espiar por su casa. Desde luego, lo más probable era que lo localizase en el trabajo, me lo llevase a un aparte y lograse astutamente que arrojara luz sobre la muerte de Leonard con solo hablar con él. Pero debía estar preparada para cualquier cosa. Y puede que fuese mejor conseguir información antes. Ver con qué me las iba a ver antes de encontrarme cara a cara con aquel tipo escurridizo.

«No sabes nada sobre la muerte de mi marido, ¿verdad?», le preguntaría. «Y entonces, ¿qué hacían *estas hojas* en tu coche?», le diría, sosteniendo una bolsa de plástico con hojas del pantano. Ni siquiera tenían que ser del pantano. Bastaba con que él pensase que yo tenía pruebas reales. Me imaginaba la expresión del hombre. Como un gordo mapache de Mímico cuando lo pillas dentro de tu cubo la noche de tirar la basura.

Finalmente, opté por meter una sudadera verde oscuro en la bolsa. Por si acaso. Volví a dejar la linterna en el cargador mural y el pasamontañas de Leonard en su cesto de material de invierno. Tampoco hacía falta pasarse.

Escribí una planificación de fin de semana para madre. Patti se había metido a la fuerza en mi viaje y, con tan poco tiempo, no se me ocurría nadie más que pudiese vigilarla, así que decidí hacerlo

yo misma, a través de la planificación. La mantendría ocupada con actividades simples, como leer el primer capítulo de *La cúpula* o regar el helecho de mi dormitorio. También tenía que ponerse en contacto conmigo regularmente; las llamadas estaban en la planificación. También las siestas, los programas de tele, todo. Lo organicé todo para que madre pasase un fin de semana entretenido, relajante y productivo. Lo copié dos veces: una para el frigorífico y otra para que madre la pudiese llevar consigo de un cuarto a otro. Me guardé el original. Si había una emergencia, le había pedido al señor Godfrey, el vecino del otro lado de la calle, que me diera su número de teléfono. Lo más probable era que no pudiese oírlo, pero tener el número me daba una cierta tranquilidad.

—¿Te vas de verdad? —preguntó madre. Viernes por la mañana. Tenía la mochila a punto en el porche. Patti ya llegaba veinte minutos tarde.

—No te pasará nada. Confía en mí. Sigue la planificación. Te llamaré dentro de unas horas.

—No tienes que preocuparte por mí, cariño. Me encuentro perfectamente. Solo espero que no te vayas por mí. Ya sé que puedo ser un incordio.

—Solo voy a pasar un tiempo con Patti. Es un fin de semana de chicas.

En realidad, sí tenía ganas de salir con Patti fuera del trabajo. Podía ser un poco pesada, pero su forma de moverse por el mundo tiene algo de admirable. Si algo le preocupa, lo desafía. Si quiere algo, lo toma. Quizá compartir una habitación de hotel con Patti serviría para absorber algo de su actitud, de su fanfarronería. Me ayudaría en mi misión.

—Ya sabes que no hace falta que me llames —me dijo madre.

—¿Pero qué dices?

—Creo que no tienes que preocuparte por llamarme. Estás de vacaciones. Te voy a desanimar. Ve y diviértete, ya hablaremos cuando vuelvas. De hecho, no contestaré al teléfono.

—Si no contestas al teléfono, volveré inmediatamente.

—Por favor, Colleen, me moriría si vuelves antes de tiempo por mi culpa.

—Pues responde al teléfono.

Patti se presentó una hora tarde. Dijo que había tenido problemas con el coche, pero se negó a entrar en detalles. El coche parecía normal. No presioné más; ¿qué más me daba? Estaba de camino a las cataratas del Niágara. Pronto iba a averiguar qué le había pasado al pobre Leonard. Me sentía como si tuviera las cosas bajo control. Como si el universo me hubiese estado azotando durante los tres últimos meses y ahora fuese yo quien tuviera el látigo en la mano. Se lo había quitado de un tirón. Levantaba las cejas y miraba al universo, con la sonrisa y la confianza de un demente.

—Vamos a escuchar algo —dijo Patti.

—¡Claro! Lo que a ti te parezca.

—Por supuesto. Es mi coche.

—Quise decir…

—Hay unos CD en la guantera.

Metí la mano y saqué los CD; era un audiolibro de la biblioteca.

—¿Columbine?

—Eso es. El disco uno.

—¿Va sobre Columbine, el tiroteo en la escuela?

—Pues claro. Por Dios.

—¿No es un poco oscuro para un viaje en coche?

—Venga, crece de una vez. Es una historia interesante, y tengo ganas de escucharla. Te encantará. No vas a ser así todo el fin de semana, ¿verdad?

—Lo siento.

Localicé el disco uno y lo puse en el reproductor. Patti estaba de mal humor. Tenía una decoloración en la mejilla, como un moretón que hubiese tratado de cubrir con maquillaje. Un moretón así también me pondría a mí de mal humor. Pobre Patti. Pero, de todos modos, yo tenía una aptitud especial: paciencia. Madre me dijo una vez que Dios, a veces, viene a la Tierra disfrazado de otra persona. Para probarte. Si eres paciente con la gente y no te pones nerviosa cuando están de mal humor, como Patti, le muestras a Dios, o a la energía que sea a la que rindas culto, lo fuerte que realmente eres.

Condujimos a través de Oakville y Burlington. Leonard nació en Oakville. La fábrica de plásticos en la que trabajaba estaba en Burlington. Una vez tomé el tren y me encontré con él después de su turno. Cenamos en un sitio de espaguetis cerca de la fábrica. Leonard estaba convencido de que O. J. Simpson estaba sentado en otra de las mesas; pero no era él. Discutimos sobre ello mientras comíamos, murmurando nuestros argumentos, pero de todos modos fue una cena estupenda. Leonard y yo siempre nos llevábamos bien, incluso cuando no nos llevábamos bien. No sé si eso tiene mucho sentido. Nos respetábamos. Miré por la ventanilla, buscando el restaurante de espaguetis, pero no reconocí nada.

Nos paramos en un Wendy's, en Hamilton, para que yo pudiera mear. Patti me dijo que me diera prisa, pero el asiento del inodoro estaba asqueroso y tuve que taparlo con una capa de papel higiénico, y la cisterna automática se lo tragaba una y otra vez.

De vuelta al aparcamiento, vi que Patti estaba al teléfono. Parecía que estaba llorando. Su cara estaba más roja de lo normal. Pero quizá solo fuera la luz que entraba por la ventanilla. Di la vuelta al edificio unas cuantas veces hasta que ella tocó el claxon; entonces entré en el coche.

—¿Va todo bien?

—Métete en tus asuntos. —Patti puso el volumen del libro de Columbine a tope. El salpicadero vibraba. El narrador decía que uno de los que disparaban había fabricado bombas caseras en el sótano de sus padres. Patti dijo algo más, pero yo no la podía oír: el libro estaba demasiado alto. Dijo unas cuantas palabrotas. Volvimos a metemos en la autopista.

A medida que nos acercábamos a nuestro destino, empecé a sudar. Todo era demasiado real. Es fácil imaginar que una va a una ciudad que no conoce y se enfrenta a hombres que no conoce. Pero, cuando lo haces de verdad, todo cambia. Ya me daba igual lo que le hubiese pasado a mi marido. En serio, no me importaba. Al cuerno con todo, pensé. Paso de hablar con un matón en un casino. Además, el hombre del funeral probablemente era un antiguo conocido de Leonard que era tímido. No sabía nada. El viaje entero no era más que un brote psicótico. Pero el coche iba avanzando, y yo estaba en él, no podía hacer nada al respecto. A lo mejor lo que haría sería seguir a Patti todo el fin de semana y dejarlo pasar.

Hacer unas cuantas fotos. Comprar recuerdos. Volver al trabajo el lunes. Olvidarme de todo.

Atravesamos Grimsby en el coche. Le dije a Patti que Grimsby suena a nombre de enano, o de gnomo. Creía que era una broma divertida, que podíamos reímos juntas, pero no me oyó. Estábamos en el disco dos del libro de Columbine. Traté de no escuchar porque era perturbador, pero los detalles siguieron fluyendo. Desgarradores trasfondos de las víctimas. Imaginé que el autor del libro se lo había inventado todo, que era un mal reportero.

Leía todas las señales de tráfico. Una de ellas decía «Reino de las aves, carril izquierdo». Luego pasamos por un puente precioso, muy largo. Tardamos cinco minutos en recorrerlo, o eso me pareció. No podía creerlo. Luego pasamos por un parque eólico. Vi a un señor mayor levantando pesas en su jardín. Si sales de tu cabeza y miras alrededor con atención, el mundo está lleno de cosas bonitas.

6

Imaginaba una ciudad en la que se podían ver las cataratas desde cualquier parte. Que las cataratas dominaban por encima de todo. Como se la imaginaría un niño. Pero no es más que una ciudad normal. Para ver las cataratas, tienes que ir a las cataratas. Condujimos hasta nuestro hotel, y la ciudad se parecía a Burlington o a Oakville, o incluso a Mimico.

—¿Aquí es donde nos alojamos? —dijo Patti.

Aparcamos enfrente del Captain's Inn. Parecía la consulta de un dentista. Junto a la autopista, rodeado de otros hoteles de un aspecto parecido. Enlucido de color blanco hueso, dos pisos. Una pequeña piscina en el aparcamiento. Un cartel gigantesco de Montana's BBQ & Bar proyectaba su sombra sobre el agua.

—Captain's Inn. Sí, es aquí.

—Decepcionante.

Entramos con nuestro equipaje, y le di al chico de la recepción mi tarjeta de crédito. El chico se estaba comiendo un bocadillo. Cuando me la devolvió, la tarjeta estaba manchada de mayonesa.

Recorrimos un pasillo en penumbra que olía a cigarrillos, y subimos por una escalera. Me pregunté si Leonard se había alojado alguna vez en un hotel como este cuando venía a las cataratas del Niágara, si venía. O quizá hasta se había alojado en el Captain's Inn; puede que hasta tuviera la misma habitación. Nuestra habitación estaba junto a la escalera. La 101. Abrí la puerta y Patti entró a toda marcha. Tiró su equipaje en una de las camas individuales y luego se tumbó en la otra.

La habitación era estrecha y larga. La alfombra, de un desagradable tono marrón. Un escritorio de madera en una esquina, la tele en la otra sobre otro escritorio, en la misma pared, más allá.

Una vieja cima metálica junto a la ventana, que parecía una trampa para mapaches. Las pantallas de las lámparas que había al lado de las camas estaban cubiertas con plástico transparente.

—Menuda mierda —dijo Patti—. No puedo ni respirar.

El aire estaba viciado y caliente. Me acerqué a la ventana; cerrada y sellada. Puse en marcha el aire acondicionado, y la habitación se llenó al instante de un hedor terrible, como si un perro viejo y enfermizo te echase el aliento en la boca.

El olor terminó por disiparse. En realidad, no estaba tan mal. Patti se puso a echar una cabezada, y yo llamé a madre desde el baño. Abrí la ducha para que Patti no me oyese. Contestó el buzón de voz de madre tres veces hasta que, finalmente, lo hizo ella.

—¿Colleen?

—¿Por qué no contestabas? Me he hartado de llamar.

—No estaba en la planificación. Se suponía que debía estar bebiendo limonada en el porche. Ahora es mediodía, que es cuando se suponía que teníamos que hablar, así que he contestado.

—Muy bien, me alegro de que sigas la planificación, pero, joder… ¿Has bebido limonada en el porche?

—Lo siento, cariño, no me apetecía la limonada. Además, no he ido a la tienda, así que no tenemos.

—Vale.

—Por cierto, un hombre ha pasado por la casa no hace mucho y ha preguntado por ti.

—¿Quién?

—No ha dicho quién era. Ha preguntado si estabas en casa. Le he dicho que habías salido de fin de semana, me ha preguntado adónde y yo le he dicho que a las cataratas del Niágara. Entonces se ha ido. ¿Está bien? ¿No debería habérselo dicho?

—¿Cómo era?

—Era grande. Como un jugador de fútbol americano. ¿Un viejo amigo de la escuela?

—No lo sé. La verdad es que no conozco a nadie así. ¿Ha dicho algo más?

—No, solo lo que te he contado ahora. Ha preguntado dónde estabas y luego se ha largado.

—Qué extraño. Si vuelve, dímelo.

Madre me dijo que me tendría informada. Nos despedimos. Cerré la ducha y me senté en la tapa del WC. ¿Quién era este hombre grande y por qué me estaba buscando? ¿Y por qué ahora? Yo nunca tenía visitas. No conocía a ningún jugador de fútbol. Quizá madre lo hubiese soñado todo.

Cuando Patti se despertó, al cabo de una hora, dimos un paseo hasta las cataratas. El recepcionista del hotel dijo que serían veinte minutos, pero fueron más bien cincuenta. La mayor parte de ellos fueron a lo largo de la autopista, con el sol cayendo sobre nosotras sin piedad. Estábamos las dos empapadas de sudor.

Tenía la sensación de que el hombre de *Metro* aparecería de pronto. Podía salir de uno de los hoteles, o apearse de un taxi. Estaba en su ciudad. En principio, podía encontrarme en cualquier momento con esta persona que sabía la verdad sobre Leonard. Pero no era tranquilizador. Estaba asustada. No quería ver a este hombre. En el mejor de los casos, mi misión fracasaría. Me pasaría el fin de semana con Patti, tranquilamente, y luego volvería a Mímico, tan ignorante como cuando salí. «Y entonces, ¿qué hago yo aquí?», pensé. «¿Qué sentido tenía?».

Pero cuando llegamos a las cataratas… Dios mío. No había visto jamás nada parecido. Había visto fotos, pero es imposible, a partir de una foto, hacerse una idea de lo grandes que son en realidad las cataratas. Majestuosas. Lloré. Entonces Patti señaló que estaba mirando el lado estadounidense y me orientó en dirección a las cataratas canadienses, que eran aún más majestuosas. Eso era lo que había visto en todas aquellas fotografías. La catarata Horseshoe. Estaba llorando y sudando, y casi me desmayé allí mismo, en la acera.

Había otros turistas alineados en la barandilla del mirador de las cataratas, con gaviotas sobrevolándolos. Gente sacando fotos. Tanta gente. No podía creerlo. Una vez, en sexto curso, caminaba de vuelta a casa y pasó un policía a caballo. Al pasar, el caballo giró la cabeza y me miró. Nos quedamos mirando fijamente a los ojos durante lo que me pareció todo un minuto. Fue sobrecogedor, de la misma manera que lo eran las cataratas. No podía creer que lo que

tenía frente a mí estuviese realmente allí. Me sentí inspirada. Mi misión iba a ser un éxito.

—Esto es tan… de verdad —le dije a Patti.

—Ajá —dijo ella—. Vamos al casino.

—Podría estar horas enteras mirando esto.

—Casino, Colleen. Venga, vamos tirando.

Siempre podía volver más tarde. Íbamos a estar todo el fin de semana allí. Volvimos caminando por la serpenteante acera hacia la calle principal, donde estaban todos los hoteles elegantes. Cuando pasamos por una preciosa fuente llena de monedas, metí las manos y dejé caer el agua por la parte de atrás de mi camiseta.

—Venga —dijo Patti—, vamos adentro.

—¿En serio? —Supuse que estaba hablando de la fuente. Que nos subiésemos, entrásemos y nadásemos un poco—. No sé.

—Vamos. La entrada está ahí mismo. —Patti señaló a una serie de puertas de cristal al otro lado de la fuente, siguiendo el camino.

Casino Fallsview.

Contuve la respiración mientras atravesábamos las grandes puertas de cristal de la entrada del casino. El hombre del funeral de Leonard podía, en principio, estar al otro lado. Desde luego, las puertas eran transparentes, así que sabía que no estaba allí mismo. Quizá estaba cerca. Pero las puertas no llevaban directamente al casino. Estábamos en una especie de galería, con tiendas de ropa de lujo, bolsos, diamantes. Lugares donde gastar tus ganancias, si eras impaciente. Un esfuerzo de último momento por parte del casino para mantener el dinero de los clientes en la propiedad. La verdadera entrada al casino estaba al lado de una tienda de relojes, y la cola para entrar era larga; cada vez más.

Patti y yo nos unimos a la cola. Seguí la línea de una pared curvada y, cuando llegamos a la mitad, podía ver a los auxiliares comprobando los carnets de identidad más adelante. Avanzábamos lentamente. Mi teléfono vibró.

—Nos encontramos dentro —le dije a Patti y salí al vestíbulo.

—Colleen, soy Ken, de la oficina. Hace una hora que deberías estar aquí. ¿Qué sucede?

—¿Perdón?

—Llegas tarde. Estoy mirando tu asiento, y no estás en él. Por lo que yo sé, tu silla no va a hacer encuestas sola. ¿Estás de camino?

—Pero si tengo el fin de semana libre.

—Desde luego que no. Recuerdo nuestra conversación con claridad. Esta conducta es inaceptable. Estoy mirando en este mismo momento a tu asiento vacío. Las sillas no completan encuestas.

—Patti me dijo que había hablado contigo.

—¿Patti está contigo? Iba a llamarla después. Esto es ridículo. Nos faltan dos encuestadores y Banco de América empieza esta noche. ¿Cuándo podrás llegar?

Colgué.

Volví a ponerme en la cola del casino. Patti ya no estaba allí. No podía creerlo. Me había dicho que tenía el fin de semana libre.

Esperé. Una mujer con chaqueta marrón echó un vistazo a mi carnet de conducir y me hizo un gesto, dándome paso.

La primera vez que entraba en un casino de verdad. Susurré lentamente «guau», como si fuese tonta. Como una pueblerina. Era abrumador. Parecía que hubiese miles de máquinas tragaperras, más allá de donde me alcanzaba la vista. Era como un centelleante bosque en un sueño futurista. El ruido era instantáneamente hipnótico. Todas las máquinas tintineando al mismo tiempo. Sonaba como un millón de arpas minúsculas hablando entre sí en el paraíso.

Podría haberme quedado horas allí, de pie, maravillada, pero tenía que encontrar a Patti. Recorrí un pasillo de máquinas con temas televisivos —*Big Bang Theory, Sexo en Nueva York*— mientras me mantenía alerta por si veía a Patti o el hombre de *Metro*.

Me había imaginado Fallsview como un sitio con clase, como en las películas. *Ocean's Eleven*, con Brad Pitt y Clooney. Mujeres con trajes de noche y joyas relucientes, hombres con esmoquin. Jazz suave. Comentarios ingeniosos alrededor de mesas verdes. Champán. Pero la gente llevaba pantalones cortos y riñoneras. Viseras con logos de coches. Bastas zapatillas de deporte. Se sentaban mirando con ojos muertos a sus máquinas. Parecían bebés aburridos. Las máquinas tenían palancas de las que podías tirar para

hacer girar los dibujos, como en la tele, pero todo el mundo se limitaba a apretar un botón. No los juzgaba; desde luego, yo no llevaba un traje de noche. Llevaba pantalones cortos y una gorra rosa. Pero era interesante, y hasta un poco sorprendente. Estaba aprendiendo mucho sobre el mundo, y aún no llevaba ni un día fuera de Toronto.

Le envié un mensaje de texto a Patti y empecé a buscar al hombre de *Metro*. No estaba segura de lo que haría si lo viese. ¿Ser directa? ¿Hablar con enigmas? Quizá lo sabría cuando estuviéramos cara a cara. En ese momento aparecería ante mí un plan sólido.

Había mucho terreno por cubrir. El casino era enorme. Como uno de esos aparcamientos que no se acaban nunca. Quizá trabajase en una mesa de *blackjack*, o puede que fuera barman. A lo mejor era asistente del cuarto de baño, o guardia de seguridad, o quizá daba cambio a la gente. Tantos trabajos distintos. Tantos chalecos aquí y allá. También había habitaciones más pequeñas, exclusivas, junto a la sala principal. Podía pasarme toda la tarde, o toda la noche, buscándolo. Y eso era suponiendo que aún trabajase en el casino, y que lo hiciera aquella tarde. Me dejé deslizar por la alfombra, examinando los grupos.

Primero, recorrí el perímetro del gigantesco salón sin separarme de la pared. Luego me moví en zigzag por los pasillos de máquinas tragaperras. Pasé junto a los mismos empleados con chaleco una y otra vez, y los miré con expresión de sospecha. Todos ellos me devolvieron la mirada. Debía parecer que estaba tramando algo, lo que no era del todo mentira. Ninguno de ellos había asistido al funeral de Leonard. Ni rastro de Patti, tampoco.

Me senté frente a una máquina tragaperras. *Masters of Magic*. Necesitaba descansar un momento. Había sido un día largo, y apenas había pasado la mitad. Pensé en jugar a *Masters of Magic*, pero no conseguí averiguar por dónde se ponían las monedas. No parecía haber una ranura.

Me quedé medio adormilada por un momento. Supongo que no me había dado cuenta de lo cansada que estaba por las emociones del día. Fantaseé que perseguía un conejo blanco por un campo de hierba alta, una fantasía que podía haber sido de un perro. Un dolor

agudo me devolvió a la realidad, y Patti estaba de pie a mi lado, con una copa en la mano. Me había tocado el brazo con el frío vaso.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No te encontraba —le respondí—. Me ha llamado Ken. Ken, del trabajo.

—Ah, ¿sí?

—Me ha dicho que llegaba tarde. Me ha dicho que no tenía el fin de semana libre. Estaba enfadado de verdad.

—Qué curioso. Será gilipollas…

—Muy bien, pero me dijiste que habías hablado con él.

—Ahora estamos aquí. No hay nada que ni tú ni yo podamos hacer.

—Pero tú dijiste…

—Olvídate. Ken tiene que cubrirse las espaldas y hacer la llamada. Ha llamado, y ya está. El lunes volveremos al trabajo y ni siquiera se acordará.

—Pero tú dijiste que te había dicho que teníamos el fin de semana libre.

—Pues me entendiste mal, o algo. De todas maneras, ¿quién era ese viejo?

—¿Qué viejo?

—El viejo con el que hablabas antes de que yo viniese.

—¿A qué te refieres? No estaba hablando con nadie.

—Estaba de pie aquí mismo, donde yo estoy. Un tipo realmente viejo, con esmoquin. Desde luego, parecía que estaba hablando contigo. ¿Es que estabas dormida?

—No. Supongo que no prestaba atención. A lo mejor estaba esperando para ponerse en la máquina.

—Puede, pero no lo parecía. Te estaba mirando a ti, así con intensidad. Pensé que estabais discutiendo.

—¿Lo ves ahora por algún lado?

Me puse de pie y Patti y yo buscamos a nuestro alrededor, en la sala, un hombre viejo con esmoquin. Yo no lo vi.

—Supongo que se ha ido —dijo Patti—. En fin. Me muero de hambre. Vamos a comer.

—¿Y el viejo?

—¿Qué pasa con él? Ya se ha ido. Debía ser algún tipo rarito. Seguro que por aquí hay montones de viejos pervertidos. Pero

bueno, que me muero de hambre. Vamos.

7

Fuimos a Jimmy Buffett's Margaritaville y comimos hamburguesas con granos de pimienta. Hablamos de salir a explorar la ciudad después de cenar, pero para cuando llegó la cuenta las dos estábamos agotadas. Patti había perdido sesenta pavos en las tragaperras y yo me sentía mal por ello, así que invité yo. Tenía una idea somera del saldo de mi cuenta corriente, pero me daba miedo mirar. Mejor ir tirando y enfrentarse a las dificultades a medida que surgieran. Volvimos al Captain's Inn en taxi. Veinte pavos más.

Patti se quedó dormida de inmediato. Yo apagué la luz y me quedé mirando fijamente el teléfono. Tres llamadas perdidas del trabajo. Un problema para abordar otro día. Al cabo de media hora me iba a llamar mi madre. Según la planificación, al menos. El *wifi* del hotel no dejaba de interrumpirse; ni siquiera podía consultar mi correo electrónico. Todavía tenía que recibir alguna respuesta sobre los guiones especulativos que había enviado, algo que en principio podía suceder en cualquier momento, así que consultaba el correo a menudo. Incluso un rechazo de plano sería algo alentador. Mi bandeja de entrada estaba llena de circulares de First Choice, la peluquería a la que iba.

Mi cuerpo estaba cansado, pero mi mente no dejaba de traquetear por su cuenta, a toda marcha. Fui al baño con mi cuaderno de guiones. No era capaz de concentrarme. Pensaba todo el tiempo en Leonard. Escribí *Leonard* en la página, en letra de imprenta. Pensé en lo que nos habríamos divertido visitando las cataratas del Niágara juntos. No es que hubiese ningún problema con Patti; no nos llevábamos mal. Pero Leonard y yo nunca fuimos de vacaciones juntos. Ningún viaje. Mi sueldo apenas cubría los recibos, y Leonard tenía una deuda de estudiante escandalosa. Lo

que hacíamos juntos, sobre todo, era mirar la tele.

Conocí a Leonard en línea, en una página de citas de la que oí hablar en las noticias de la noche. Entrevistaban a un hombre que había creado un perfil en el sitio, empezó a hablar con una mujer y, de algún modo, la mujer consiguió toda su información y suplantó su identidad. Había una foto del hombre, y era guapo de verdad. Como Tom Bergeron. Me hice un perfil propio, esperando conocer a alguien como la hermosa víctima del timo. Conocí a Leonard.

Leonard no se parecía a Tom Bergeron en absoluto, pero era guapo a su manera. Delgado como un fideo, pero le sentaba bien. Fuerte mandíbula. Había perdido casi todo el pelo, pero la forma de su cabeza era bonita, así que no importaba. Dientecillos pequeños y graciosos. Le gustaba llevar esas guayaberas de manga corta, como un hombre de negocios cubano en un barco. O, al menos, eso es lo que decía él. La parte inferior de la camisa ondeaba contra sus costillas con el viento. Me acabó pareciendo un hombre atractivo.

La primera vez que me encontré con Leonard, estaba nerviosa. Hacía años que no tenía una cita. Ocho, para ser exactos. Me aparté de todo aquello, prefería mantener mi vida simple, pero la idea de citarme con Leonard me entusiasmaba. Parecía dulce, a juzgar por nuestras conversaciones en la página de citas. Hablábamos, sobre todo, de nuestros trabajos; en aquel tiempo, yo acababa de empezar en la central de llamadas y Leonard ya llevaba unos años trabajando en la fábrica de plásticos.

En nuestra primera cita, Leonard me llevó a la biblioteca que había cerca de su apartamento. Proyectaban *Una pareja de tres* en la pared de una de las salas de estudio. Nos sentamos en sillas plegables. Al cabo de diez minutos, en una habitación adyacente empezaron con algún proyecto de construcción; martillazos, un taladro eléctrico. El bibliotecario a cargo del evento puso la película en pausa y salió a decirles que parasen. Leonard y yo nos quedamos veinte minutos sentados en silencio, hasta que el bibliotecario volvió y reanudó la película. Yo echaba un vistazo de vez en cuando, y Leonard parecía aterrorizado, con las manos temblando en el regazo. Luego me llevó a los estantes de los CD y señaló sus grupos favoritos. El sudor le goteaba frente abajo. Fingí no saber

nada de los Beach Boys, aunque sabía un poco. Me hizo tomar en préstamo una recopilación de sus éxitos. Luego me acompañó a la parada de autobús. Yo le conté un sueño que había tenido la noche anterior, en el que no encontraba un lavabo. Leonard me miraba fijamente a los ojos mientras yo hablaba, asintiendo. Traté de pensar en otras cosas que decir. Dije que me había gustado la película, pero que era un poco triste. Él estuvo de acuerdo. Pasó un largo minuto en silencio. Leonard me preguntó si siempre había vivido en Toronto, y le dije que sí. Asintió. Me quedé mirando los pies. Y entonces saqué el tema de la Granja. Que técnicamente había vivido ocho meses fuera de la ciudad, de adolescente. En realidad no quería hablar de todo aquello, pero era verdad, y lo mucho que nos estaba costando mantener en marcha una conversación me estaba poniendo incómoda. La mayor parte de personas encontraban interesante lo de las sectas. Eso nos daría suficiente para hablar hasta que llegase el autobús.

—No —dijo Leonard. Sus ojos parecían estar mirando más allá, con fuerza. Como dos perros blancos que tirasen de sus correas—. Recuerdo haber visto la noticia.

—¿En serio?

—Sí, recuerdo mirar las fotos en el periódico y en la tele e imaginar lo que sería vivir allí. Los Ciudadanos de la Luz. La Granja de rejuvenecimiento de los Ciudadanos de la Luz. Debió ser muy duro. Lo siento mucho.

—Fue hace mucho tiempo.

—De todos modos, lo siento, Colleen. Ese hombre tan horrible.

Llegó mi autobús. Otras personas se subieron en él, pero nosotros no le hicimos caso y miramos cómo se alejaba.

Eso significó algo para mí, la forma en que Leonard respondió a mi historia. Se centró inmediatamente en mis sentimientos, en mi dolor. Cada vez que hablaba de la Granja —y en general solía evitar el tema—, casi todo el mundo quería escuchar los detalles más espeluznantes. Querían saber cosas sobre el robo de cadáveres y otros rituales perturbadores en los que nos hacía participar el Padre Woodbine, como si esas cosas fuesen emocionantes. Como si les molase escuchar cosas sobre mi trauma. A Leonard le importaba de verdad.

Lloré un poco y Leonard me rodeó con el brazo. Nos quedamos

allí de pie, en silencio. «¿Por qué no cambiamos de tema?», dijo Leonard. Lanzó unos cuantos datos interesantes más sobre los Beach Boys. Brian Wilson era sordo de una oreja. Dennis Wilson pasaba el rato con la familia Manson. Nos sentamos en un trozo de césped junto a la parada de autobús y hablamos sobre los Beach Boys, la tele y nuestras vidas en general. Yo le hablé de mis guiones especulativos y él pareció realmente interesado. Él me habló un poco de su crianza: de cómo su padre lo abandonó, y luego su madre, y luego fue rebotando por las casas de diversos parientes, por casas de acogida y, finalmente, reformatorios. Más tarde supe que pasó de los veinte a los treinta satisfaciendo diversas adicciones. Había dedicado la última década a limpiarse y a tratar de construirse una vida tranquila y estable.

Cuando hablaba de su infancia, a Leonard se le hacía un nudo en la garganta. Yo también lloré, otra vez. Bastante emotivo para una primera cita. Dejamos pasar dos autobuses más antes de que yo me pusiera en pie para subirme a un tercero. Dejé que Leonard me besara, aunque el conductor nos estuviera mirando. Así empezó todo entre Leonard y yo.

Pasó media hora. Se suponía que madre debía llamarme, pero el teléfono estaba en silencio. Estaba sentada en el WC, con el ventilador del techo gimiendo sobre mí. Esperé otros quince minutos y llamé a casa.

Sin respuesta.

Esperé unos pocos minutos y llamé de nuevo. Lo mismo: no contestó. Llamé continuamente durante diez minutos, dando pasos hacia un lado y otro del pequeño cuarto de baño.

«Sabía que esto iba a suceder», pensé. Madre, todo lo echaba a perder. La muerte de Leonard seguiría siendo un misterio. Tenía que volver a Mímico. A madre no le pasaba nada, claro. Probablemente. Estaría evitando mis llamadas por alguna complicada razón relacionada con el sentido de culpa. Pero había una posibilidad de que no estuviese bien. A lo mejor se había caído. Podría estar allí tumbada, sola. Deshidratada. Conmocionada. Pensé en el pobre Leonard en el pantano de Morrison.

Traté de llamar al señor Godfrey, nuestro anciano vecino, y me

saltó el contestador. Le dejé un mensaje frenético e inconexo pidiéndole que fuese a ver cómo estaba madre y me llamase para decirme qué tal, pero no tenía muchas esperanzas de que lo escuchase siquiera.

No había nada que hacer; se me había acabado el viaje.

Le toqué los pies a Patti con un folleto del Reino de las aves. Se sentó y se me quedó mirando como si estuviera loca.

—¿Tienes idea del tipo de sueño que acabas de interrumpir? —Gruñó Patti.

—Lo siento. Pero escucha. Tengo que volver.

—No voy a entrar en detalles, pero había un par de guardias de seguridad del aeropuerto que…

—Patti. Por favor. Me vuelvo a Toronto. Mi madre no responde al teléfono.

—¿Y qué? —Patti se apoyó en los codos, mirándome con irritación en la habitación mal iluminada.

—Patti…

—Yo no te pienso llevar. Puedes ir tú misma andando a la estación de autobuses. Por Dios, se supone que es un fin de semana de chicas. Me estás abandonando.

—Lo siento, pero me tengo que ir. Puede que se haya caído, o que haya tenido un accidente. Lo siento mucho.

—No me lo puedo creer. Eres ridícula. ¿Pues sabes qué? No. Aquí es donde me planto. Llama a alguien, o haz lo que quieras, pero no me vas a dejar sola. Este es mi viaje también. Para nada.

—¡Eh!

Cogí la parte de abajo del edredón que había a los pies de la cama de Patti, lo arranqué de debajo de ella de un tirón y lo tiré contra la alfombra. No sé lo que me pasó. Todo sucedió en un momento. Me temblaban los brazos.

—Me voy —le dije—. Apáñatelas.

Patti no respondió. Parecía auténticamente asustada. Nunca me había visto en un estado así. Ni yo tampoco, de hecho. Agarré el bolso y el cuaderno y salí de malas maneras de la habitación.

8

Caminé hacia el casino. No sabía dónde estaba la estación de autobuses, pero imaginaba que ya me tropezaría con ella, o le preguntaría a alguien. Volví a intentar llamar a madre, pero no respondió.

Casi esperaba que Patti saliera corriendo a mi encuentro. Primero se disculparía ella, luego me disculparía yo. Un cálido abrazo de hermanas. No dejaba de mirar por encima del hombro. El sol seguía cayendo con fuerza sobre las aceras, y mi camisa quedó empapada por segunda vez en el día. Iba a tener que cambiarme en el lavabo de la estación antes de subirme al autobús para volver a casa.

Recordé la vez que madre me había quitado el edredón de un tirón y me había gritado, como yo había hecho con Patti. Supongo que ese truco lo aprendí de ella. Fue cuando iba al instituto, antes de acabar en la Granja, con el Padre Woodbine. Madre me había encontrado cigarrillos y una botellita de *whisky* irlandés en la mochila. Me desperté muerta de miedo, con frío de repente, madre gritando. «¿Es que quieres acabar como tu padre?». Yo empecé a gritar también y madre se encerró en su dormitorio. Empezó a sollozar con fuerza en la almohada. Ya me había olvidado de aquella mañana. Era difícil hacer cuadrar aquella versión de madre con la que vivía ahora conmigo, que ni siquiera soñaría con alzar la voz.

Anduve a lo largo de la autopista. El tráfico pasaba a mi lado, rugiendo. Llamé a madre. No vi ninguna estación de autobuses. Finalmente, acabé por llegar al casino. Me paré en la fuente que había delante, sumergí las manos en ella, me mojé el cuello y las sienes y entré en el vestíbulo de las tiendas. Una mujer sentada en

un banco se abanicaba la entrepierna con una de sus chancletas. Me senté a su lado para recuperar el aliento. Me dolían los músculos de la pantorrilla. La mujer se levantó del banco y se alejó, medio descalza, aún con una chancleta en la mano. Me di cuenta de que olía muy mal. Rebusqué en la mochila el desodorante en barra, pero no estaba allí. Estaba en el baño del hotel. También había abandonado mi desodorante.

Me sentía mal por cómo había dejado la situación con Patti. Había arruinado el fin de semana de chicas. Pero, al mismo tiempo, también me sentía bien. Aquella mirada en su cara. El edredón en el suelo. Me sentía como la señorita Klein, la directora en *Jinetes de Exley*, abroncando a las estudiantes. Nadie se metía con la señorita Klein. Llevaba el cabello recogido en un moño apretado y amenazador. A lo mejor yo también empezaría a llevar moño.

Hice cola para el casino. Tenía pensado preguntarle al asistente por la estación de autobuses mientras comprobaba mi carnet de identidad. Lo que hice cuando me llamó, en cambio, fue enseñarle el permiso de conducir y entrar sin decir nada en la sala del casino. El hipnótico ruido de las tragaperras. Las luces, los colores, la alfombra con el estampado en zigzag.

Sabía que tenía que salir de allí y darme prisa para llegar a la estación, pero tenía calor y sed. El fresco aire del casino era relajante. Si pedía un vaso de agua, también podía preguntar por los autobuses. Y no pasaría nada si echaba una mirada rápida por la sala mientras iba de camino al bar.

Exploré la zona, pero no pude localizar al hombre del periódico. Tampoco había viejos con esmoquin. Vi a una mujer con un traje pantalón marrón, de rodillas, examinando la alfombra con una lupa. Como si hubiese perdido un diamante minúsculo. Otra mujer se paró a preguntarme la hora, pero se fue mientras yo rebuscaba en el bolso para sacar el teléfono. Lo tenía en el bolsillo.

Me acerqué discretamente al bar circular y esperé a que uno de los barman notase mi presencia. Una mujer mayor pulsaba botones en una máquina electrónica de *blackjack* incorporada en la barra. A unos metros, un hombre con una gorra de la película *Bee Movie* se me había quedado mirando. La pajita de su bebida le colgaba del labio, como un cigarrillo. Intenté de nuevo llamar a madre, pero no respondía. Pensé en enviarle a Patti un mensaje de texto. Pero era

ella la que debía dar el primer paso, pensé. Quizá madre estuviera en peligro. Decidí ser paciente y darle a Patti la oportunidad de disculparse. Seguro que entraría en razón.

El camarero se acercó y yo le pedí agua e indicaciones. Me dibujó un pequeño mapa para ir a la estación en una servilleta de cóctel. Estaba más allá del Captain's Inn. Iba a tener que tomar un taxi. El camarero ya se alejaba cuando se me ocurrió una idea. Tenía el recorte de *Metro* en el bolso.

—Un momento —le dije—. ¿Por favor, caballero?

Entonces saqué el recorte y lo puse en la barra. El camarero lo miró, entornando los ojos.

—El hombre con el chaleco del Fallsview. ¿Lo ve? Hacia la parte de atrás.

—Claro.

—¿Conoce a ese hombre? Trabaja aquí.

Miró la foto, estudiándola.

—Mmmm, no, creo que no.

—De acuerdo. Gracias de todos modos.

—Espere un momento. Yo estoy de guardia, pero deje que le pregunte a Ryan. Él está siempre aquí. ¡Eh, Ryan!

El otro camarero se acercó a nosotros. El primero le mostró la foto, señalando al hombre del funeral de Leonard.

—Estoy tratando de encontrar a este hombre. ¿Lo reconoce? —le pregunté. Ryan miró la foto, frunciendo el ceño; luego me miró con el mismo gesto.

—No, lo siento. ¿Quién es?

—Mi cuñado. —No estoy segura de por qué mentí. De algún modo, me pareció más seguro.

—Su cuñado —repitió Ryan—. Yo también tengo un cuñado. Un gran tipo. Esto es de la semana pasada, ¿no? ¿Del arresto?

—Sí.

—Extraño. Pues no, no lo he visto nunca. Es raro, uno pensaría que nos deberíamos haber cruzado en un momento u otro.

—¿Quizá está en otro departamento?

—Sí, claro. Esta empresa es bastante grande. No se creería la cantidad de empleados que hay. Pero es extraño. Creía que conocía a todo el mundo. Pero seguro que alguien de por aquí lo conoce. ¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿No sabe el nombre de su cuñado?

—No tenemos mucha relación.

—¿Perdón?

Me incliné, le quité de un tirón el recorte a Ryan y empecé a alejarme del bar.

—¿Señora? —llamó Ryan—. ¡Eh!

No me di la vuelta.

9

El autobús de vuelta a casa tenía dos pisos. El día había estado lleno de nuevas experiencias. Decidí ir al piso de arriba y disfrutar de las fastuosas vistas, pero en cuanto me senté, sentí una náusea, como si pudiese asegurar que la arcada estaba de camino. Mi situación era grave: volviendo a casa antes de tiempo de un viaje, para quizá encontrar a madre fiambre al pie de la escalera, su teléfono parpadeando en la alfombra, fuera de su alcance. Mejor que conservara la sangre fría y me centrara en la lúgubre realidad de las circunstancias. Mientras bajaba por la mini escalera, un gran grupo de adolescentes se puso a subir, pisoteando ruidosamente, y yo tuve que dar la vuelta y volver arriba. Encontré un asiento en la parte de atrás y los jóvenes se amontonaron a mi alrededor, aprisionándome.

Me incliné hacia la ventana y volví a llamar a madre. Sería muy suyo que contestase ahora que ya me había subido al autobús y estaba atrapada en el asiento, pero no, no contestó. Luego probé de nuevo con nuestro vecino. Contestador automático. El autobús salió del aparcamiento y se movió hacia la autopista.

Me di cuenta de que podía llamar a Ken. Obviamente, no era la opción ideal, si considerábamos que accidentalmente había dejado de ir al trabajo, le había colgado el teléfono y había evitado contestar a sus numerosas llamadas. Pero me sentía desesperada. Tenía que hacer algo.

—Innovative Business Standards, Ken al teléfono.

—Hola, Ken. Soy Colleen Weagle.

—Vaya, mira quién se ha decidido a llamar por fin. De verdad, no veo la hora de oír tu explicación, y espero que sea buena. De hecho, a lo mejor voy a hacerme unas palomitas. ¿Te importa

esperar un momento?

—Necesito que me hagas un favor.

—¿Un favor? ¿Me acabas de pedir, en serio, que te haga un favor?

Ken se puso a reír, una risotada falsa de indignación. Le interrumpí.

—¡Escúchame! —grité. La risa falsa se detuvo de golpe. Los adolescentes también se callaron. Me dio igual—. Necesito que compruebes cómo está mi madre. Estoy fuera de la ciudad y no contesta al teléfono. Está tomando una medicación nueva. Puede que se haya caído. Voy a darte mi dirección.

—Recursos humanos la tiene archivada…

—Da igual, toma nota.

Ken me dijo que pasaría por mi casa. Prometió hacerlo en cuanto April, la otra supervisora, volviese de su pausa para cenar.

Durante un breve momento, me olvidé de mi angustia y disfruté de mis nuevos poderes. Ken se había echado atrás por completo. Es como si yo llevase tanto tiempo siendo una persona triste y sin sustancia que fuese capaz de pillar por sorpresa a personas como Ken y Patti al volverme de pronto seria y autoritaria. No estaban seguras de cómo reaccionar. Era una sensación nueva, y me gustaba. Me sentía como si hubiera crecido dos palmos.

El viaje prosiguió. La mitad de los adolescentes se durmieron. La otra mitad hablaban entre ellos en voz baja, por respeto a sus compañeros, pensé. El futuro era prometedor. Pasamos por un campo en el que había un espantapájaros de verdad, de los clásicos; o quizá era un hombre que estaba allí, de pie. Centros comerciales. Otra vez pasamos por aquel puente impresionante. Un cartel de Petro-Canada decía: FELIZ CUMPLEAÑOS NENA JOYA MITAD PRECIO CINNAMON HEARTS.

Pensé en la información que había obtenido en el Fallsview. El camarero a tiempo completo no había reconocido al hombre de la foto. El casino tenía un montón de empleados, pero en fin. Algo no me cuadraba. Quizá el hombre de *Metro* no trabajaba allí, en realidad. A lo mejor llevaba su uniforme como disfraz. En tal caso, era probable que tuviera algo que ver con el tipo al que los polis se

estaban llevando en la foto. Los dos hombres estaban compinchados. A uno lo pillaron y el otro se escapó. Acabó, por azar, en primer plano en la lente del fotógrafo del periódico. A menos que fuese a propósito. Como si se estuviera exhibiendo, restregándole a la gente en la cara cómo se había escapado. Eso quería decir que Leonard se había visto envuelto con mala gente. Delincuentes de verdad. Como había un casino implicado, quizá Leonard fuese ludópata en secreto. Puede que debiese dinero a las personas equivocadas.

Pensé en el doctor Selnick, el terapeuta de Leonard. El año anterior, Leonard me había dicho que había tomado la decisión de ver a un psicólogo. Se había dado cuenta de que ya era hora de que resolviese lo de los muchos demonios que vivían en su cabeza. El resultado de su trágica crianza. Iba dos veces por semana. Los lunes por la noche y los jueves por la noche. Estaba horas enteras fuera de casa. Me dijo que su oficina estaba en Burlington, que tenía que ir en coche, que a veces había mucho tráfico y que las sesiones eran largas. Yo no lo puse en duda. Decía que el doctor Selnick le ayudaba, que salía de cada sesión con una sensación de optimismo. Como si estuviese avanzando. Pero a mí me parecía que el único efecto de la terapia era que Leonard estaba más cansado y de peor humor. Cerraba los armarios dando golpes. Se quedaba dormido y tenía que quedarse hasta tarde en el trabajo. Cada vez pasaba menos tiempo conmigo; estaba demasiado cansado o demasiado ocupado. A duras penas saludaba a madre. Imaginé que aquello quería decir que la terapia estaba funcionando. Él y el doctor Selnick estaban llegando al centro de sus traumas, y aquello era emocionalmente agotador. Estaba mejorando, pero llevaría un tiempo. Un paso adelante, dos pasos atrás. Una noche le sugerí que quizá sería buena idea que madre también viese al doctor Selnick. Leonard dijo que su terapeuta solo trataba a hombres, cosa que me pareció extraña. Le pregunté si había otro terapeuta en la consulta del doctor Selnick que pudiera visitar a madre, y me dijo que no. Me excitó la curiosidad. Esa misma semana, busqué al doctor Selnick por internet y no pude encontrar nada. Ni rastro de un terapeuta solo para hombres que tuviese su consulta en Burlington. Se lo mencioné a Leonard y él me dijo que el doctor Selnick no utilizaba ordenadores. Que era de la «vieja escuela», fuera lo que

fuese eso. No volví a mencionar el tema. No quería presionarle. Su relación con su terapeuta era algo personal. No obstante, ahora parecía más probable que Leonard me estuviese mintiendo. Que quizá los lunes y los jueves eran los días en que mi marido conducía hasta las cataratas del Niágara para jugar. Que fuera en una de esas «noches de terapia» cuando Leonard se hubiese visto mezclado con la gente que no debía.

Pero ¿quién?

No había leído el artículo que acompañaba la fotografía de *Metro*. No tenía ni idea de lo que había hecho el hombre esposado. Y había tirado el resto del periódico. Necesitaba otro ejemplar de *Metro* del miércoles.

Llamé al trabajo. Por suerte, Ken seguía allí. Volvió a su actitud arrogante, quejándose sobre mis interrupciones en la primera noche de la nueva campaña de Banco de América, pero yo lo corté y le dije que buscase en las papeleras de reciclaje un ejemplar de *Metro* del miércoles. Le dije que había un artículo sobre primeros auxilios que podía serle de utilidad en el caso de que madre se hubiese caído. Aceptó echar un vistazo y llevarlo a casa de madre. Dijo que iba a salir enseguida.

El autobús circulaba entre campos y almacenes. Un estanque gris. Una tienda de colchones llamada Tienda de colchones. Estaba demasiado nerviosa para dormir, así que saqué mi cuaderno de *Jinetes de Exley*. Empecé a esbozar una nueva escena: Mary Valentine entra de malos modos en el dormitorio de Stacy Maude Green y, de un tirón, le quita las mantas a su dormida rival y las arroja al suelo. Pronuncia un monólogo devastador —este ya lo metería luego—. Eso sería el final, ya lo tenía claro. Ahora tenía que escribir el resto del episodio, hallar la forma de llegar a este emocionante clímax. Una Mary Valentine completamente nueva. Una fuerza de la naturaleza. Quizá una escena paralela con el caballo de Mary persiguiendo a su doble malvado, con ojos de color rojo brillante.

Llegamos a las afueras de Toronto. Pensé en Leonard, en que me había ocultado cosas. Una vida secreta. ¿Cómo pude ser tan inconsciente? Mi relación con Leonard no era perfecta. Cuando aún

estaba vivo, yo trataba de dejar de lado los pequeños problemas de nuestro matrimonio. Y sí, eran pequeños, insignificantes en realidad. Después de morir, esos conflictos minúsculos se desvanecieron por completo de mi mente. Era difícil no imaginar a Leonard como el hombre ideal y nuestro matrimonio como un paraíso lleno de dicha. En realidad, al principio era bastante así. Cuando empezamos a salir. Teníamos agradables cenas, o dábamos románticos paseos por Mimico. Manteníamos profundas conversaciones sobre la vida y sobre programas de la tele. Nos hacíamos carantoñas en los bancos del parque, aunque hubiese un montón de gente a nuestro alrededor. Volvíamos a su apartamento después de una deliciosa cena en Kelsey's, tomábamos una copa de vino y hacíamos el amor en su futón. Yo pensaba en él mientras estaba en el trabajo, y él decía que también pensaba en mí en su trabajo.

Al cabo de dos meses, Leonard se me declaró. No tenía anillo; fue algo espontáneo. Estábamos paseando por High Park y nos tropezamos con el zoo gratuito. Recuerdo que yo tenía frío. Era diciembre y no llevaba un abrigo lo bastante grueso. Me estaba quejando, pero a Leonard no pareció importarle. Estaba exultante. Le encantaban todos los animales, y hablaba con ellos como si fueran viejos amigos. «Eres tan bonito», le decía a un pavo real, «¡y además, seguro que lo sabes!». Yo no hablé mucho aquella tarde, salvo para quejarme del frío o preguntar cuándo nos íbamos.

A pesar de mi actitud arisca, Leonard estaba inspirado. Veía que, a pesar de ello, por dentro, agazapado en una esquina, listo para salir, yo estaba de buen humor. Estábamos de pie delante del establo de los búfalos, viendo cómo uno de ellos comía hierba. Leonard se volvió. Se me quedó mirando fijamente. Yo daba ociosas pataditas en el suelo con la punta del zapato. No prestaba atención a ninguno de los animales. Entonces, Leonard hincó una rodilla en el suelo.

—Te amo, Colleen —dijo—. No quiero estar con nadie más. Solo quiero días como este. Solo te quiero a ti. Casémonos. —Me quedé de piedra. No estaba segura de qué decir. Había una familia junto a la valla del búfalo, cerca de nosotros, y me pareció que estaban mirando y escuchando, a la espera de mi respuesta. Mientras pensaba en algo que decir, el búfalo empezó a vomitar. Se olía

desde allí. El vómito acuoso salía del búfalo como si hubiese reventado una cañería. Leonard se empezó a reír. Yo también me empecé a reír. Estaba confusa. En algún momento, dije que sí. Aquella misma semana, fuimos a una tienda de empeños y elegimos unos anillos. Nos casamos en el ayuntamiento al mes siguiente. Madre fue nuestro testigo.

Las cosas cambiaron después de casarnos. Poco a poco. Leonard y yo ya no salíamos tanto. Él se mudó a vivir con madre y conmigo, y nos quedábamos en casa. Comíamos en casa para ahorrar dinero. Mirábamos series cómicas y programas de entrevistas. Leonard jugaba a videojuegos mientras yo trabajaba en mis guiones en la cocina. Al cabo de un año de vivir juntos, habíamos pasado a ser compañeros de piso. El sexo se hizo cada vez menos frecuente. A menudo cenábamos a horas distintas. Leonard empezó a trabajar más. Estaba siempre cansado. Él trabajaba, dormía e iba a terapia, y yo solo trabajaba y escribía guiones. No hablábamos; no de la forma en que lo hacíamos antes, en todo caso. Discusiones prácticas. Qué hacer con el problema de los mapaches, y cosas así. Vivíamos vidas paralelas que raramente se encontraban. Si hubiéramos sabido que aquellos iban a ser los últimos meses que pasaríamos juntos…

Aunque las cosas no iban lo que se dice mal. Leonard no era cruel. No era habitual que nos peleásemos. Casi nunca lo hacíamos. En general, nuestras interacciones se podrían describir como apacibles. Pero no eran perfectas. Nos íbamos arreglando, como cualquier otra pareja.

Tomé un taxi en la estación de autobuses de Mimico. En casa, todas las luces estaban apagadas. El cielo, negro. Había un ejemplar de *Metro* en los escalones de la entrada: Ken había pasado por allí. ¿Por qué no había llamado? Entré y llamé a voces a madre. Sin respuesta. Todo estaba completamente a oscuras.

Empecé a ir de una habitación a otra, encendiendo las luces, llamando. Alguien había dejado una caja de empanadillas congeladas en la encimera de la cocina. Una escoba en mitad del suelo, por algún motivo. En el salón, las mantas y sábanas de la cama de madre estaban amontonadas en el sofá. La planificación que le había hecho estaba en la mesita auxiliar, donde yo la había

dejado.

Oí una tos procedente del baño.

—¿Madre?

Algo se movió en el baño, luego silencio. Notaba el corazón palpitando a la altura de mi garganta. Cogí la escoba del suelo de la cocina y me acerqué a la puerta del baño. Estaba cerrada. No se veía luz por debajo de la puerta.

—¿Hola? Madre, ¿estás ahí? —Un sollozo me respondió desde el interior.

Abrí la puerta y encendí la luz. Madre estaba acurrucada en la bañera vacía, con la cabeza entre las rodillas. Tenía un paraguas agarrado con ambas manos.

—¿Madre? ¿Qué ha pasado?

—Lo siento, cariño —dijo, meciéndose adelante y atrás.

Ayudé a madre a salir de la bañera, la llevé al sillón y le preparé una taza de té al limón. Finalmente, dejó de llorar y me contó lo que había sucedido. Su nueva medicación para la ansiedad la había dejado noqueada y se había pasado todo el tiempo durmiendo mientras yo la llamaba. Aún se sentía increíblemente adormilada. Convenimos en llamar al médico al día siguiente y, quizá, reducir la dosis a la mitad.

—¿Qué hacías en la bañera con las luces apagadas? —le pregunté.

—Eso te debe de haber dado un susto de muerte, ¿verdad? Me siento fatal, querida.

—No pasa nada. Pero ¿qué ha pasado?

—Quizá estaba soñando, o puede que fuese la medicación. Pero te juro que era real. Me desperté porque alguien estaba dando golpes en la puerta de entrada. Luego en la de atrás. Hacían mucho ruido. Era un hombre. Me llamó a gritos por mi nombre. Sonaba como si algún maníaco quisiera entrar para pulverizarme. Me escondí en el baño. Siguió golpeando y gritándome cosas.

—Era mi supervisor, Ken.

—¿Ken?

—Lo envié para que comprobase cómo estabas. Estaba preocupada. Estaba asegurándose de que estuvieras a salvo.

—¿Vino hasta aquí solo por mí? ¿Y yo lo dejé ahí, llamando? Me siento avergonzada.

—Yo solo estoy contenta de que estés a salvo.

—A lo mejor debería enviarle una carta de disculpa. Con una tarjeta de regalo. ¿Puedes conseguirme su dirección?

—Eso no es necesario.

—De Shopper's Drug Mart. Ahí tienen algo para todo el mundo. ¿Le gustaría a Ken una tarjeta de regalo de Shopper's Drug Mart? Oh, tendría que ser eso.

Madre se durmió enseguida. Era tarde y había sido un largo día, pero yo estaba activada. Preparé tostadas. Mientras comía, recibí un correo electrónico de Ken. Me explicaba que se había pasado por casa, pero que había olvidado anotar mi teléfono para pasarme la información. Decía que no había hablado con mi madre, pero que había visto apagarse todas las luces de la casa, una por una, después de que él empezase a llamar a la puerta, así que lo más probable era que estuviera bien. Terminaba su mensaje con una frase inquietante: «El lunes hablaremos sobre tu comportamiento y tu futuro en la empresa».

Recordé el *Metro* en los escalones de la entrada. Fui a buscarlo y lo abrí en la cocina. Ken había recuperado mi propio ejemplar de la papelera; la página que me importaba estaba arrancada.

Me fui a mi habitación y me tumbé en la cama. Cerré los ojos. Y entonces me imaginé a Patti, tumbada, sola, en el Captain's Inn. Mi cama vacía, fría, junto a la suya. Me recordó a las noches en la Granja, cuando solía imaginar mi cama vacía, en casa, y lo que madre pensaba al mirarla. Si estaba preocupada por mí. Pero no, me corregía, a madre no le importo. A la gente de aquí sí, a Woodbine sí. Ellos son los únicos que me entienden.

Volviendo la vista atrás, era duro aceptar que la persona que tenía esos pensamientos era yo. Pobre madre. Pobre Patti. Me quedé horas despierta.

10

Llamé a Patti a primera hora de la mañana, con ánimo de disculparme. No descolgó. Nadie descuelga nunca el teléfono cuando yo llamo. Los teléfonos ya no funcionan así. Ya lo intentaría más tarde.

Mi madre seguía dormida. Me preparé café, caminando de puntillas por la cocina. Luego puse en marcha mi portátil. Decidí buscar por internet la noticia del arresto en Fallsview. Tardé diez minutos en escribir distintas combinaciones de palabras como «Fallsview», «delito» y «detenido» en Google antes de encontrar un relato de lo sucedido en el *Niagara Advance*. La foto que lo acompañaba era distinta: no había asistentes al funeral de Leonard haciéndose pasar por empleados. Era solo una foto de archivo de una cinta amarilla de la policía. El artículo original de *Metro* que yo había visto no estaba en internet, o al menos yo no pude encontrarlo. Sorbí mi café mientras pasaba las páginas.

La poli había arrestado a un hombre: un «turista» ruso. Había hecho trampa en las máquinas tragaperras. Había otros implicados y la poli seguía investigando. «Otros implicados». Me preguntaba si Leonard sería uno de ellos. Probablemente no. Pero el hombre de su funeral… A lo mejor Leonard le debía dinero a un estafador ruso.

Encontré otro artículo que explicaba el delito con más detalle. Decía que el equipo de seguridad del casino se había apercibido de que el ruso seguía un esquema extraño. Solo jugaba en las máquinas más antiguas, que luego descubrieron que habían sido fabricadas, todas ellas, por la misma empresa australiana. Iba de *Betty Bumblebee* a *Space Jewels*, luego a *Race to Rio, Farm Friends*, etc. Al principio no obtenía premios muy inusuales; se limitaba a ir de una máquina a otra, ganando un poco aquí, perdiendo un poco allá.

Básicamente, se quedaba igual. Entonces salió a una de las terrazas de fumadores de Fallsview durante una hora. Todo el tiempo estuvo mirando el teléfono.

Cuando volvió a entrar, el ruso regresó a las mismas viejas máquinas australianas. Esta vez, los premios eran mucho mayores y mucho más frecuentes. Era como si su suerte hubiera aumentado de forma espectacular durante el intervalo que había pasado en la terraza. Acumuló casi ocho mil dólares en menos de una hora.

Resulta que el «turista» llevaba el teléfono en el bolsillo del pecho durante sus rondas iniciales en las tragaperras. Estaba enviando por Skype un vídeo de sus actividades a agentes que estaban en Moscú. Estos agentes averiguaban cuál era el sistema de generación de números «aleatorios» único de cada máquina. Al parecer, estos cálculos nunca son del todo aleatorios, sino que dependen de mecanismos internos de las máquinas, como su reloj, por ejemplo. Los rusos que observaban el vídeo de Skype del turista tenían las mismas máquinas australianas. Después de que el juego fuese prohibido en Rusia en 2009, los casinos vendieron sus tragaperras a precios sustancialmente reducidos, y delincuentes como el turista y sus colegas las compraron y las estudiaron hasta descubrir sus sistemas de generación de números «aleatorios». Los rusos que observaban a través de Skype calculaban rápidamente el sistema de cada máquina y creaban un temporizador personalizado para cada cuadro de mando que hacía vibrar el teléfono cuando era «afortunado» pulsar el botón de jugar. Había rusos en casinos de todo el mundo utilizando la misma estafa.

Tuve que leer el artículo tres veces para entender los aspectos básicos de lo que había sucedido. Aún no estoy segura de haberlo pillado del todo. Pero, finalmente, lo que pasaba era que un sindicato del crimen ruso de cierto renombre enviaba a un grupo de jugadores de casino en casino, acumulando premios desacostumbradamente altos en las máquinas tragaperras, y de alguna manera el pobre Leonard podría haberse visto mezclado en todo eso. Quizá uno de esos matones había matado a mi marido y lo había tirado al pantano. Es lo que hace esta clase de gente. Cada semana hay noticias de cuerpos hallados en pantanos, ríos y graveras. Y siempre es el crimen organizado.

Cerré el portátil. Me di una larga ducha. El paraguas de madre

seguía ahí; le di patadas por la bañera mientras me lavaba el pelo. Tenía información nueva, pero no estaba segura de lo que iba a hacer con ella. Seguía teniendo que encontrar al hombre del chaleco. Y, si realmente no trabajaba en el casino, iba a ser imposible.

Me sequé con una toalla. Me comí un postre de plátano. Volví a llamar a Patti. Seguía sin responder. Madre aún dormía. Entré en el ordenador de Leonard y abrí *La isla de los renos*.

Heartsong galopó por los riscos a lo largo del borde occidental del Club de golf Moroni Sands. La alta hierba estaba cubierta por una bruma matinal. En el horizonte, sobre la cresta que separaba Moroni Sands del enorme bosque de Joseph Smith, había un reno.

No te vayas, pensé. Quédate ahí.

Heartsong se dirigió hacia la cresta en línea recta. No sabía si era Bonsái o algún otro reno. Con suerte, querrían resolver un enigma, o puede que simplemente quisieran explorar la isla conmigo.

Heartsong llegó a la parte inferior de la cresta y miró arriba, hacia el reno. No era Bonsái. Su pelaje era demasiado oscuro. No tenía nombre —generalmente, el nombre del jugador flotaba sobre el reno en caracteres amarillos—. Heartsong golpeó con la pezuña derecha en el suelo, dos veces. Sin respuesta.

Cuando Heartsong escaló hasta la cresta, me di cuenta de que no era otro jugador. Era la estatua de un reno. Sus patas de piedra estaban fijas en una base de piedra rectangular. Había otras dos bases de piedra a ambos lados de la estatua. Heartsong subió en una de las bases vacías y se situó exactamente igual que la estatua, mirando hacia el campo de golf. Uno de los ojos de la estatua se iluminó. Si otro reno se ponía de pie sobre la base vacía, el otro ojo se iluminaría y sucedería algo. Pero no había ningún otro reno. No pasó nada.

Heartsong se bajó de la base y, al paso, fue hacia el bosque. Yo iba a seguir explorando. Madre se despertaría pronto. Oí algo por los auriculares. Un crujido. Heartsong se volvió. Un reno plateado trotaba por los árboles, en dirección a la cima de la cresta. Bonsái. Me había estado siguiendo.

Heartsong salió del bosque y se quedó de pie en la cresta. Bonsái estaba cruzando el campo de golf a toda prisa. Pulsé la tecla de mayúsculas, que hacía que el reno galopase.

Heartsong persiguió a Bonsái por los *greens* y por el camino que llevaba de vuelta al estanque principal. Cruzaron las arenosas dunas hacia la playa y se empezaron a mover a lo largo de la orilla, en dirección norte; la arena digital volaba, cruzando la pantalla a su paso. Galopaban a un ritmo regular. Mientras el sol se ponía sobre el agua, las sombras de los renos se alargaban en la playa. Bonsái salió de ella, apresurándose hacia un macizo de arbustos.

Al salir de los arbustos, Heartsong se vio entre hileras de árboles perfectamente alineadas. Había frutas rojas esparcidas por el suelo. Un campo de manzanos. Bonsái se había detenido más adelante, a la espera. Heartsong subió trotando y volvió a ponerse frente a Bonsái, mirándolo.

Heartsong dio un golpe con la pezuña derecha y se alejó al paso, dando vueltas en círculo alrededor de Bonsái. Sin respuesta. Pronto, la cabeza de Bonsái se inclinó y un flujo de pequeñas zetas empezó a brotar de su boca.

Madre, finalmente, se despertó, y decidimos acercarnos en autobús a Ikea para almorzar. Ikea es nuestro restaurante favorito. Es de tipo autoservicio, así que puedes pagar antes de comer y disfrutar de la comida sin preocuparte de la maldita cuenta. La selección de postres era estupenda, y también es cómodo si necesitas una nueva silla de oficina o una tabla para cortar en la cocina. Ambas pedimos, como siempre, el almuerzo de albóndigas. Yo tomé un refresco de frambuesa y madre tomó leche con cacao. El comedor estaba lleno de carritos de bebé, parejas jóvenes y un numeroso grupo de hombres con pintura blanca en los vaqueros y las botas. Madre me estaba hablando de un documental que vio en la tele mientras yo estaba en el Niágara; iba sobre un chico que llevaba *pizzas* a domicilio y que las envenenaba. Yo la escuchaba a medias, mientras pensaba qué iba a hacer. A lo mejor podía volver y hablar con el equipo de seguridad de Fallsview. Quizá me ayudarían a sacar de su escondrijo al hombre de *Metro*. Y entonces, madre dejó de hablar en mitad de una frase. Levanté la vista de mi

albóndiga y madre se inclinó hacia mí.

—Es él —dijo—. El hombre grandote que pasó por casa mientras tú estabas fuera y preguntó por ti. —Hizo un gesto con el tenedor y yo volví la vista a la izquierda.

Allí estaba el marido de Patti, Dougie, mirándome fijamente.

Dougie parecía enfadado. Estaba de pie en la cola, con una bandeja de plástico en la mano, doblada como si quisiera romperla en dos. Empujó a una pareja de ancianos, casi tirándola al suelo, y se acercó a nuestra mesa, pisando con rabia.

—La amiga de Patti. Tú eres esa Colleen.

—¿Qué tal, Dougie? —Me sorprendió que me reconociese. Solo lo había visto una vez, el verano anterior, cuando vino a recoger a Patti de la barbacoa de la oficina y, de mala gana, me llevó también a casa. Empecé a limpiarme las manos con la servilleta por si quisiera darme la mano, aunque estaba utilizando un tenedor y tenía las manos limpias.

—¡Esa maldita embustera! —dijo Dougie. Otras personas del comedor miraron hacia nuestra mesa—. Me dijo que se iba a las cataratas del Niágara contigo a pasar el fin de semana.

—Tuve que volver por…

—¿Tú lo sabías? ¿Estás mintiendo por Patti? —Tiró la bandeja al suelo. Un joven cajero se acercó desde su caja, pero Dougie se limitó a quedarse ahí de pie, mirándonos.

—Dougie, cálmate. Estuve con tu mujer en las cataratas del Niágara, eso desde luego. Fuimos al casino. Nos alojamos en el Captain's Inn. Yo tuve que volver…

—¡Embustera! Mientes por ella. Maldita sea, ¿con quién está? ¿Es alguien del trabajo? ¿Es el jodido Craig?

Dougie alargó la mano, cogió dos albóndigas del plato de madre y se las metió en la boca. Tenía salsa roja en la mano y en la barbilla. Se quedó mirando a madre mientras masticaba. Madre bajó la vista hacia el pecho.

—¿Qué demonios? —Me puse de pie. Mi silla se tumbó hacia atrás, armando un estruendo contra el suelo. Apunté el dedo a la grasienta cara de Dougie—. Yo estaba con tu mujer, que por cierto, es una mujer buena y amable, y tuve que volver porque mi madre me necesitaba.

—Si te crees que…

—Ahora vas a pedirle disculpas a mi madre. Y luego vas a ir a ese mostrador y le vas a comprar otro plato de albóndigas.

—Por favor, no te preocupes por eso —dijo madre, los ojos aun mirando hacia abajo, la voz temblorosa.

—A la mierda —dijo Dougie. Se me acercó hasta que estuvimos cara a cara. Yo no me moví—. Y a la mierda tus putas albóndigas. Eres una embustera, y sé que Patti me está poniendo los cuernos. ¿Y sabes qué?

—¿Sí, qué? —Miré a Dougie con los ojos entornados.

—Ahora mismo voy para allá. Has dicho Captain's Inn, ¿no? Ya puedes rezar para que la encuentre en el libro de registro, y ya puedes rezar para que no esté con Craig o cualquier otro cabrón. Porque si me entero de que has estado mintiendo por Patti, en cuanto acabe con ella iré a por ti.

Nos sostuvimos la mirada unos segundos. El restaurante estaba en silencio. Entonces Dougie se fue de malos modos. No se me ocurrió nada que responderle, así que le vi desaparecer en la multitud que se apiñaba, nerviosa, a la puerta del restaurante, sin saber lo que pasaba y si se podía entrar. Me volví a madre. Ella alzó la vista y me miró.

—Lo siento —dijo.

Patti no respondía al teléfono. Lo intenté tres veces, con la esperanza de avisarla de lo de Dougie. «¿Iría realmente hacia allá?», me pregunté. Lo más probable es que llamase y se las tuviera con ella por teléfono. Por eso no podía comunicar con ella. De todos modos, pensé que debía avisarla de lo que pasaba en caso de que Dougie no hubiese llamado y ella no respondiese porque estaba enfadada conmigo por haberme ido.

Le envié un mensaje de texto a Patti: «Me encontré con Dougie y cree que le engañas porque yo estoy aquí y ahora va hacia NF en coche. Lo siento. Traté de explicárselo pero estaba furioso».

Madre y yo seguimos comiendo nuestras albóndigas, pero el ambiente se había hecho incómodo. La gente nos miraba, o esa era la sensación. Nos llevamos las bebidas y dejamos los platos a medias en la mesa. Mientras salíamos, sonó mi teléfono.

Era Patti. Estaba frenética. Su voz era más aguda, y respiraba

trabajosamente en el teléfono, como si estuviese corriendo mientras hablaba.

—¿Sabe qué hotel es? —preguntó Patti—. ¿Se lo has dicho?

—Sí, lo sabe. Pero ¿no le habías dicho dónde nos alojábamos?

—No se lo había dicho. Esto no es asunto tuyo, pero Dougie y yo nos peleamos. No solo te acompañé a las cataratas del Niágara para tomarme unas vacaciones. Necesitaba alejarme de él.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho, joder. Tenía que alejarme de Dougie. Nos peleamos. ¿Sabes lo que he hecho hoy, Colleen? He buscado trabajos de camarera aquí, en la ciudad. Tengo una entrevista en IHOP mañana por la mañana.

—¿En IHOP? ¿Y por qué ibas a hacer una cosa así?

—Porque ya me he hartado de Dougie. Ahora estoy aquí. Pero quizá todo se ha echado a perder porque me has abandonado y luego vas y le dices a Dougie dónde estoy. ¿Qué voy a hacer ahora?

—¿Te pegó? He notado que tenías un cardenal.

—No te metas en eso, coño. Tengo que salir de aquí. Y no puedo volver a Toronto.

—Quédate, Patti. Voy a volver para allá. Tomo el próximo autobús y nos encontramos en alguna parte. Deja la habitación del Captain ahora mismo y aparca tu coche en otra parte. Déjalo en el aparcamiento subterráneo del casino, ¿vale? Luego busca otro hotel para nosotras. Te envío un mensaje de texto cuando ya esté en la carretera.

—¿De verdad que vas a volver?

—Desde luego. Siento haberte dejado allí, pero no tardaré nada en llegar.

Miré a madre. Estábamos en el aparcamiento, de camino hacia la parada de autobús. Ella miraba hacia delante, como si no oyese nada, pero tenía una mirada de preocupación. Iba a volver a dejarla.

11

Tomé un autobús Greyhound de vuelta a las cataratas. Esta vez llevaba una linterna y ropa oscura. También el portátil de Leonard, por si tenía que investigar. Podía haber ido en el coche de Leonard, pero no estaba preparada para eso. El coche seguía aparcado a la entrada de casa. La última persona que lo había conducido era Leonard; la policía lo trajo enganchado a una grúa, del pantano de Morrison a Mimico. La idea de sentarme en el asiento de Leonard, con las manos en su volante, me provocaba un sentimiento de desasosiego, como si yo me fuese a morir también.

Madre me prometió que a partir de entonces seguiría la planificación, y yo le prometí que no me pondría histérica si no contestaba de inmediato a mis llamadas, porque lo más probable era que estuviese dormida. En cuanto se despertase me devolvería la llamada y confirmaría que aún estaba vivita y coleando. No era una situación ideal, pero yo tenía que irme. Patti me necesitaba. Y yo aún no había terminado de investigar la muerte de Leonard.

Para un caso de emergencia, tomé prestada la tarjeta de crédito de madre. No había llegado al límite de mi propia tarjeta, pero me sentía más segura teniendo un plan alternativo. La deuda que estaba acumulando en estos viajes se iba a convertir en un problema para mí, pero eso sucedería más tarde. Acepté que era algo inevitable. Por ahora, tenía cosas que hacer.

Me senté junto a la ventana y miré hacia la carretera por si veía pasar a Dougie, con el brazo fuera de la ventana del conductor, el puño temblando de furia. Pero entonces recordé que Patti se había llevado su coche. No tenían un segundo vehículo. Eso me llevó a preguntarme cómo pensaba Dougie llegar a las cataratas del Niágara. ¿Iba a tomar también un autobús? ¿Estaba acaso en el

mío? ¿Estaba en el asiento de atrás, con la mirada fija en mi nuca, ardiendo de rabia? No era probable, pero de todos modos me encogí en el asiento, escondiéndome.

Cuando estábamos a medio camino, tuve un ataque de estornudos. Mi compañera de asiento, una anciana con pelo de gato en las mangas, me dijo «Jesús» después del primer estornudo. Lo volvió a decir después del segundo, y de nuevo después del tercero.

—Lo más probable es que esto continúe —le dije—. Lo siento. No hace falta que diga «Jesús» cada vez.

—Pero me gusta decirlo. ¡Espero que siga estornudando hasta que lleguemos al garaje de autobuses!

Estornudé.

—Jesús.

Me metí en uno de los taxis que esperaban en la estación y le di al conductor el nombre del hotel que Patti me había enviado en un mensaje de texto, el Queen Fallsview. Nos pusimos en marcha hacia las cataratas. Observé que el coche de Patti no estaba en el aparcamiento del Captain's Inn cuando pasamos por allí; tampoco estaba el furibundo marido de Patti.

El taxi continuó por la vía principal y se detuvo delante del casino Fallsview.

—Perdón —le dije al conductor—, le he dicho el Queen Fallsview. Es un hotel.

—A su derecha, señora —contestó.

Miré por el lado del pasajero y allí estaba, pintado en el cristal de la puerta principal en cursivas doradas: Queen Fallsview. Delante había un hombre con un traje pasado de moda y gorra, las manos a la espalda. Miré hacia arriba. El edificio era enorme. Y de superlujo. Justo al otro lado de la calle con respecto al casino. Si tenías una habitación lo bastante alta, podías mirar por la ventana y ver las cataratas. Parecía caro, y me enfadé con Patti por elegir un lugar tan extravagante, pero también tenía ganas de entrar. Me olvidé de pagar el taxi y bajé a la acera. El conductor tuvo que tocar el claxon para que volviera y le pagase.

El vestíbulo era como un elegante hangar, con escaleras rodeando una fuente y macetas de helechos por todos lados. Placas

doradas en la pared. El suelo probablemente no era de mármol, pero lo parecía. Olía a bollos de canela; miré hacia arriba y vi que, de hecho, había una tienda Cinnabon en el hotel, en el atrio del segundo piso. Los huéspedes podían salir en pijama y conseguir un delicioso desayuno Cinnabon.

Esperé, junto con dos familias sudorosas y quemadas por el sol, a que viniese uno de los cuatro ascensores que salvaban las alturas del Queen Fallsview. Patti estaba en el piso treinta y cuatro, esperando mi llegada. Fue una imprudencia por su parte elegir un lugar tan lujoso, pero también era una muestra de sus gustos refinados. El Captain's Inn, el hotel que yo había elegido, no tenía ascensor. Ni siquiera tenía pisos que estuvieran limpios.

Cuando llegué a nuestra habitación, llamé con los nudillos, pero Patti no respondió. Entonces recibí un mensaje de texto suyo: «Un momento estoy en el baño».

Me senté en la alfombra del pasillo y esperé. Observé que un niño se inclinaba desde una puerta, un poco más allá, y me miraba. Llevaba un parche en el ojo. Un pequeño pirata. Lo saludé con la mano, y él se volvió a meter en la habitación.

Patti, que llevaba un esponjoso albornoz blanco, abrió la puerta y me dejó pasar a la *suite*. Era esa clase de habitación; de hecho, no te rebajarías a llamarla habitación, porque era una *suite*. Espaciosa, limpia, con los muebles a juego. En el espejo del baño no había manchas. Al otro lado de la habitación, una ventana se extendía de suelo a techo, y desde allí se veían las cataratas. Apoyé el rostro contra el cristal y las contemplé, maravillada.

—Vaya vista, ¿eh? —dijo Patti.

—Es majestuosa —respondí.

No hablamos mucho. Patti estaba sentada en una de las dos camas, cortándose las uñas y dejándolas caer en la alfombra. Yo me quedé junto a la ventana, admirando las vistas. Tenía ganas de preguntarle a Patti por su marido y por lo que había pasado, pero no estaba segura de que fuera oportuno. Quizá debía esperar a que fuese ella la que quisiera sacar el tema. También me fastidiaba un poco que no hubiera preguntado por madre. Después de todo, había salido de allí muerta de miedo porque madre no respondía al

teléfono; esperaba que Patti al menos hiciese mención de ello, de alguna manera.

Patti acabó de cortarse las uñas, puso en marcha la tele y se tumbó en la cama. Fue cambiando de canal y se quedó en un programa sobre un asesino en serie que enviaba trozos de sus víctimas a la Casa Blanca. Me senté a mirarlo en la cama que no estaba ocupada. El asesino pasó sus años de formación viviendo en un barco, y mostraban fotos del interior del barco. Parecía cálido y acogedor. En la pared había un reloj que madre también tenía en su habitación, con pájaros en lugar de números.

Cuando terminó el programa, Patti apagó la tele y nos quedamos unos minutos sentadas en silencio. Entonces Patti me miró.

—¿Quieres alquilar un apartamento conmigo? —me preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Un apartamento. Es esa cosa donde vive gente, en un edificio.

—No comprendo. Yo ya tengo donde vivir.

—¿Es que piensas vivir siempre con mamá? Por Dios, Colleen. Puede que haya llegado la hora de crecer. De todos modos, Toronto ya es pasado. Aquí es donde tenemos que estar ahora. ¿Quieres mudarte a vivir conmigo? Probablemente, pueda conseguirte una entrevista en IHOP también.

—¿Quieres vivir en las cataratas del Niágara?

—Ya lo creo que quiero. Es genial. Tiene la energía de las ciudades de frontera. Podemos trabajar en IHOP e ir al casino. Lo tiene todo.

—Eso suena muy bien, pero yo tengo que ocuparme de madre.

—Piensa en ello, ¿te parece? Vamos abajo a tomar una copa.

El Queen Fallsview tenía su propia coctelería en el piso principal, al otro lado de la entrada a la piscina. Se podían oler los productos químicos de ella. Cuatro taburetes en la barra y cuatro mesas pequeñas. La zona estaba limitada por postes de plástico con cintas retráctiles, como los que tienen los bancos. Nos sentamos a una de las mesas. Patti dijo que el camarero se parecía a Robert Stack y yo me reí, aunque no sé quién es Robert Stack.

Estuvo bien volver a encontrarse con Patti en condiciones amistosas y tomar mojitos y reírse, pero yo quería ir por mi cuenta.

Sabía que tenía un tiempo limitado para investigar la muerte de Leonard. Al día siguiente iba a volver a Mímico con madre. Necesitaba una razón para poder irme a hurtadillas, acercarme al casino y hablar con los guardias de seguridad.

—A lo mejor me voy a dar una vuelta después de esta copa —dije—. Tengo que aclarar las ideas. ¿Te importa?

—Claro. Te acompaño.

—Vale, pero quizá esta vez debería ir sola. Vigilaré por si aparece Dougie.

—No, no pasa nada. ¿A dónde quieres ir? Deberíamos ir a ver qué tal está Clifton Hill. Parece que hay una casa al revés, y a mí me apetecen unos Dippin' Dots.

—De hecho, ahora que lo pienso, debería descansar. El viaje me ha dejado bastante cansada. Ve tú, yo me echaré a dormir una siesta.

—Una siesta estaría bien. Luego vamos a por los Dippin' Dots.

—Ah. Bueno, vale.

Me di cuenta de que no había nada que hacer. Iba a tener que encontrar otro momento para quedarme sola. Entonces, Patti cruzó los brazos de esa forma teatral en que lo hace y se me quedó mirando. Levantó las cejas, apretó los labios. Enfocó los ojos hacia mí, como un ave de rapiña.

—¿Qué? —le pregunté.

—Estás ocultando algo.

—No digas tonterías. ¿Qué iba a ocultar?

—No sé, tú dirás.

—No estoy ocultando nada.

—De acuerdo.

—Lo digo en serio.

—De acuerdo.

Siguió mirándome fijamente. Yo seguí sorbiendo de mi mojito, con demasiada frecuencia. Ella sabía que algo pasaba. No podía soportarlo.

—¡No estoy ocultando nada! —dije, dando un manotazo en la mesa.

—Desde luego.

—Muy bien. —Me sinceré. Se lo conté todo.

Le conté lo del hombre en el funeral de Leonard, le dije que

había estado callado todo el tiempo y luego había mentido al decir que trabajaba en la fábrica de plásticos. Le dije que lo había vuelto a encontrar en el periódico *Metro* y le enseñé a Patti el recorte. Luego le dije que se lo había mostrado a dos camareros del Fallsview, que dijeron que no lo habían visto nunca. Le hablé de los rusos y de su fraude de las máquinas tragaperras. Patti se inclinó hacia mí, con la boca abierta, lanzando miradas a su alrededor. Le encantaba, era evidente. Solo le faltaba dar gritos de deleite. Me sentí bien descargando todo aquello. Era como si hubiese estado acarreando una bolsa del súper llena de pesados botes de salsa para espaguetis y ahora Patti llevara una de las asas de la bolsa, y las dos estuviésemos llevando los botes a casa juntas.

—¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó Patti—. ¿Crees que Leonard era de la mafia o algo así? ¿Le oíste alguna vez hablando ruso?

—No sé. Creo que no.

—Seguro que tenía un escondite con dinero del juego, en alguna parte. ¡En el pantano! ¡Colleen, el pantano!

Quizá había sido un error contarle a Patti lo que estaba tramando, pensé. Pero no había nada que hacer: ya se lo había contado. Y, de todos modos, madre solía decir que, cuando te arrepientes de haber hecho algo es porque solo puedes ver el resultado a corto plazo, y que lo bueno vendrá más adelante. Como cuando vas a correr y te da una rampa. Puede que te arrepientas por la rampa, pero después tendrás piernas fuertes y recuerdos divertidos de haber salido a correr junto al lago. Quizá Patti me ayude con la investigación.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Patti puso en la mesa el vaso, ya vacío, del mojito y se repantigó en el asiento.

—Quería hablar con los de seguridad en el casino.

—Yo me voy a cambiar.

12

Acabábamos de salir a la calle cuando el teléfono de Patti vibró. Era Dougie. Patti se asustó y volvió a entrar corriendo; no respondió a la llamada. Sentía como si su marido la estuviese vigilando desde alguna parte, porque la había llamado en el instante en que salía del hotel. Yo salí a la acera y eché un vistazo, pero no vi a Dougie por ningún lado. Patti no estaba convencida. Quería volver a la habitación. Iba a tener que seguir con la misión sola. Le prometí a Patti que la tendría al corriente por mensaje de texto y luego salí y fui hacia el Fallsview.

Una vez en el casino, di una vuelta por el perímetro hasta que encontré una guardia de seguridad. Me aproximé, ensayando por última vez en la cabeza mi pequeño papel.

—Perdone —dije. La guardia de seguridad levantó las cejas—. Me llamo Annie Hart. Me gustaría hablar con el jefe de seguridad. Tengo información sobre el timador ruso al que arrestaron aquí la semana pasada.

—Esa es una cuestión policial —replicó la guardia.

—Lo sé, pero pensé que debía venir aquí antes, y así ustedes verían si era necesario implicar a la policía.

—De acuerdo. Es necesario implicar a la policía.

—Pero ¿no podría empezar por su equipo? Tiene que ver con alguien que se hace pasar por empleado del Fallsview. Un impostor. Esa es una cuestión del Fallsview.

—De acuerdo; ¿qué información tiene?

—En serio, preferiría hablar con el jefe de seguridad.

La guardia se me quedó mirando fríamente. Yo respondí con una sonrisa.

La guardia de seguridad me guio por un estrecho pasillo tras una puerta cerrada hasta una pequeña oficina. Había un hombre calvo sentado tras una mesa de despacho, hablando por teléfono a gritos. Gritaba en francés. Detrás de él, una pared de cristal que daba a otra habitación, con otro hombre calvo sentado a otra mesa, cubierta de ordenadores, cables y carpetas. Por encima de ella había ocho pantallas de televisión montadas en la pared, mostrando imágenes de cámaras de seguridad.

—Espere aquí —dijo la guardia. Se inclinó hacia el interior de la sala con pantallas de televisión y le dijo algo al hombre de la mesa. Hablaron unos momentos y la guardia salió y me apuntó con el dedo.

—Que sea rápido —ladró.

El hombre calvo de la sala de las teles tenía cara de estar irritado. Llevaba una chaqueta de cuero sobre su uniforme de seguridad, que parecía demasiado pequeño para su cuerpo de grandes dimensiones. Se inclinó en su asiento, que chirrió. La sala olía a mal aliento.

—¿Tiene información sobre el arresto de la semana pasada? —me preguntó.

—Sí —respondí yo. Saqué del bolsillo el recorte de Metro y se lo entregué.

—Ese es el sospechoso, en efecto.

—Muy bien —dije—. Pero ¿ve el hombre en segundo plano? ¿El que lleva el chaleco del Fallsview? Creo que podría estar implicado, de alguna manera. No creo que trabaje realmente para el casino.

El hombre calvo miró el recorte con los ojos entornados mientras se frotaba la barbilla. Los extremos de sus dedos eran de color naranja, y ahora tenía manchas de ese color en la cara.

—Cierre la puerta —dijo el hombre calvo.

La cerré.

—¿Esto es del periódico? —prosiguió.

—Sí, señor. Del *Toronto Metro*.

—¿Y usted es de Toronto?

—Así es.

—¿Cuál es su nombre, por favor?

—Annie. Annie Hart.

—Annie Hart. ¿De qué conoce al hombre de la foto?

—No lo conozco.

—De acuerdo. ¿Y qué le hace pensar que no trabaja en el Fallsview?

—He hablado con uno de sus camareros y…

—¿Camareros? Annie, para empezar: ¿por qué ha hablado con los camareros? ¿Por qué está aquí? ¿Qué tiene que ver con usted este delincuente ruso?

—Soy una ciudadana preocupada.

—Una ciudadana preocupada. Muy bien, Annie, le agradezco su preocupación, pero estoy muy ocupado. La policía está investigando el caso y le aseguro que lo están haciendo a fondo. No sé con qué camarero ha hablado, pero conozco al hombre de la foto e, indudablemente, era empleado del Fallsview. ¿De acuerdo?

—¿Era? ¿Quién es? ¿Ya no trabaja aquí?

—La verdad es que no creo que deba dar esa información. No sé quién es usted. Lo importante es que él trabajaba aquí, así que su teoría del impostor no acaba de funcionar. Ahora, si me hace el favor, tengo mucho trabajo. Gracias por su tiempo.

El hombre calvo giró la silla hasta volver a mirar al escritorio. Abrió un periódico y buscó la página de los horóscopos. Esperé un momento, pensando que me devolvería el recorte de *Metro*, pero no fue así.

De nuevo en la sala del casino, envié un mensaje de texto a Patti: «Hablado con seguridad, parece que el tipo trabaja aquí, no me han dicho nombre. ¿Lo busco?».

Patti respondió: «Buscaremos después, tengo hambre. Vamos al Jimmy B otra vez».

A primera vista, no pensé nada especial del hombre de las gafas redondas. Le vi reflejado en uno de los espejos del techo. Caminaba tras de mí mientras yo andaba por el casino, hacia la salida. Pelo corto y rubio, cazadora bomber azul, y unas gafas gruesas y perfectamente redondas.

Sin embargo, de camino a la salida, pasé junto al lavabo y me di cuenta de que tenía que mear. Cuando salí del lavabo volví a verlo. Estaba de pie al final de una fila de máquinas tragaperras, mirando el teléfono. De nuevo, no pensé nada especial al respecto. Lo vi, igual que veo a muchas otras personas. Llevaba unas gafas interesantes. Seguí andando.

Estaba cerca de la entrada cuando miré por casualidad hacia arriba, hacia otro de los espejos del techo. El hombre volvía a estar detrás de mí. Me pasó por la cabeza que a lo mejor me estaba siguiendo. Probablemente no era más que paranoia, con todo lo que había sucedido en los dos últimos días. De todos modos, decidí hacer una prueba. Giré hacia la izquierda de golpe y seguí por otra fila de tragaperras, hacia las mesas de juego.

Al principio no lo vi. Pasé junto a las mesas, por un pasillo de tragaperras de un dólar, y llegué al mostrador en el que puedes cambiar las ganancias. Me detuve allí y fingí rebuscar en el bolso. Miré hacia arriba, al espejo, y allí estaba el hombre de las gafas redondas. Apoyado en una de las tragaperras de un dólar, de nuevo mirando el teléfono.

Saqué un tubo de bálsamo labial del bolso y me lo apliqué en el labio, para que pareciese que realmente me había parado para buscar el tubo en el bolso. No quería que el hombre supiese que yo sabía que me estaba siguiendo, si es que realmente lo hacía. Eso quería decir que tenía que justificar mi elección de pasearme por todas las máquinas y mesas para llegar al mostrador de pago. Entonces vi el cartel en la pared, junto al mostrador: Terraza de fumadores. Fui hacia allí y salí.

Había una preciosa vista de las cataratas, pero a mí no me interesaba mirar las cataratas. Saqué mi teléfono. El aviso de batería baja estaba encendido. Llamé a Patti sin perder de vista la puerta de la terraza.

—¿Dónde estás? —dijo Patti—. La nena necesita una hamburguesa con salsa de pimienta, y enseguidita.

—No te preocupes por eso ahora; está pasando algo extraño. Creo que me están siguiendo.

—No me digas. ¿En serio?

—He visto a un hombre que iba detrás de mí a todas partes, así que he seguido un recorrido raro por el casino y no me lo he quitado de encima.

—¿Crees que es uno de los amigos de Dougie?

—No lo sé. Podría ser. O puede que sea alguien relacionado con seguridad de Fallsview. ¿Dougie tiene un amigo con gafas redondas?

—¿Gafas redondas? No creo. Quiero decir que, en realidad,

Dougie no tiene amigos.

—No sé qué hacer. ¿Le hago frente?

—No, por Dios, no lo hagas. Podría ser un tipo peligroso.

—Bueno, lo que no puedo hacer es guiarlo hasta nuestro hotel. Podría ir a un hotel diferente. Tú podrías venir a observar y ver lo que hace. Podrías seguirle tú a él.

—Supongo que podría, sí. Dios mío. ¿Cómo lo hacemos?

—Ven aquí. Yo saldré a la puerta principal del casino, por donde entramos ayer. Te llamaré cuando esté a punto de salir. Tú esperas fuera y miras si aún me sigue. Yo iré hacia algún otro hotel y tú lo sigues. A ver qué hace. Un hombre con gafas redondas. Lleva una chaqueta azul. Diría que alto.

—Me estoy poniendo los zapatos.

13

Cuando entré desde la terraza, el hombre de las gafas redondas seguía apoyado en la misma tragaperras. Levantó la vista y me echó una rápida mirada, luego se concentró otra vez en el teléfono. Yo anduve hasta la puerta principal.

Llamé a Patti.

—Estoy fuera —dijo ella.

—Muy bien, ahora estoy saliendo hacia el vestíbulo —respondí. Hablaba en voz baja, por si el hombre estaba cerca—. Me verás a través de las puertas dentro de un momento. No me hagas caso y observa la entrada. Mira si sale el hombre de gafas redondas y chaqueta azul.

—De acuerdo. Muy bien, ya te veo.

Patti estaba de pie en la acera, junto a la entrada. Había taxis alineados en la calle, a su lado. Llevaba un vestido verde que yo no había visto nunca y tenía un aspecto espléndido. El cielo estaba oscuro y las luces de los taxis le daban un brillo *sexy*. Me preocupaba que me saludase con la mano o que me sonriera de forma demasiado evidente, cosa que pondría en guardia a quien fuera que me siguiese, pero no me hizo caso.

Yo seguí la pasarela hacia la calle y esperé en el cruce.

—¿Algo? —pregunté.

—Aún no. ¿Chaqueta azul?

—Sí. Y gafas redondas.

—¿Color de pelo? Un momento… Creo que viene hacia aquí.

—¿Pelo corto y rubio?

—Creo que sí. Sí. Gafas redondas. Parece uno de esos pervertidos que se ven en las noticias. De acuerdo, será mejor que me calle un momento.

—De acuerdo.

Quería darme la vuelta, pero seguí mirando hacia el otro lado de la calle. Patti estaba respirando al teléfono. Algunos peatones se fueron reuniendo a mi lado. El semáforo se puso en verde y crucé la calle. La entrada del Queen Fallsview estaba justo a mi izquierda, pero yo giré a la derecha y seguí andando por la acera, alejándome de mi hotel.

—Estaba caminando en tu dirección —dijo Patti.

—Dios mío. Vale, mantén las distancias. Voy a entrar en el siguiente hotel. Dime lo que hace.

—Muy bien. ¿Tienes miedo?

—Un poco. Sí, lo tengo. ¿Y tú?

—También. Esto es un mal asunto, Colleen.

—Lo siento. No debería…

—¡Te está mirando! —dijo Patti con un gritito—. Lo siento, debería hablar más bajo. Aunque no me ha oído. Pero está esperando en el cruce y te está observando, cien por cien seguro.

—Dios mío.

Pasé junto a varios restaurantes, un Starbucks. Veía un cartel de Hilton delante de mí, en la otra manzana.

—Está cruzando la calle —señaló Patti—. De acuerdo. Un momento. Estoy detrás de una camioneta. Espera. Muy bien, gira a la derecha. Está yendo hacia ti.

—No dejes de seguirlo. Voy a entrar en el Hilton, un poco más allá. ¿Lo ves?

—Sí. Vale. Patti va hacia allá, no te preocupes.

Mantuve un paso constante, normal. Mis instintos me decían que saliese corriendo hacia el hotel, pero no podía dejar que el hombre de las gafas redondas supiese que yo sabía que me estaba siguiendo. Cuando llegué al Hilton, las puertas automáticas se abrieron y entré.

El mostrador de recepción estaba ocupado por un grupo de personas de la tercera edad. Todas ellas llevaban chaquetas con el texto «La pandilla de Junie» en la espalda. La recepcionista no podía prestarme atención, pero de todos modos le hice un gesto con la cabeza y continué vestíbulo adelante.

—Estoy dentro —dije, una vez que llegué a los ascensores y me aseguré de que no había nadie tras de mí—. ¿Aún me sigue?

Esperé, pero no hubo respuesta.

—¿Patti?

Miré a mi teléfono; estaba descargado.

Llamé a los ascensores e inmediatamente se abrió uno a mi espalda. Entré y pulsé el tres, el siete y el ocho. Me quedé mirando mi inerte teléfono mientras mantenía pulsado el botón de encendido. No sucedió nada. Me bajé en el tercer piso.

Avancé por el pasillo hasta encontrar una ventana por la que se veía la calle. Mi lado de la calle no era visible. El lado contrario sí, pero no pude ver ni a Patti ni al hombre de las gafas redondas. ¿Me habría seguido hasta el hotel? Podía estar comprobando todos los pisos, pensé. Eché un último vistazo a la calle y retrocedí por el pasillo hasta el cuarto de la máquina de hielo. Entré y me senté en el suelo, junto a la máquina. Se estaba cómodo y fresco. El zumbido de la máquina era tranquilizador.

Una cosa sí estaba clara ahora: había descubierto algo. Había venido a las cataratas del Niágara para investigar la muerte de Leonard y mi única pista —el hombre de *Metro*— parecía estar rodeada de una actividad sospechosa. El camarero había dicho que no creía que el hombre trabajase en el casino, lo que significaba que llevaba el uniforme del Fallsview como disfraz. Pero el jefe de seguridad dijo que el hombre, en algún momento, había trabajado allí. Y entonces alguien me había seguido al salir del casino, hasta llegar al Hilton.

Metí la mano en la máquina de hielo, saqué dos cubitos y me los puse en la boca. Escuché por si oía pasos en el pasillo. Silencio. Me pregunté si mis recientes actividades podían convertirse en un emocionante guión de *Jinetes de Exley*. Quizá la clase de Mary Valentín podía ir de excursión a las cataratas del Niágara. Era difícil saber por qué iban a elegir ese destino —no había caballos por allá —, pero eso ya lo resolvería más adelante.

Estaba pensando en lo que podía pasar en el episodio, y recordé la vez en que mi clase había ido de excursión a Tiempos Medievales. Yo iba con un año de retraso, porque había perdido la mayor parte de mi décimo curso cuando estaba con los Ciudadanos de la Luz. No conocía a nadie en mi clase. Los otros chicos y chicas

mantenían las distancias. Creo que se habían enterado de lo que había sucedido y no estaban seguros de cómo actuar cuando yo estaba presente. Cuando llegamos al restaurante, decidí quedarme en el autobús. ¿Por qué lo hice? No estoy segura. Supongo que no me apetecía estar con mis compañeros de clase. No me fiaba de ellos. Nadie se dio cuenta de mi ausencia. Ni siquiera el conductor. Oí cómo discutía con su mujer por teléfono, hasta que se fue también. Me quedé mirando la parte trasera del asiento de enfrente y temblé de frío. Unas horas más tarde, todo el mundo regresó al autobús y volvimos a la escuela. Nadie pareció notar que yo no había estado con ellos en Tiempos Medievales. Cuando llegué a casa, le dije a madre que había visto una justa y que me comí un bistec para cenar. Recuerdo que, aquella noche, me fui a la cama con hambre.

Desde luego, un episodio de *Jinetes de Exley* basado en esa experiencia no es que fuera muy emocionante. Más bien triste. Y cuando escribes guiones especulativos, no es buena idea meterte a cambiar el formato. Lo que te conviene es usar los platós que la serie tiene a mano, no escribir para localizaciones completamente nuevas, ya que eso repercute en el presupuesto de la serie. Además, los productores quieren escritores que sepan trabajar dentro de las limitaciones de la serie. Quieren saber que tienes una voz propia y emocionante, pero que puedes encajarla en el mundo que ellos han creado. Quizá la Escuela de equitación de Exley podría organizar un carnaval y Mary Valentine podría ir a un casino infantil situado en las instalaciones, como un gran entoldado, y se pasaría el episodio buscando un misterioso caballo con una cicatriz bajo el ojo, un caballo que había visto en el boletín de la escuela.

Pensar en la serie me calmaba. Mastiqué otro cubito de hielo. Normalmente, no buscaba ideas para programas en mi propia vida.

Otras veces en que había probado hacer esto, la historia siempre resultaba aburrida y deprimente, y echaba a perder la diversión de explorar mi imaginación. Cuando empecé a escribir series de televisión, estaba visitando a un terapeuta llamado Zeigland, y Zeigland me animó a que escribiese sobre mis experiencias en la Granja. Empecé a trabajar en un guión original sobre una adolescente que huye de casa y se une a una secta. No era buena, para nada. Quiero decir que, no es que mis otros guiones sean

necesariamente buenos, pero al menos me divierto al escribirlos. Este guión de la secta me hizo sentir desgraciada. El título que se me ocurrió fue *Secta*. Cuando lo terminé, lo corté en trocitos muy pequeños y pasé el aspirador sobre ellos.

Lo divertido —aunque a lo mejor no es divertido en absoluto— es que lo habría pasado mejor si la gente hubiese leído el guión de la secta. Porque era verdad que había estado en una secta. Algunos de los productores recordarían la noticia de los periódicos, y quizá hasta reconociesen mi nombre. Una de las adolescentes que vivían conmigo en la Granja, Lacy, escribió un libro sobre los Ciudadanos de la Luz y lo publicó. Yo no lo leí. No quería tener nada que ver con esa parte de mi pasado, y desde luego no quería construir mi carrera ideal de guionista de series de televisión sobre una base tan terrible. Quería trabajar en *Jinetes de Exley*, o en cualquier otra serie, porque los productores decidiesen que tenía talento. No por haber vivido en una casa macabra con una persona desequilibrada.

Decidí que no quería escribir sobre las cataratas del Niágara. Eso me haría pensar en la muerte de Leonard, y no quería pensar en eso. Los guiones de tele eran una forma de huir de los aspectos más sombríos de la realidad. Escribiría sobre Mary Valentine, que encuentra un libro de conjuros en las letrinas. Intenta uno de los conjuros, y hace que su caballo sea más rápido. O Mary toma lecciones de natación y ve una familia de fantasmas que viven en el fondo del lago. Algo así, divertido.

Las mejillas me estaban empezando a doler por el hielo. Tenía que volver al Queen Fallsview y cargar el teléfono. Probablemente, Patti estaría preocupada. Y quizá estuviera en un aprieto, pensé. Quizá el hombre de las gafas redondas estuviera en el hotel, o apostado enfrente, esperando a que yo saliera. A lo mejor había otra salida. Una puerta de atrás. Un callejón secreto que me llevase directamente a mi hotel sin ser descubierta. Asomé la cabeza desde el cuarto del hielo —todo despejado— y bajé por las escaleras hasta el piso principal.

Salí junto a los ascensores. Había una mujer esperando con su hija.

La niña llevaba flotadores en los brazos y estaba llorando.

—Mis brazos hacen ruiditos —decía la niña—. Lo odio.

Caminé por el pasillo hacia la parte trasera del edificio. Pasé

junto a la piscina. Se oían niños gritando a través de la puerta. En mitad del pasillo había un calcetín mojado. Encontré otro hueco de escalera al final del pasillo. Dentro, una puerta con un cartel de salida sobre ella. La abrí y salí.

Estaba en lo que parecía ser una zona de carga y descarga. Un hombre y una mujer con uniformes de cocinero fumaban junto a otra puerta. Me miraban fijamente. Les sonreí, una gran sonrisa de idiota. Ambos entornaron los ojos, pero no dijeron nada. El hombre de las gafas redondas no estaba por allí. Había un callejón que recorría la parte de atrás del edificio. Lo seguí en dirección al Queen Fallsview, hasta llegar a otro callejón que, junto al lado oeste del Hilton, llegaba hasta la calle principal. Cuando llegué al final del callejón, saqué con cuidado la cabeza y busqué al hombre de las gafas redondas. Debía parecer que estaba loca, mirando por la esquina como un pájaro paranoide, pero el hombre tampoco estaba allí. Caminé tan rápido como pude por la acera, esquivando grupos de turistas que se movían poco a poco, hasta que las puertas deslizantes del Queen Fallsview se abrieron y yo me deslicé hacia el interior.

Patti no estaba en la habitación. Enchufé mi teléfono y vi parpadear el icono de la batería. Aún pasarían unos minutos de carga antes de poder usarlo. Me paseé arriba y abajo por la alfombra.

Mi teléfono cobró vida y tenía tres llamadas perdidas de Patti, y varios mensajes de texto:

> Colleen???
> Contesta al teléfono, maldita sea!!!
> Vale muy bien el tipo se ha metido en un coche y yo lo estoy siguiendo en un taxi. Es una locura. Contesta al teléfono!
> Holaaaa.

El último mensaje era de hacía veinte minutos. Llamé a Patti; sin respuesta.

Tenía un nudo en el estómago. Me arrodillé en la alfombra y me

quedé mirando al teléfono, esperando que sucediese algo. Como un gato mirando un bicho muerto. Lo único que existía para mí en aquel momento era el teléfono, así que, cuando Patti entró, di un grito. Salté hacia delante y me golpeé la cabeza contra la pared. Patti chilló también.

Aún estaba sosteniendo la puerta abierta y el hombre de la habitación de al lado apareció a su lado. Preguntó si todo iba bien.

—He oído gritos —dijo el hombre. Tenía la cara totalmente quemada por el sol. Dolía solo de verla.

—Estamos bien, gracias —dijo Patti—. Solo nos hemos sobresaltado la una a la otra.

—Pensé que quizá las estaban atacando —repuso. Miró hacia mí, que estaba tirada en la alfombra, frotándome la dolorida cabeza —. Que sepáis que, si tenéis algún problema, podéis llamar a mi puerta. Estoy al otro lado del pasillo. Tengo entrenamiento de combate, de hecho.

—Lo tendremos presente —dijo Patti.

—En realidad, si queréis una clase de defensa, puedo decirle a mi hermano que venga. Él también tiene entrenamiento de combate. Podemos ensayar algunas situaciones.

—Gracias, pero pasaremos.

El hombre parecía desconsolado mientras Patti le cerraba la puerta en las narices.

Patti y yo nos sentamos cada una en nuestra cama y nos contamos mutuamente lo que nos había pasado. Yo le dije que mi teléfono se había quedado sin batería cuando ya estaba en el Hilton, y que decidí irme a escondidas por la puerta de atrás y volver a nuestro hotel.

—¿Qué pasó con el tipo? —le pregunté—. ¿Lo seguiste en taxi?

—Te siguió al Hilton. Yo estaba muy asustada. Iba a entrar para asegurarme de que estabas bien, y entonces el hombre volvió a salir y llamó por teléfono a alguien —explicó Patti—. Luego se quedó ahí, de pie, un rato. Enfrente del Starbucks. Vi que nuestra llamada se había cortado y volví a llamarte unas cuantas veces, pero evidentemente sin éxito. Al cabo de unos minutos, un coche negro se paró junto al bordillo y el hombre entró en él. Yo estaba al otro

lado de la calle, y había unos cuantos taxis alineados enfrente de mí. El coche negro dio un giro de ciento ochenta grados y luego se paró en el paso de peatones. No estaba segura de lo que debía hacer. Traté de llamarte otra vez. Entonces me monté en uno de los taxis y le dije al conductor que se situase detrás del coche negro.

—Como si fuera una serie —intervine yo.

—Fue exactamente así, como en una serie. Le di un billete de veinte al conductor y le pedí que siguiera al coche negro. Pero que mantuviese una distancia de seguridad. Le dije que mi marido estaba en el coche negro y que quería sorprenderlo.

—¿Y adónde fue el coche negro?

—A una casa encantada.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, una casa encantada. Como en Halloween. Estábamos en Clifton Hill. Era como un carnaval. Había atracciones, y puestos de helados, y un Frankenstein gigante. Tenemos que volver allí. Bueno, lo que decía, el coche negro aparcó en una calle lateral. El hombre de las gafas redondas y otro hombre, el que conducía el coche negro, salieron. Los seguí a pie. Entraron en Clifton Hill y fueron hacia una casa encantada. El cartel de la puerta decía Mayhem Manor. Utilizaron una llave para entrar.

—¿Mayhem Manor?

—Había muchas personas por allá, entrando en distintas casetas de feria, así que fue extraño que tuvieran que usar una llave para entrar. Supongo que el hombre al que seguía trabaja allí. Esperé unos minutos antes de acercarme a la puerta. Había un letrero que decía que Mayhem Manor estaba cerrada por reformas. Entonces paré otro taxi y volví aquí.

—¿Me siguió un empleado de una casa encantada?

—Parece que sí.

—Tenemos que volver allí —dije yo—. Mañana por la mañana, antes de regresar a casa.

—Yo no vuelvo a casa —respondió Patti—. Tengo entrevista en IHOP mañana, ¿recuerdas?

—¿De verdad que piensas quedarte aquí?

—Ahora vivo aquí, Colleen. Cuando tenga el empleo, buscaré un apartamento. Creo que tú deberías quedarte también.

—No puedo.

—¿Es que no quieres averiguar lo que le pasó a Leonard? ¿Lo que traman esos tipos?

—Bueno, sí, pero…

—Mi entrevista es a las diez. Luego nos acercaremos a Mayhem Manor.

14

Comimos bollos de canela —del Cinnabon del vestíbulo— en la cama, mientras mirábamos *Dateline*. El episodio iba de un poli retirado que irrumpía en casas en mitad de la noche y hacía fotos de las personas mientras dormían. Luego hacía cuadros de las fotos y los vendía en Etsy. No eran muy buenos, pero el presentador del programa decía que la gente los compraba.

—¿Crees que aún se podrán comprar sus cuadros? —preguntó Patti.

—No lo sé. Ahora está en la cárcel, ¿no?

—Seguro que aún puede usar su cuenta de Etsy. En la biblioteca de la cárcel tienen internet. Puede usar el dinero que gana en Etsy en el economato. Voy a comprar uno de esos cuadros para mi nuevo apartamento. Con mi primera paga de IHOP.

Patti se quedó dormida. Apagué la tele. No podía soportar *Dateline* yo sola, a oscuras. Fui al lavabo y llamé a madre. Ella también había estado mirando *Dateline*, pero un episodio distinto. Dijo que me echaba de menos, pero que estaba bien. De hecho, dijo que, en cierto modo, era divertido tener toda la casa para ella sola. Había desempolvado su vieja armónica y había tocado unos cuantos compases. Había tomado un baño, con la puerta abierta.

—Que disfrutes de tu último día en las cataratas del Niágara, cariño —me dijo, al tiempo que bostezaba—. No veo la hora de que vuelvas, mañana por la noche. He encontrado una de las lasañas buenas de Costco en el congelador. Estaba detrás de los polos. Podemos comérnosla y mirar un DVD.

Nos dijimos buenas noches y yo volví a mi cama. No estaba lista para irme. Parecía que mi investigación estaba llegando a alguna parte. Necesitaba más tiempo. Pero aún me quedaba la mañana y

parte de la tarde para hallar más información. Me levantaría pronto y trabajaría el doble. Comprobaría lo de esa casa encantada. Patti estaba roncando. Sonaba como uno de esos perros de razas excesivamente seleccionadas, que no pueden respirar correctamente. Yo aún no tenía sueño. Puse en marcha el portátil de Leonard y abrí *La isla de los renos*.

Heartsong estaba de pie en la amplia terraza junto al mar del Spencer W. Kimball Grill. Las olas rompían en la playa y el sol bajo de la mañana proyectaba una banda reluciente en el agua. Las gaviotas se llamaban unas a otras en la distancia, dentro de mis auriculares.

Decidí visitar el recinto de las tortugas de Cumorah Hill. Si dabas golpes en el suelo delante de ellas, bailaban un poco para ti. Heartsong salió de la terraza del restaurante y atravesó el aparcamiento al trote, en dirección a Moroni Sands; el camino más rápido hacia Cumorah Hill era cortando a través del campo de golf.

Bonsái estaba de pie en el green del primer hoyo, junto a la banderita. Las tortugas pueden esperar, pensé. Heartsong se acercó al paso hacia Bonsái.

Sin embargo, a medida que Heartsong se aproximaba al plateado reno, noté que las letras amarillas que flotaban sobre Bonsái eran diferentes. Aún estaba demasiado lejos para leerlas, pero no cabía duda de que había más de seis letras. El reno plateado se había cambiado de nombre, o bien se trataba de otro reno completamente distinto.

Seguí andando hasta que pude descifrar las letras; el nombre del reno era Veteciudad.

Mientras me acercaba, pude ver que, definitivamente, aquel era Bonsái. Al menos, el reno era idéntico: mismo tamaño, color, pelaje. En ese caso, ¿por qué se había cambiado el nombre? ¿Era un mensaje para que yo me fuese de la ciudad?

Heartsong caminó hacia el reno plateado y golpeó tres veces con la pezuña. Sin reacción. Veteciudad estaba durmiendo.

Me desperté y Patti estaba de pie junto a la cama, moviéndome

las piernas. Volvía a tener puesto su vestido verde, el cabello arreglado con rizador y un maquillaje profesional. El cardenal de su ojo estaba perfectamente disimulado. Tenía un aspecto magnífico. Si yo fuera supervisora en IHOP, la contrataría al momento.

—Me largo —dijo—. Estás muy graciosa por la mañana. ¡Deséame suerte!

Eran las nueve treinta. Me había quedado dormida, a pesar del despertador. Y eso que quería ponerme pronto en marcha.

Patti se fue a su entrevista y yo me di una ducha rápida. El vapor puso al descubierto un mensaje escrito en el espejo: ganador. Bajé al Cinnabon, me comí otro bollo de canela y fui hacia el Fallsview. Llevaba uno de los pañuelos de Patti para ocultar la parte inferior de mi cara, su veraniego sombrero de paja y mis gafas de sol. El pañuelo de Patti olía a espray insecticida, y me lo tuve que bajar hasta la barbilla. Esperaba que nadie me reconociese. Ahora era Annie Hart.

Me di una vuelta por el casino, escuchando el soniquete sobrenatural de las máquinas tragaperras, buscando al hombre de *Metro*. Me inclinaba por la teoría de que nunca había trabajado en el Fallsview, de que llevaba el uniforme por razones maliciosas. El camarero dijo que conocía a todo el mundo y que no había visto nunca al hombre del chaleco. Pero el jefe de seguridad afirmaba que el hombre había trabajado allí, así que pensé que no estaría de más echar otra ojeada. Quizá lo viese. Pero no tenía muchas esperanzas. Tenía la impresión de que el jefe de seguridad no era trigo limpio.

Jugué en la tragaperras de *Sexo en Nueva York*, por si alguien me vigilaba por las cámaras de seguridad y se preguntaba por qué la mujer que tenía el rostro cubierto se limitaba a pasearse y no disfrutaba de las máquinas. Tuve unas cuantas jugadas afortunadas, en un momento dado me salió una línea de tres *Mr*. Big, y los cinco dólares que había invertido en las máquinas se convirtieron en treinta. Miré a mi alrededor por si alguien se había dado cuenta y estaba impresionado. A nadie le importaba. Seguí jugando hasta quedarme sin los treinta, y reanudé mi búsqueda.

Me preocupaba volver a ver al hombre de las gafas redondas, pero no apareció. El camarero con el que había hablado la primera vez que entré en el casino estaba trabajando, así que me mantuve

lejos de su barra. Ya estaba a punto de dejarlo y pensar en mi próxima jugada cuando Patti me llamó.

—Me dan el trabajo —dijo—, pero tengo que empezar ahora mismo. Esta mañana están cortos de personal, y así tengo la oportunidad de demostrar lo que valgo. El tipo que me va a formar tiene una vocecita ridícula y yo estoy intentando no reírme cada vez que dice algo. Acabaré sobre las seis. No te vayas, ¿vale?

—Se supone que tengo que cenar con mi madre. Iba a tomar el autobús sobre las cuatro.

—Bueno, pues ya no. Llámala, seguro que lo entiende. Ya miraremos otro autobús para más tarde. Pero no te vayas. Aún tenemos que echar un vistazo a esa casa encantada.

—Supongo que podría llamarla, sí. Enhorabuena por el empleo. Así que de verdad te quedas aquí, ¿no?

—Escucha, no puedo hablar ahora. Solo quería decirte que me iba a trabajar y que no te marchases. Bueno, no vayas a Clifton Hill sin mí. Revisaremos la casa encantada juntas. Es demasiado peligroso.

—Vale, pero…

—He dicho que no podía hablar ahora. Hostia, Colleen… —Y colgó.

Volví a recorrer el perímetro de la sala del casino, pero el hombre de *Metro* no estaba allí. Patti saldría del trabajo a las seis. Aún no eran ni las once. Mucho tiempo que ocupar. Un tiempo que no podía perder. Salí del casino. Había un perro corriendo alrededor de la fuente. Un hombre de pie al borde de esta, dando palmas, gritando «¡Beanbag!». Llamé a madre. No respondió. No pasa nada, pensé. No quería perder los nervios. Lo más probable era que estuviese durmiendo. Le dejé un mensaje de voz, pidiéndole tranquilamente que me llamara cuando pudiese.

Había varios taxis alineados en la calle, junto al casino. Miré el teléfono. Limpié las manchas de las gafas de sol con el pañuelo de Patti. El hombre seguía gritando «¡Beanbag!». Me acerqué a uno de los taxis y le hice una seña al conductor. Me monté en él.

—Clifton Hill, por favor —le dije.

15

Clifton Hill era como un sueño. El conductor me dejó junto a una pista de minigolf temática sobre dinosaurios, con *Tyrannosaurus* rex y velocirraptores mecánicos que atacaban el aire con las garras, y un volcán que amenazaba la zona de juego. Si entornaba los ojos, parecía como si estuviera de verdad en el tiempo de los dinosaurios. Seguí adelante. Niños corriendo, lamiendo inmensas nubes de algodón de azúcar. Un par de gemelos idénticos que llevaban camisetas de Planet Hollywood a juego. Una noria tan alta como un hotel giraba cerca de mí. Caminando por la calle, vi tiendas de recuerdos y atracciones por todos lados. Las aceras estaban repletas de turistas. Y ahí estaba el monstruo de Frankenstein del tamaño de un contenedor que me había dicho Patti, comiéndose una hamburguesa sobre el Burger King.

Pasé por varias casas encantadas, pero todas ellas estaban abiertas y ninguna se llamaba Mayhem Manor. Caminé junto a un laberinto de espejos, y luego por otro. Un museo de cera. Los Récords Guinness. Dairy Queen. *Pizza Pizza*. Una sala de máquinas, una sala de láser tag, un Boston *Pizza* enorme. Y luego, después de admirar la fachada de un museo que parecía como si el Empire State Building se hubiese tumbado con King Kong subido en él, giré por una pequeña calle lateral donde había menos gente. Emparedada entre dos tiendas de baratijas estaba Mayhem Manor.

Como había dicho Patti, había un cartel en la puerta: cerrado temporalmente por reformas. La puerta de cristal estaba cubierta con papel marrón por el otro lado, pero había un pequeño desgarro en el papel a la izquierda del cartel. Puse las manos contra el cristal y miré entre ellas, pero estaba demasiado oscuro, no se veía nada. Llamé con los nudillos y esperé. No pasó nada. Di media vuelta y

empecé a alejarme, y entonces oí pasos que se acercaban desde el interior. Me detuve y miré atrás. El cerrojo hizo un clic. La puerta se abrió y un hombre se inclinó hacia afuera. Era de mediana edad, de pelo rubio y rizado, y llevaba una camisa hawaiana. Me lo imaginaba guapo en una habitación llena de tipos feos.

—Hola —dijo—. De hecho, está cerrado. ¿No ha visto el cartel?

—Sí, lo siento. He llamado y luego lo he visto.

—Hay otras casas encantadas en el barrio. Pero abriremos dentro de pocas semanas, si aún está por aquí.

—Muy bien, gracias —contesté, y me di la vuelta mientras me dirigía hacia la calle más concurrida.

—Un momento —dijo el hombre de la camisa hawaiana. Me giré —. ¿Sabe qué? Si quiere, puede entrar.

—No, no hace falta.

—De verdad, me iría bien oír la opinión de alguien. La entrada sería gratis, desde luego.

—No hace falta, gracias. Es solo que sentía curiosidad.

—Venga, no sea tímida. Me haría un favor. Hemos cambiado por completo el concepto y me interesaría saber lo que opina. No es la última versión aún, pero ya entendería la idea. Las obras están sobre todo en la entrada. Créame, se va a asustar. No estará embarazada, ¿verdad? ¿Sufre del corazón?

En mi cabeza, una vocecita con la voz de madre me decía que me fuese de allí, que la situación no olía bien. El hombre de las gafas redondas tenía una llave para entrar en este lugar. Podía ser que estuviese dentro, esperándome, con una jeringa de veneno. Pero se me estaba acabando el tiempo. Quizá la clave de todo el asunto de Leonard se encontrase dentro de Mayhem Manor.

—No estoy embarazada.

—Así se habla. —El hombre sostuvo la puerta abierta y se apartó a un lado. Entré.

Había cajas de cartón apiladas en el mostrador, al lado de la caja registradora. Montones de madera en el suelo. Herramientas, cables, serrín. No había nadie más. El hombre de la camisa hawaiana me dijo cuáles eran las normas —caminar lentamente, seguir las luces rojas, gritar «Quiero salir» si me asustaba demasiado— y me guio

hacia una cortina negra.

—Nos vemos al otro lado —se despidió.

Pasé al otro lado de la cortina, en completa oscuridad, aparte de un punto rojo que brillaba en la distancia. Como el piloto de una alarma de humo o de un aparato de vídeo. «Siga las luces rojas», me había dicho el hombre. Avancé hacia las tinieblas.

Me preparé para oír ruidos repentinos, *flashes* de luz o brazos de autómatas que me cogieran los pies. Pero nada sucedió. El suelo de madera crujía, pero aparte de eso el corredor estaba en silencio. Caminaba poco a poco, manoteando delante de mí. Cuando llegué a la luz roja, al final del pasillo, giré a la izquierda y vi otra luz roja, al final de otro pasillo oscuro. Me moví hacia ella.

Aún no sucedía nada. Ni mecanismos que asustasen, ni grabaciones fantasmales. Solo oscuridad. A medio pasillo, me detuve. Fue como si hubiese caído una bola de plomo en mi estómago. Una terrible sensación de náuseas en los intestinos. Náuseas mezcladas con terror. Al principio, pensé que Mayhem Manor estaba simplemente haciendo su trabajo, que los creadores habían logrado crear una experiencia espantosa. Pero no era eso. Me apoyé en la pared y empecé a contar las inspiraciones. Me vino a la mente un recuerdo de mi adolescencia. La Granja. El pasillo prácticamente negro que estaba recorriendo me retrotrajo a Campamento Luna.

Cuando traían a nuevos miembros a la Granja de rejuvenecimiento de los Ciudadanos de la Luz, dormían en el piso de arriba, en el Campamento Sol. El Campamento Sol era una habitación grande que ocupaba la mitad del piso de arriba, llena de literas. Cuando el Padre Woodbine soñaba que un nuevo miembro estaba listo para avanzar en su aprendizaje y responsabilidades, lo trasladaba al Campamento Luna, en el sótano.

Durante el día, la puerta de las escaleras del sótano estaba abierta, y entraba un poco de luz. A veces, Woodbine bajaba con una linterna o una vela para reparar algo o preparar una litera para un recién llegado al Campamento Luna. Pero por la noche, la puerta estaba cerrada a cal y canto. Las ventanas junto al techo, que daban al prado, estaban tapadas con tablones. Los encendedores, cerillas, linternas, dispositivos electrónicos o cualquier otro objeto que emitiera luz estaban prohibidos. Desde las nueve de la noche hasta

el amanecer, nos dejaban a oscuras. Otro de los intentos de Woodbine para simular y normalizar la experiencia de la muerte. Decía que la mayoría de personas comulgaban regularmente con el Espíritu del Sol Ka sin siquiera darse cuenta de ello, pero descuidaban la otra cara del Espíritu-Dios. La cara oscura del submundo y del sacrificio. Al pasar esas largas horas viviendo a la sombra del Espíritu de la Luna Ni, Woodbine afirmaba que nos acercaríamos a la plenitud del Dios-Espíritu Ka-Ni, hasta alcanzar un verdadero estado de iluminación.

Allí, de pie en el pasillo de Mayhem Manor, recordé con precisión una vivencia específica de mi tiempo en la Granja. Iba al baño, en mitad de la noche. Tenía que mear y no podía aguantar hasta la mañana. Ya llevaba unos meses viviendo en Campamento Luna, así que sabía el camino. Un chico, cuyo nombre supe luego que era Lucas —en la Granja no nos permitían usar nombres, ya que los nombres no servían de nada en la muerte— estaba tosiendo en una litera cerca de la mía. Recordaba el sonido de su tos aquella noche, retumbando en el frío y húmedo sótano. Seguí caminando hasta llegar al baño, pero la puerta estaba cerrada con pestillo. Di unos suaves golpes en ella.

—¿Hola?

Sin respuesta. Esperé un momento y volví a llamar a la puerta. De verdad, tenía muchas ganas de ir al baño.

—¿Quién está ahí?

Siguió sin haber respuesta. Esperé unos minutos más, llamé más veces, pero siguió el silencio. La puerta de la parte de arriba de la escalera de mano estaba cerrada con llave, así que ese era el único baño que podía usar. Moví el pomo con energía, esperando que quizá la puerta estuviese atascada, y entonces sucedió. Un líquido cálido se escurrió por mis piernas hacia el suelo. Volví a la litera, metí mi ropa interior sucia debajo del colchón, me puse una limpia y volví a dormir. Por la mañana, me desperté y descubrí que uno de los nuevos miembros del Campamento Luna, Christine, se había traído a escondidas de arriba veneno para ratas y se lo había tragado en el baño después de que se apagaran las luces. Woodbine tuvo que echar la puerta abajo. La encontraron tirada en el suelo, cubierta de vómito. Solo tenía quince años.

Hacía años que no pensaba en aquello, como si lo hubiese

barrido de mis recuerdos. Pero había regresado. Me acordaba del olor del Campamento Luna. Aquel olor de humedad y tierra había vuelto a mi cerebro, como si estuviese tumbada en mi litera, esperando la mañana, cuando el Padre Woodbine nos dejaba subir, en vez de dando tumbos en una ordinaria atracción para turistas en las cataratas del Niágara. Me apoyé contra la pared. Estaba cubierta de sudor. ¿Qué era lo que se suponía que tenía que decir si quería detener la experiencia? No me acordaba de la frase.

—¡Basta! —grité.

Nada sucedió. Allí estaba yo, de pie en el oscuro, silencioso corredor.

—¡Eh! —Golpeé la pared con los dos puños—. ¡Quiero salir de aquí!

16

Un golpe sordo sonó en alguna parte, delante de mí. Empecé a caminar ruidosamente hacia la luz roja, hacia el sonido. Agité los brazos delante de mí. Grité. Me sentía como un pájaro atrapado en un cuarto, lleno de gente que empieza a aletear. Llegué a la luz roja al final del pasillo y giré de nuevo hacia la siguiente. De nuevo, una luz roja en la distancia. Seguí gritando, agitando los brazos. Y entonces, al tiempo que avanzaba dando zapatazos, un rayo de cegadora luz blanca se abrió paso en la oscuridad. Me detuve, entorné los ojos. Se había abierto una puerta. La luz inundaba el pasillo. No había telarañas de algodón colgando del techo, ni otras decoraciones o aparatos temáticos. No era más que un corredor. Suelo de madera contrachapada, paredes negras. El hombre de la camisa hawaiana estaba de pie en el umbral.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Tengo que salir de aquí —respondí yo, hiperventilando.

—Desde luego. Por aquí.

Seguí al hombre, pasando por un cuarto como un armario, que daba al vestíbulo. Me costaba controlar la respiración.

—Lo siento mucho —se lamentó el hombre. Fue tras el mostrador principal y abrió una puerta que daba a lo que parecía una sala de juntas. Había dos mesas alineadas, un minifrigorífico, luces fluorescentes en el techo—. Le traeré un vaso de agua. ¿De verdad se asustó? Venga, siéntese.

Me senté junto a una de las mesas. El hombre de la camisa hawaiana llenó un vaso de papel en un refrigerador de agua y lo puso delante de mí. La habitación estaba fresca por el aire acondicionado, pero yo estaba sudando. Me acabé el agua de un trago.

—No se lo van a creer —observaba el hombre—. Quiero decir que siento que lo pasara tan mal, pero algunos de los otros son escépticos sobre el nuevo formato. La idea es del todo mía, ¿sabe? ¿De verdad que pasó tanto miedo?

—Lo siento. No tenía intención de ponerme así de histérica.

—No tiene por qué disculparse. Se supone que tiene que ponerse histérica. No, lo siento.

—Supongo que no era lo que me esperaba.

—Exacto. Mi intención era hacer algo diferente de todas las demás casas encantadas que hay por aquí, ¿sabe? Algo que diese miedo de verdad.

—A lo mejor no lo entiendo. Yo me he asustado. Eso está claro. Pero creo que fue más bien porque me recordó algo de mi pasado, cosa que me hizo sentirme incómoda. En la casa encantada no pasó nada. Fueron solo las luces.

—En efecto. No vivió toda la experiencia, obviamente, pero esa viene a ser la idea. Es lo que se denomina minimalismo. Quitamos todos los monstruos y los efectos de sonido. De hecho, lo quitamos todo. Y cuando se llega al último pasillo, tenemos una forma de hacerle volver al principio sin que lo sepa. Acaba entrando en un circuito sin fin. Psicológicamente, es más perturbador si se dejan las cosas en manos de la imaginación, ¿no cree?

—¿Piensa cobrar a la gente por caminar por pasillos oscuros?

—También están las luces rojas. Y jugamos con las expectativas, porque se sabe que es una atracción de feria. Estamos pensando en cambiar el nombre. Algo con un poco más de clase, porque la nueva casa encantada es más intelectual. Minimalismo, ¿sabe?; Uno que se me ocurrió es «Château de Mort». ¿Le gusta?

—Claro.

—¿En serio? —El hombre de la camisa hawaiana se puso de pie y dio unas palmas. Empezó a caminar arriba y abajo. Se sirvió un vaso de agua, pero no hizo más que llevarlo por la habitación—. No veo la hora de decírselo a los demás. Necesitaba que alguien de fuera viniera a probarla.

Miré el reloj: poco más de mediodía. Necesitaba ponerme en marcha. Entonces vi la gran caja fuerte junto al refrigerador de agua. «¿Qué lugar es este?», pensé. El pánico casi me había hecho olvidarme de que el hombre de las gafas redondas había venido

aquí. En una de las esquinas de la habitación había una mesa de cristal llena de botellas de licor y vasos. En otra mesa frente a mí había lo que parecía una máquina de contar billetes.

—¿Qué es este sitio? —pregunté.

—¿Cómo dice?

—Esta sala. ¿Hacen reuniones aquí?

—Ah, no —respondió el hombre. Dejó de andar de golpe y me miró fijamente—. No es más que una sala.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Es solo una sala que usamos para elaborar ideas para la casa encantada.

Antes, el hombre de la camisa hawaiana parecía relajado, satisfecho, como el perro de la familia. Ahora tenía el ceño ligeramente fruncido, los músculos del cuerpo tensos. Como un perro sin familia.

—No tenía intención de hacerle sentir incómodo. Solo pensé que era interesante que hubiese una oficina así en una casa encantada, nada más.

—No estoy incómodo.

—Vale, muy bien. Sentía curiosidad, nada más.

—No veo el porqué. En fin, debería volver al trabajo.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que siente? No estoy incómodo. Es solo que me he dado cuenta de la hora que era, y tengo mucho que hacer. Nada más.

—De acuerdo.

Me puse de pie. El hombre de la camisa hawaiana se situó junto a la puerta, mirando al suelo. Mientras salía de la sala, me detuve.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro —contestó el hombre.

Trató de sonreír, pero me pareció que tenía una sensación de frustración hacia mí.

Accedí a la fotografía de la revista *Metro* en mi teléfono y se lo di.

—¿Ve a ese hombre en segundo plano?

Capté la sorpresa en su rostro cuando vio la imagen. Sus pupilas se dilataron. O se contrajeron. Algo sucedió con sus ojos. Rápidamente recuperó la compostura, pero era demasiado tarde.

Había reconocido al hombre del chaleco.

—Así que lo conoce.

—No, lo siento. No lo he visto nunca.

—Está mintiendo.

—No, en serio. ¿Quién es?

—Por favor, necesito su ayuda. ¿Y el nombre Leonard Weagle?

—¿Qué demonios? ¿Qué es lo que hace aquí, realmente? Pensé que no era más que una turista. ¿Es alguna clase de periodista?

—Leonard era mi marido. Ahora está muerto. Y murió en circunstancias sospechosas. Mire. —Volví a coger mi teléfono y abrí una foto de Leonard, del día de su cumpleaños. Tomada unos meses antes de su muerte. Lo llevé, a él y a madre, a Denny's para un desayuno de cumpleaños, y él se vistió con su camisa blanca buena. Era mi foto favorita de él. Había ganado musculatura por trabajar horas extras en la fábrica, y tenía aspecto de fuerza. Recuerdo que aquella mañana casi le tuve que suplicar que saliese de la cama, pero el desayuno fue divertido y se alegró de haber venido. Le volví a pasar el teléfono al hombre de la camisa hawaiana—. Ese es Leonard.

—Siento lo de su marido —dijo él. Esta vez no puso cara de sorpresa, aunque quizá había ganado control de sus expresiones—. Pero no lo he visto nunca. ¿Qué es lo que sucede? ¿Quién es usted?

—Estoy tratando de encontrar al hombre de la primera foto. Estaba en el funeral de Leonard. No sé cómo se llama. Me mintió al decirme de qué conocía a Leonard. Creo que sabe algo sobre la muerte de mi marido. Y, cuando pregunté en el casino por el hombre de la foto, un tipo faro me empezó a seguir a todas partes. Y ese tipo raro vino luego aquí. Usó una llave para entrar.

—Lo siento, pero…

—¡Por favor! —Agarré al tipo de la camisa hawaiana por el brazo. Dio un paso atrás—. No quiero meterle en problemas, pero necesito saber qué le pasó a Leonard. No lo puedo soportar más. ¿Le debía dinero? ¿O se lo debía a alguien para quien usted trabaja? ¿Era por juego, o por drogas? Se lo suplico, por favor, dígame quién es este hombre. Tengo que encontrarlo.

—¿Está aquí para averiguar qué le pasó a su marido? ¿Así que no es más que eso?

—Ayúdeme, por favor. Tengo que saberlo.

—Lo siento. De verdad, me gustaría poder ayudarla. Pero no sé qué decirle. No conozco a ese hombre. Y no he oído hablar nunca de su marido.

—¡Por favor!

—Lo lamento.

Mis sentidos estaban sobrecargados cuando salí de Mayhem Manor a las calles de Clifton Hill. La luz solar excesiva, los turistas, los olores de comida. Me froté los ojos con las manos y me apoyé en un poste eléctrico. Sedienta. Sentía un nudo en el estómago; la tensión de las últimas horas, o puede que fuera la comida del Cinnabon. Y el calor. Me veía incapaz de volver andando al hotel, que era adonde necesitaba ir, sin duda. Necesitaba un cuarto de baño, una cama. Unas horas de soledad. Tenía que llamar a madre.

Empecé a andar hacia la pista de minigolf donde me había dejado el taxi, con la esperanza de encontrar otro, cuando alguien me dio unos golpecitos en el hombro. Grité.

—Tranquila —dijo una voz.

Me volví. Era el hombre de la camisa hawaiana.

—Solo quería darle esto —dijo, y me entregó un panfleto. Decía Mayhem Manor con un tipo de letra como si fuese un salpicón de sangre—. Siento mucho lo de su marido. Espero que pueda resolver las cosas. Vuelva el mes que viene, cuando ya estemos en marcha. Esto es válido para dos personas. Traiga un amigo. En el dorso hay más información.

—No lo quiero —respondí.

—Guárdelo —repuso él, dándose la vuelta para irse—. Nunca se sabe.

17

De vuelta en la habitación del hotel, llamé a madre inmediatamente; gracias a Dios, contestó. Había pasado la mañana leyendo *Bajo la cúpula* y practicando con la armónica.

—Toco con la tele —me explicó—. Pongo el canal de música y hago acompañamientos. No se lo digas nunca a nadie. No se lo digas a Patti. Vuelves esta noche, ¿no?

—Por supuesto —contesté, aunque no estaba segura. O sea, tenía que volver. Pero aún tenía cosas que hacer en las cataratas del Niágara. Aunque no sabía cómo proseguir.

—Sacaré la lasaña del congelador para que se descongele. También podemos comernos un trozo de pastel de manzana. He guardado un poco del de anoche. Podemos comernos un cuadrado cada una, o tú comerte dos cuadrados. Tengo muchas ganas de verte, querida.

Cuando colgamos, me lavé la cara, bebí tres tragos de agua del grifo y me tiré en la cama. Tiré de la colcha, me cubrí la cabeza con ella y agarré la almohada. Cuando cerré los ojos, vi un punto rojo flotando en la distancia.

Me desperté unas horas más tarde, más cansada que cuando me dormí. No quería levantarme, pero no podía perder más tiempo. Tenía que hacer algo. Miré el teléfono: poco más de las cuatro. Se suponía que tenía que encontrarme con Patti después del trabajo, a las seis, y luego tomar el autobús hacia casa.

¿Qué iba a poder hacer en ese ridículo espacio de tiempo? Podía volver al Fallsview. Pero ya me conocía todo ese maldito casino. En todo caso, necesitaba cargar el teléfono —ya había aprendido mi lección el día anterior—. Lo enchufé y saqué el portátil de Leonard de mi bolso.

Bonsái estaba de pie en el mismo lugar que el día anterior, en el green del primer hoyo de Moroni Sands. Las letras amarillas que flotaban sobre su cabeza aún decían «Veteciudad». Pero, ahora, el campo de golf estaba lleno de otros renos.

Había como una treintena. Heartsong salió atravesando la multitud. Los nuevos renos eran idénticos: todos tenían la apariencia con la que se empieza el juego si no modificas el personaje a tu gusto: altura media, pelaje marrón, sin marcas. Todos estaban dormidos. Y todos tenían exactamente el mismo nombre: 3408. El número amarillo se repetía por todo el campo de golf.

Unos treinta jugadores, todos ellos inactivos, todos llamados 3408. El número me resultaba familiar, pero no podía situarlo. El panorama de todos aquellos renos dormidos era surrealista. Estaba acostumbrada a que la isla estuviera vacía. Tenía que tratarse de algún error del servidor. Un defecto del juego. Pero aun así, era inquietante. Cerré el portátil. Mi teléfono ya tenía suficiente carga.

Decidí ir hacia IHOP. Sabía que, probablemente, debería volver a intentarlo en el casino, o hacer algo productivo, pero no quería estar sola. Necesitaba pensar. Y tenía hambre. Una tortita o dos me vendrían genial, y un batido, si tenían Menta-Oreo o un sabor parecido. Era posible que Patti fuese mi camarera. Esperaba no avergonzarla. Llevaba mi bonita chaqueta verde oliva, por la que Patti me había felicitado unas semanas atrás.

Anduve por Fallsview Boulevard con el calor del día. Me quité la chaqueta y pude ver que el sudor había traspasado mi camiseta gris. Crucé los brazos. Pasé junto a familias y parejas cogidas de la mano en la acera. La única persona que vi caminando sola, aparte de mí, fue un chico adolescente con un cartel colgado del cuello, que decía aparcamiento 3,50 dólares/hora, y una flecha señalando al cielo.

Estaba a pocos pasos del IHOP de Patti cuando oí un alboroto detrás de mí. Me di la vuelta. En mitad de la intersección que acababa de cruzar, un hombre en bicicleta discutía con otro que estaba sentado en el suelo.

—Tiene suerte de que yo no fuera un coche —dijo el hombre de la bici—. No puede salir así, como una flecha, a la calle.

—Oh, váyase a la mierda —dijo el hombre del suelo. Se puso de

pie. Se giró y me miró directamente.

Era el marido de Patti.

Debía estar siguiéndome. Me di la vuelta.

Seguí moviéndome.

—¡Colleen! —dijo Dougie—. ¡Espera!

A la entrada de IHOP había una cola de familias esperando. Al principio de la cola estaba Patti, sosteniendo un montón de menús detrás de un pequeño atril.

—¿Colleen? —dijo Patti. La gente de la cola se volvió a mirarme.

La puerta dio un golpe detrás de mí.

—Viene Dougie. Ahora mismo. Me ha visto.

—¿Y tú has entrado?

—Dios mío. Lo siento mucho.

—Muy bien, escúchenme todos. —Patti se dirigió a la cola—. Ahora vendrán a atenderles. Gracias por su paciencia. Colleen, ven conmigo.

Me puse delante de la cola y Patti me agarró del brazo. La puerta de delante se abrió y Dougie entró.

—¡Patti! —llamó.

Patti y yo corrimos por el pasillo, más allá de la cocina. Me empujó hacia el lavabo de minusválidos, entró conmigo y puso el pestillo.

—¿Se puede saber en qué coño pensabas? —susurró Patti, su rostro demudado por el pánico.

—No sé. Estaba a punto de entrar cuando me vio. No se me ocurrió otra cosa que hacer. Mierda.

—Es mi primer día, por Dios.

Oímos a Dougie gritando desde el pasillo. «Patti», decía, con la voz amortiguada, «tenemos que hablar».

Entonces empezó a dar golpes en la puerta del lavabo. «¡Déjame entrar!».

Patti me miró, poniéndose el dedo en los labios. Yo me tapé la boca con la mano.

—Vamos, Patti —dijo Dougie—. Te quiero. Podemos solucionar esto. Te quiero mucho.

Una mujer se unió a Dougie a la puerta.

—Caballero, le voy a pedir que se calme.

—Es la directora —susurró Patti.

—No pienso calmarme —repuso Dougie—. Ahí dentro está mi mujer. —Y siguió golpeando la puerta.

—Perdone, caballero, pero me temo que voy a tener que pedirle que se vaya.

—¡Patti! —gritó Dougie—. ¡Déjame entrar! Sé que puedo arreglar las cosas, Patti. Te quiero.

—¿Patti? —dijo la directora—. ¿Estás ahí?

Patti se sentó en el WC. Se frotaba las manos en los muslos. Las lágrimas se derramaban por su rostro.

—¡Que abras la puta puerta! —vociferó Dougie.

Las cosas siguieron así durante un minuto más, hasta que oímos a otra mujer decirle a Dougie que era hora de irse. Se oyó un gorjeo de estática de un *walkie-talkie* al otro lado de la puerta; la mujer era guardia de seguridad o agente de policía.

—¡Te has metido en un lío de los gordos, Patti! —dijo Dougie, antes de que su voz desapareciese pasillo allá.

El panorama junto a la puerta estuvo tranquilo durante unos minutos. Patti no decía nada. Tenía la cara entre las rodillas, con las manos entrelazadas en la nuca. Yo tampoco dije nada. Y entonces se agitó el pomo de la puerta.

—Patti —dijo la directora desde el otro lado.

Patti levantó la mirada hacia la puerta, y luego me miró a mí. Yo miré al suelo.

—Patti —repitió la directora—. Se ha ido. Ya puedes salir con seguridad. ¿Estás ahí?

—Sí —contestó Patti—. Colleen, abre la puerta. —La abrí.

La directora de Patti, una mujer baja y con aspecto de batracio estaba allí, de pie, con las manos en las caderas. Había otras personas —hombres con delantales, una jovencita con un portapapeles— de pie detrás de la directora, mirando hacia el lavabo. La directora de Patti entró y cerró la puerta.

Las dos mujeres se abrazaron. Patti le explicó la situación. La directora le frotó la espalda a Patti. Yo me apoyé en la pared y

contemplé mis manos. En cierto modo, no parecían de verdad.

—¿Estoy despedida? —preguntó Patti.

—Por supuesto que no —respondió la directora—. Bueno, en realidad no te puedo despedir, porque aún no te hemos contratado. Pero desde luego que no, te puedes quedar. Hoy has superado la situación. Pero estaría bien que pudiéramos mantener este asunto fuera del restaurante. ¿Sabes? A mí me pasó una cosa parecida con un ex. La tensión casi acabó con mi colon.

La directora siguió frotándole la espalda a Patti, que seguía llorando, aunque con menos intensidad. Se estaba calmando. Noté algo junto a los pies de Patti: la llave del hotel. Me incliné a recogerla. Se la tendí, pero no me prestaba atención.

La llave estaba metida en un sobrecito de papel, con el número de nuestra habitación escrito a bolígrafo en él. Me lo quedé mirando hasta que empezó a hacerse borroso.

3408.

18

Después de que nos asegurasen que Dougie ya no estaba por allí, Patti y yo llamamos un taxi y lo hicimos parar en la parte de atrás. Salimos por la cocina y montamos en él. En el viaje de vuelta al Queen Fallsview mantuvimos la cabeza baja, y nos escabullimos por la puerta principal del hotel como dos famosas durante un escándalo.

Patti y yo miramos nerviosamente a nuestro alrededor en busca de Dougie mientras esperábamos el ascensor. Pero Dougie era solo uno de los problemas. Alguien sabía nuestro número de habitación, alguien que también me podía encontrar en *La isla de los renos*. No tenía ningún sentido. Estuve atento por si veía a alguien de aspecto sospechoso, lo que significaba que todas las personas del vestíbulo tenían aspecto sospechoso, pero no pasó nada y volvimos a salvo a nuestra habitación. Nada de amenazas grabadas en la madera en nuestra puerta. Nada de manifiestos garabateados en sangre en la pared del cuarto de baño.

Nos sentamos en la cama, y yo le conté a Patti un resumen de todo lo que había sucedido desde que ella estaba sirviendo a los clientes en IHOP: mi visita a Mayhem Manor, las luces rojas, el hombre de la camisa hawaiana. Su expresión cuando le mostré la foto de *Metro*. La extraña sala de juntas detrás del mostrador, y el campo de golf lleno de renos, todos ellos nombrados con el número de nuestra habitación del hotel. Patti razonó que el hombre de la casa encantada debía tener algo que ver con el mensaje de *La isla de los renos*. O quizá fuera el hombre de las gafas redondas. Mayhem Manor, imaginaba, se utilizaba como cuartel general de alguna actividad criminal.

—Los timadores rusos —dijo Patti—. De alguna forma, están

relacionados.

—Pero ¿cómo me encontraron en el videojuego?

—Probablemente forzaron la entrada de la habitación anoche mientras dormías y piratearon tu ordenador.

—No creo que fuera eso.

—Seguro que tienen a alguien infiltrado que, de hecho, trabaja en el hotel. Él les dio la llave de nuestra habitación. Probablemente nos estén observando ahora mismo con una cámara oculta.

—Eso es ridículo. Pero probablemente deberíamos irnos a otro hotel.

—Bueno, sí. Pero ya tenemos reserva en este. No tiene sentido pagar dos habitaciones. Quédate aquí esta noche y nos protegeremos una a otra. Mañana yo hago el cambio de hotel.

—Yo me voy, Patti.

—Ya veremos.

Decidí quedarme otra noche. Se estaba haciendo tarde y a Patti le daba miedo quedarse sola, ahora que Dougie andaba suelto por las cataratas del Niágara y algún tío raro de internet sabía el número de nuestra habitación. Además, sostenía ella, yo estaba avanzando en mis investigaciones. Estaban pasando cosas, en todo caso. Sería una lástima abandonar ahora la misión, con todos los progresos que habíamos conseguido hacer.

Llamé a madre para darle la noticia; respondió con el primer timbre.

—¿Ya estás cerca de aquí, querida? —preguntó.

—Aún estoy en las cataratas. Me voy a quedar otra noche. Lo siento, madre. Patti y yo nos lo estamos pasando muy bien, y solo es una noche más.

—Pero la lasaña está en el homo. Ya casi está lista.

—Lo siento.

—Oh, no digas tonterías. Me alegro de que te lo estés pasando bien con tu amiga. Es fantástico que estéis disfrutando. Pero me preocupa un poco la lasaña. ¿Crees que estará buena si la recalentamos?

—¿Te encuentras bien? ¿No te importa quedarte sola otra noche?

—Quédate otra semana. ¡Quédate todo un mes! Claro que te echo de menos, pero eso no debe interponerse en tus fantásticas vacaciones. Tendré que tirar la lasaña. No estará buena si la recaliento. Mañana por la mañana me pasaré por el Costco y compraré otra.

—Patti y yo salimos a cenar ahora. Llámame si necesitas algo. Aunque sea porque no encuentras el mando a distancia. Mañana estaré en casa, eso seguro.

—Puedes quedarte un año en las cataratas del Niágara, si es lo que quieres. Claro que eso me dejaría destrozada.

Decidimos comer en un restaurante en el último piso de nuestro hotel. Parecía caro, pero teníamos hambre y estaba cerca. Tuvimos que tomar el ascensor al piso catorce, y luego montar en un ascensor distinto que nos hizo subir un piso más, hasta el restaurante. Las puertas del ascensor se abrieron, deslizándose suavemente, y allí mismo había una azafata que nos sonreía.

Nos sentamos junto a la ventana, en una mesita desde donde se veían el bulevar, el casino, las cataratas. Pedimos un par de copas de un vino blanco muy caro. Entre nosotras titilaba una vela electrónica. A pesar de la atmósfera elegante, yo era incapaz de relajarme. Quienquiera que me hubiese dejado la advertencia en *La isla de los renos* podía estar vigilando nuestra mesa. Recorrí la sala con la vista, con mirada sospechosa.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me interrogó Patti.

—Nada —repuse yo—. ¿Qué deberíamos hacer a continuación? No podemos volver a Mayhem Manor. ¿O sí?

—Esta noche, vamos a divertirnos y nada más. Aún no hemos podido disfrutar de nuestras vacaciones juntas. Mañana podemos seguir con la investigación, o lo que sea. Vamos a emborracharnos. Aún no nos hemos emborrachado juntas.

—No sé qué decirte.

—Lo que yo te diga. Por una vez, vamos a soltarnos el pelo. Ha sido un día de mierda. Quiero divertirme, al menos durante cinco putos minutos.

Bebimos vino. Yo pedí una *pizza* fantasía, con queso de cabra, y Patti comió costillas. Un joven tocaba versiones de canciones en

guitarra acústica para los clientes del restaurante. Llevaba un pañuelo rojo muy bonito al cuello, como un perro de Mimico que volviera de la peluquería. Patti se levantó para bailar con otras chicas cuando tocó una canción de Bruno Mars. Me arrastró a la pista de baile, pero la canción se terminó y yo me volví a sentar mientras las mujeres aplaudían.

—Me voy a ir a la cama con él —dijo Patti mientras se volvía a sentar en nuestra mesa—. O al menos me voy a enrollar con él. ¿Has visto cómo me miraba durante la última canción?

—Creo que sí —dije yo, aunque no había visto nada.

—Ese pañuelo que lleva me vuelve loca.

—¿Entonces, realmente has acabado con Dougie?

—Ya lo creo que he acabado. ¿No lo has visto hoy?

—¿Qué le ha pasado, al final?

—No le ha pasado nada. —Patti se acabó lo que le quedaba del vino y se irguió en el asiento, buscando a nuestro camarero—. Dougie ha sido siempre un capullo. Supongo que ya he llegado a mi límite. Dentro de pocos años tendré cuarenta. Creo que por fin me he dado cuenta de cómo he malgastado mi tiempo y mi atención en esa persona lamentable.

—Siempre había creído que erais felices.

—Pues no.

—Entonces, ¿te pega? Quiero decir, tenías ese cardenal…

—No, ya no me pegará más, eso seguro.

—Lo siento, Patti. No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo? De todos modos, se ha acabado. He perdido más de una década con ese idiota.

—¿Y cómo fue que acabasteis juntos?

—Ya ni lo sé. De verdad, no me acuerdo. Recuerdo conocerlo cuando los dos trabajábamos en el centro comercial, pero no por qué empecé a salir con él. Supongo que en aquel tiempo era más atractivo. Menos furioso, o al menos no lo mostraba tanto cuando estaba yo. Y entonces pensé que estaba embarazada y él me pidió en matrimonio. Más tarde descubrí que no era más que gripe aviar, pero nos casamos de todos modos.

—¿Pensaste que estabas embarazada porque tenías la gripe?

—La gripe aviar. Dios mío, Colleen. Esto es deprimente. Pensaba que se suponía que nos íbamos a soltar el pelo.

—Lo sé. Lo siento.

—No, está bien. No debería quejarme, con el infierno que tú misma has pasado. No puedo creer que seas viuda.

—No pasa nada.

—¿Sabes, Colleen? —dijo Patti, inclinándose sobre la mesa hacia mí. El parpadeo de la vela electrónica le daba a su rostro un aura de importancia, como si conociese secretos fundamentales del universo —. Me alegro de que estés aquí, conmigo. Me gustaría que te quedases en las cataratas del Niágara.

—A mí también me gustaría.

—En realidad, podrías.

—Ya lo sé.

—Pero tu madre…

—Pero mi madre…

—Bueno, me alegro de que estés aquí ahora.

El camarero nos volvió a llenar las copas. Yo empecé a notarme achispada. La sala me parecía más amable. Patti y yo nos reíamos. Ella estaba mirando al guitarrista del pañuelo y diciéndome todas las guarradas que le quería hacer. A mí me daba la risa. Me olvidé de Leonard, de mi tristeza. Estaba presente, en el momento, con Patti en nuestra mesa desde la que se veían las luces del bulevar. Nos terminamos el vino y el camarero nos trajo otra copa. Brindamos por las cataratas del Niágara.

—Voy a hablar con él —dijo Patti. El joven del pañuelo había terminado sus canciones y estaba guardando la guitarra acústica—. A la nena le van a dar un número de teléfono.

Sin embargo, cuando iba para allá, un grupo de chicas jóvenes rodearon al músico y Patti volvió a la mesa.

—Supongo que es por eso por lo que me quedé tanto tiempo con Dougie —comentó Patti.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Volvamos a la habitación.

Patti apagó las luces, puso en marcha la tele y se metió en la cama. Otro episodio de *Dateline*: una mujer disparó a su cartero y

luego dijo que pensaba que era un fantasma. Patti se durmió y yo me llevé el portátil al baño.

Me senté apoyada contra la pared, con el portátil abierto en el regazo, pero no escribí nada. Tampoco pensé en nada. Me limité a mirar la toalla colgando del soporte enfrente de mí. Tenía la sensación de que la habitación daba vueltas. Algo crujía en mi bolsillo trasero. Me lo saqué; era el folleto que me había dado el hombre de la camisa hawaiana. Desplegué el papel y me reí. Había la caricatura de un hombre con un hacha sangrienta, con una parte de cerebro al descubierto. En Mayhem Manor no había nada parecido a aquello. En realidad, no había nada. Le di la vuelta al folleto.

Había algo escrito con bolígrafo en la parte de atrás:

ROSWELL'S, 6 TARDE.

19

Me desperté a las siete con dolor de cabeza. Tenía el estómago revuelto. Bebí un poco de agua del lavabo y luego tuve un doloroso retortijón. Patti aún dormía cuando salí del baño. Quería contarle lo del mensaje que había encontrado en la parte de atrás del folleto. No estaba segura de si la nota era para mí o no, pero había buscado en Google «Roswell's Niagara Falls» y había descubierto que era un restaurante de la ciudad. Si me quedaba hasta la noche, podía pasar por él a las seis. A ver quién aparecía. Necesitaba que Patti me aconsejase, pero no quería despertarla, así que fui al vestíbulo a comprar un bollo para cada una en Cinnabon. Mientras esperaba, haciendo cola, observe un punto rojo en el techo. Cámara de seguridad. Me acordé de cuando seguí los puntos rojos en Mayhem Manor. Me acordé de recordar la oscuridad del sótano de la Granja, esperando para entrar en el baño. Durante una fracción de segundo, volví a estar allí. De pie, junto a la puerta del lavabo de Campamento Luna, llamando flojito con los nudillos. Al otro lado yacía una dulce niña llamada Christine, muerta.

—No —dije, en la cola del Cinnabon. El hombre frente a mí se dio la vuelta y me miró. Yo también me di la vuelta y miré alrededor, pero no había nadie detrás de mí.

A veces recordaba detalles de la secta del Padre Woodbine. Veía un *flash* de una imagen o una escena proyectado en la pantalla de mi cabeza. Generalmente de noche, mientras estaba tumbada en la cama. Trataba de bloquearlo y pensar en algo más agradable. Recordar la vida con los Ciudadanos de la Luz siempre me hacía sentir incómoda y con náuseas, o como si algo amenazador me

estuviera esperando en cada esquina. Hablé sobre mi tiempo en la secta con el psicólogo al que tuve que visitar cuando me liberaron, pero, cuando las sesiones llegaron a su fin, no tenía motivo para volver a sacar el asunto. Mi madre nunca me presionó. Ella sabía lo que había pasado.

Una vez le conté a Leonard un montón de cosas sobre Woodbine. Fue un año o así después de que nos casáramos. Vine a casa del trabajo una noche y Leonard estaba dormido en nuestra cama. Tenía bajo el brazo un ejemplar de *Mi año en las sombras* que había tomado prestado en la biblioteca. Era el libro que había escrito Lacy. Si yo lo viese en una librería, me pasaría a otro estante. Probablemente había fotos mías en él, pero me negaba a abrirlo siquiera.

—Leonard —le dije, mientras lo agitaba para que se despertase —. ¿Qué demonios es esto? —Y tiré el libro contra la pared.

Leonard se disculpó. Me tomó con fuerza de las manos y me suplicó que lo perdonase. Me dijo que solo quería saberlo todo sobre mí. Como si le faltase una parte significativa de lo que me hizo ser como soy. Yo grité y salí de estampida de la habitación. Di dos vueltas a la manzana antes de empezar a calmarme. Me senté en los escalones de la entrada y recuperé el aliento. Entonces me di cuenta de que él tenía razón. Era mi marido. Merecía conocer la historia.

La noche siguiente, Leonard y yo estábamos comiendo hamburguesas de A&W en la zona de restaurantes de Sherway Gardens. Habíamos estado pagando nuestros impuestos en H&R Block. No hablábamos mucho, la verdad. Yo le empecé a contar cosas sobre la secta.

Le di la información básica: cómo me reclutaron en la parada de autobús, el Campamento Luna del sótano, los vídeos de decapitaciones. Cómo cultivábamos la mayor parte de nuestra comida, y también marihuana, y vendíamos nuestros cultivos, legales e ilegales, para ayudar a financiar todo aquello. Hablé cuidadosamente, con calma. Cuando terminé, me eché a llorar.

—No pasa nada —dijo Leonard mientras me daba un pañuelo de la pila que tenía en su bandeja—. Sé lo difícil que te resulta hablar de estas cosas. Pero es importante que te desahogues. Sigue contando. ¿Cómo era realmente el Padre Woodbine? ¿Recuerdas

algo de lo que te enseñó?

En ese momento, el viejo que estaba sentado en la mesa de al lado se acercó a preguntar si podíamos vigilarle sus cosas mientras iba al baño. Sobre su mesa había una bolsa de plástico de un No Frills. Leonard le hizo una señal de pulgares arriba y me miró.

Yo me eché a llorar otra vez. Esta vez, más fuerte. Leonard me agarró de los hombros y me miró a los ojos.

—Eh —me dijo—, lo estás haciendo muy bien. No te pares ahora.

—Ahora no —dije yo, sonándome la nariz en un pañuelo.

—Por favor. Colleen, tú puedes. Empieza por Woodbine. ¿Cómo era?

Contesté a las preguntas de Leonard lo mejor que pude, pero aún lloraba más. La gente nos miraba. Traté de susurrar mis recuerdos, pero entonces Leonard no me oía bien y tenía que repetirlo. Eso me hizo odiar a Leonard en ese momento. Su expresión parecía demasiado ansiosa, como si se lo estuviese pasando bien con lo que le estaba contando de la secta. Tenía una sombra sádica en el ceño. Desde luego, lo que en realidad quería era estar más cerca de mí. Le había ocultado una parte significativa de mi vida, y quería que compartiese la carga. Le di toda la información que pude antes de ponerme a temblar, y entonces Leonard se ablandó. Me puso las manos en las rodillas por debajo de la mesa.

—Para —dijo. Él también había estado llorando—. Lo lamento. No debería haberte presionado. No sé qué me ha podido pasar. Lo siento mucho, Colleen.

Yo quería irme, pero no podíamos: estábamos a cargo de la bolsa del anciano. Allí estaba, plana, como si contuviera una revista o un calendario. Ya habían pasado quince minutos desde que el hombre se había marchado. Los lavabos estaban en mi línea de visión. Me quedé mirando a la entrada, rogando para que el viejo apareciese, pero se había esfumado. Finalmente, Leonard fue a comprobar si se encontraba bien, pero no estaba en el baño. Abrimos su bolsa de No Frills. En ella había unos cuantos papeles sueltos, cubiertos de toscos dibujos pornográficos. Hombres con enormes penes, pechos sin cuerpo. Los volvimos a poner en la bolsa y nos fuimos. Leonard y yo no volvimos a hablar nunca del tiempo que pasé en la secta.

Patti estaba despierta cuando volví a nuestra habitación. Le conté lo del mensaje sobre Roswell's.

—Es una locura —opinó Patti—. Quiero decir que probablemente no sea nada. Pero tenemos que ir. ¿Qué tal es el menú?

—En realidad, no vamos a comer. Solo quiero ver quién aparece. A lo mejor el hombre de la casa encantada tiene información para mí.

—¿Y si es una cita?

—¿Qué quieres decir?

—Te dio una nota con el nombre de un restaurante elegante y una hora. A mí me suena a cita.

—No sé si es elegante. Y no es una cita.

—¿Qué te dijo cuando te la dio? ¿Está bueno el tío?

—Solo dijo que volviera el mes que viene, cuando la casa encantada esté acabada. Pero sí es verdad que me dijo que había más información en el reverso del folleto.

—¿Eso dijo? Pues mira, lo que yo decía.

—No sé. Podría no ser nada, pero también podría ser que el hombre esté tratando de ayudarnos. Le conté lo de Leonard y pareció un poco interesado. Sin duda, no es una cita.

—Bueno, no podemos presentarnos y espiar por una ventana. Tenemos que sentarnos y pedir algo.

—¿Y si es una trampa? Supongo que suena a locura, pero el tipo que me siguió en el casino podría estar allí esperándonos.

—¿Y qué? ¿Qué va a hacer? Aunque, en realidad, me pregunto si no deberíamos disfrazarnos. Así, podemos llegar antes y pedir mesa en un rincón. Si aparece alguien, podemos ver lo que hace. Como en una película de espías. Como en *Austin Powers*. Y probablemente, al fin, no sea nada. Pero cenaremos bien.

—No sé…

—Bueno, ahora siento curiosidad. Yo voy a ir de todas maneras.

—No puedes ir sola, Patti.

—Entonces ya no hay más que hablar.

Hice mi equipaje y ayudé a Patti con sus bolsas. Bajamos al vestíbulo e hicimos cola para el checkout. Las dos llevábamos

pañuelos, gafas de sol y varias capas de ropa. Patti decidió volver al Captain's Inn. Era barato, conocido y no estaba muy lejos del IHOP. Después de que nuestro número de habitación apareciese por todas partes en *La isla de los renos*, estaba claro que no se podía quedar sola en el Queen Fallsview. Traté de no reaccionar cuando el hombre del mostrador nos dio la cuenta, pero la cifra de la parte inferior era una locura, y di un respingo. Pagué con la tarjeta de crédito de madre. Tomamos el ascensor al aparcamiento subterráneo y fuimos en coche a uno de pago, de superficie, que estaba más cerca del Captain's Inn. Patti aparcó en la parte de atrás, entre dos caravanas. Una de ellas tenía una pegatina que decía «Toca el claxon si te gusta el "rat *pack*"». Caminamos los diez minutos que nos separaban del nuevo alojamiento de Patti; el sol estaba cada vez más alto en el cielo, y la temperatura también subía. Hacía calor, pero aún no era abrasador.

Patti vio un mapache muerto flotando en la piscina del Captain's Inn. Se lo dijo al chico de recepción cuando nos acercamos. El chico escribió «piscina» en un trozo de papel y se lo metió en el bolsillo del pecho.

Llevamos las bolsas de equipaje a su habitación, al otro lado del pasillo de la que habíamos ocupado antes. La misma fea alfombra marrón, con manchas parecidas. El mismo olor rancio, acre. Esta vez, una cama individual.

—Por ahora, me tendré que conformar con esto —dijo Patti. Se sentó en el borde de la cama y puso en marcha la tele—. Lance, del trabajo, dijo que quizá sabía de una habitación en la ciudad. La mayoría de los otros viven en St. Catharines, pero yo quiero estar aquí. Cerca de la acción, ¿sabes?

—No puedo creer que vayas a vivir en las cataratas del Niágara —dije yo, mientras me sentaba en el escritorio junto al mueble de la tele—. El trabajo no será lo mismo. Si es que sigo trabajando allí. Me perdí el turno de ayer y me voy a perder el de esta noche.

—Por eso deberías mudarte aquí. Es solo una idea.

—Ya lo sé. En todo caso, ¿cuál es el plan? ¿En serio vas a ir a Roswell's?

—Necesitamos disfraces. Tiene que haber una tienda de carnaval por aquí. Vamos a buscarla por internet.

El *wifi* no funcionaba, así que bajamos a preguntar al chico de

recepción si conocía alguna tienda de disfraces en la ciudad.

—¿Qué clase de disfraces? —preguntó el chico.

—¿Acaso importa? —repuso Patti.

—Supongo que no. En todo caso, no conozco ninguna tienda de esas.

—Gracias de todos modos —contesté yo. Nos volvimos para salir.

—Un momento —dijo el chico—. No vayan a la piscina. Al parecer, hay un mapache en ella.

Volvimos al coche de Patti y dimos unos cuantas vueltas en busca de una tienda de disfraces. Encontramos un sitio con ropa de segunda mano cerca de Clifton Hill. Yo elegí un par de vaqueros anchos, una camisa de franela muy grande y una gorra amarilla de camionero con un dibujo de un punto de mira. Con mis gafas de sol, al menos sería difícil reconocerme al momento. Iba a tener que valer. Patti optó por unos pantalones de chándal grises de hombre y un gorro negro como el que llevaba Rocky cuando salía a entrenar. Dijo que usaría maquillaje para ponerse barba de tres días. Ya estábamos listas.

—¿Cuál es nuestra historia? —pregunté—. Yo seré Annie Hart. Pero ¿qué estamos haciendo en las cataratas del Niágara? A lo mejor podemos ser hermanas en un viaje por carretera a la costa oeste.

—Nuestra historia es que no es asunto de nadie.

—Pero ¿no deberíamos estar preparadas por si alguien pregunta?

—Si alguien pregunta, le dices que no es asunto suyo.

De vuelta en el Captain's Inn, llamé a madre. Le dije que no iba a llegar a casa para la cena. Según cómo fuesen las cosas en el restaurante, podría llegar tarde por la noche. Madre dijo que no le importaba, pero su voz temblaba al hablar. Me sentí fatal. Dándole largas, mintiendo sobre mi verdadero propósito.

—Lo siento mucho. Procuraré no llegar tarde.

—No lo sientas —repuso madre—. Estoy perfectamente. Me parece fantástico que tu viaje esté yendo tan bien. Si vuelves a decir que lo sientes, te cuelgo el teléfono. Tranquila, no lo haría nunca,

pero ya sabes a qué me refiero.

—Pero es que lo siento.

—¡Te lo prohíbo!

Llegamos a Roswell's a las 5.45. El restaurante tenía decoración temática de platillos volantes. Los camareros llevaban uniformes de color verde esmeralda. Había recortes de diario enmarcados sobre avistamientos de OVNI y alarmas sobre abducciones alienígenas en las paredes. Un póster gigantesco de *Expediente X*. Música de Chubby Checker, o algo parecido. No estoy segura de cómo se relacionaba eso con el resto del tema. El comedor estaba casi vacío. Ni rastro aún del hombre de la camisa hawaiana. Nos sentamos a una mesa en el rincón contrario a la entrada. Yo me senté con la espalda hacia la puerta, pero Patti podía ver quién entraba en el restaurante.

—¿Me pido la hamburguesa *Fuera de este mundo*? —interrogó Patti, con la cara metida en el menú—. ¿O la cheeseburger *Marte*? Últimamente he comido muchas hamburguesas.

—Quizá deberías prestar atención a la puerta. El menú te lo puedo leer yo.

—Y también está la hamburguesa con bacon *Teletranspórtame*. Las patatas se llaman *Alienígenas*. Ahí han estado vagos.

—¿Patti? ¿Por qué no dejas que te lea yo el menú? Me preocupa que entre alguien y no lo veas.

—No pasa nada. Voy echando vistazos hacia arriba para comprobar. Mira, hay una ensalada *Fuera de este mundo*. Ese lo han repetido.

—Esto ha sido una mala idea. ¿Y si es una trampa?

—Que te digo que no pasa nada, por Dios. ¿Tú qué vas a pedir?

—No estás mirando hacia arriba. No lo has hecho ni una vez desde que has dicho que lo hacías.

—Mira —dijo Patti, mientras miraba alrededor deforma obvia, con el cuello estirado y los ojos salientes—. ¿Te parece bien?

—Quizá deberíamos cambiar de asiento. Pero no, no puedo hacerlo. Vámonos y ya está.

—¿Quieres calmarte ya? Nadie te va a reconocer. No pasa nada.

—¿Puedo al menos leerte yo el menú? Me estoy poniendo…

—Dios mío.

—¿Qué?

—Está aquí. Acaba de entrar.

—¿Qué? —susurré. Me incliné por encima de la mesa, acercándome a Patti—. ¿Cómo lo sabes? ¿Lleva una camisa hawaiana?

—No, es él.

—¿Él, quién?

—El hombre del funeral de Leonard.

20

Cuando Patti me garantizó que podía mirar con seguridad, me giré. Era él, en efecto. El rostro ancho y los ojos pequeños y brillantes eran inconfundibles. El hombre del periódico *Metro*, en carne y hueso. Llevaba camisa formal y corbata, y el cabello rubio peinado hacia atrás. Hablaba con un camarero. Me di la vuelta y miré a Patti.

—Dios mío. —Me incliné sobre la mesa, y susurré—: ¿Qué hacemos?

—Puedes hablar con normalidad. Está al otro lado de la puta sala.

—¿Crees que está esperando a alguien más? —pregunté, un poco más alto—. ¿Al tipo de Clifton Hill?

En ese momento apareció un hombre con un polo verde esmeralda y se agachó junto a nuestra mesa.

—Buenas noches —dijo. Sonrisa amplia—. Hoy seré yo quien les sirva. Me llamo Bradley. —Sacó un rotulador del bolsillo del pecho y garabateó la palabra Bradley en el mantel de papel.

—Hola, Bradley —contestó Patti.

—Les voy a traer un vaso de la mejor agua del Niágara —dijo Bradley, poniéndose de pie—. ¿La quieren con hielo? ¿Sin? También tenemos agua con gas. ¿Qué les parece?

—Agua del grifo está bien —dijo Patti—. Y sí, con hielo.

—¡Una persona decidida, me encanta! —apuntó Bradley—. ¿Han tenido ocasión de mirar la carta de bebidas? Siento vibraciones de margarita por parte de las dos. ¿Qué tienen pensado?

—Agua está bien —respondió Patti.

—Agua de momento, gracias —añadí yo.

—Las cosas, simples. ¡Me encanta! —dijo Bradley.

Patti y yo pedimos el cheeseburger *Marte* y nos partimos un plato de patatas fritas *Alienígenas*. Pero yo no podía comer. No con ese hombre en la misma habitación. Era incapaz de decidir si debía acercarme y enfrentarme a él o mantener las distancias y observar lo que hacía. Seguirlo cuando saliera del restaurante. Si me acercaba a él y las cosas no iban bien, ahí se acababa todo. Habría desperdiciado mi oportunidad. Ni siquiera estaba segura de lo que debía decir. Necesitaba más información. Quizá averiguar su nombre, dónde vivía. Pero, si trataba de seguirlo, a lo mejor también la jodía. Podíamos perderlo. Otra oportunidad menos.

—No perderemos su rastro —dijo Patti—. La gente dice que soy una conductora increíble. Soy capaz de seguir a un gilipollas así.

—No es solo eso. Es que está ahí mismo. Esta podría ser mi mejor ocasión.

—Entonces ve allí.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Vamos a ver lo que hace. ¿Qué está haciendo ahora?

—Te iba a decir que ha estado mirando fijamente a una camarera. Es un poco raro. Puedes echar una mirada.

Me di la vuelta. El hombre de *Metro* tenía las manos juntas sobre la mesa y estaba ligeramente inclinado hacia delante, con la cabeza vuelta hacia el rincón de la sala contrario al nuestro. Parecía como si estuviese vigilando a una de las camareras, que estaba limpiando vasos detrás de la barra.

—A lo mejor está esperando a que le tome el pedido —dije yo, volviéndome de nuevo hacia Patti.

—No, no es su camarera. El suyo es Bradley.

—Me pitan los oídos —dijo Bradley con un soniquete, al tiempo que se aproximaba tímidamente y se volvía a agachar junto a nuestra mesa—. Solo quería preguntarles qué les habían parecido esos primeros mordiscos. ¿Les encantan las hamburguesas? ¿Estamos en el paraíso ahora mismo?

—Está bien —dijo Patti.

—¿Y a usted? —dijo Bradley, mirándome—. ¿Estamos en el paraíso de la hamburguesa?

—Ese hombre sentado solo cerca de la barra —pregunté yo—. El de la corbata. ¿Tú eres su camarero?

—Lo soy, en efecto —repuso Bradley—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Le conoces?

—¿A Isaac? Sí, claro. Viene todas las noches.

—¿En serio?

—Sí, exacto. Yo solo llevo unos meses aquí, pero al parecer Isaac lleva años viniendo. A las seis en punto exactas, cada noche.

—Entonces, debe de vivir por aquí, ¿no?

—Sí, creo que vive en este barrio. ¿Lo conoce?

—Solo estaba curioseando.

—¡Curiosidad, genial! —Bradley dio una palmada y se puso de pie—. Muy bien, ¿les puedo traer alguna cosa? ¿Más mayonesa? ¿Quizá han decidido engancharse al tren del margarita?

—Tráenos la cuenta, por favor —dije yo.

—Colleen —dijo Patti—, yo no…

—Confía en mí. La cuenta, Bradley, por favor.

Pagué, dejándole una generosa propina a Bradley. Nos escabullimos más allá del hombre de *Metro* —Isaac, al parecer— y salimos al aparcamiento. No nos miró. Nos metimos en el coche de Patti, y le indiqué que nos llevara a la esquina trasera del aparcamiento, donde teníamos una visión clara de todo lo que sucedía. Ahora que sabía su nombre y que vivía cerca de allí, me pareció una buena idea recopilar más información antes de enfrentarme a él. Al haber pagado pronto, nos asegurábamos de ver cómo Isaac salía del restaurante y podíamos seguirlo a casa. O a donde fuera. A lo mejor nos llevaba a algún lugar que lo incriminase y podíamos llamar a la policía.

—¿Qué coche crees que es el suyo? —inquirió Patti.

—No lo sé. Podría ser cualquiera de estos. O a lo mejor, si vive cerca, ha venido a pie.

—Mierda, ¿cómo lo vamos a seguir si va a pie? ¿Conduciendo lentamente, como un pederasta en una furgoneta?

—Supongo que podríamos caminar. Pero me siento más segura en el coche. Quizá ha venido en coche.

—Tengo que ir al baño muy rápido.

—Patti, no puedes. ¿Y si se va?

—Iré como un rayo —dijo Patti, abriendo la puerta—. De todos

modos, no puedo hacer nada. Vengo enseguida.

—Por favor, intenta aguantarte.

—Una no puede aguantarse la diarrea, Colleen.

Me quedé mirando la entrada del Roswell's, esperando que Patti saliese. ¿Por qué tardaba tanto? Me apreté los muslos con los puños. Di golpes en el suelo con los pies. Finalmente, alguien salió por las puertas en las que me había estado fijando. No era Patti. Era Isaac.

—Oh —dije.

Isaac fue hacia la acera y se dirigió hacia el este, alejándose de mí. Salió de mi campo de visión mientras pasaba por delante del restaurante. Ya no lo veía. Ni rastro de Patti. Podía estar metiéndose en un coche. O entrando en una calle lateral, o en una tienda.

—Oh, no.

Me pasé al asiento del conductor. Las llaves seguían en el contacto.

21

Mientras salía del aparcamiento hacia la calle, vi a Isaac caminando delante de mí. A una manzana, más o menos. Tenía que mantener esa distancia entre nosotros. Avancé un poco, luego me detuve junto al bordillo. Si iba haciendo eso, pensé, avanzar y parar en pequeños tramos, iba a parecer sospechoso. Y, como había señalado Patti, si conducía lentamente a su lado lo iba a espantar. Como el clásico pervertido en camioneta. Seguirlo a pie era impensable; me sentía demasiado vulnerable. Necesitaba a Patti. Me giré para ver si ya había salido al aparcamiento y buscaba su coche. No era así.

Avancé lentamente. Isaac siguió yendo hacia el este. Paseando como si nada. Como si no tuviese problema alguno en el mundo. Nada en su conciencia. Probablemente hasta silbaba. Debería atropellarlo y acabar ya, pensé.

Isaac salió de la calle comercial y entró en una zona residencial. Menos tráfico, menos personas. Más fácil de verlo a distancia, y más fácil de que él me descubriese. Me detuve y esperé unos momentos a que la separación entre nosotros aumentase antes de girar la curva.

Estábamos en un barrio relativamente próspero. Casas de dos pisos, coches bonitos a la entrada. Muchos árboles. Césped bien cuidado. Isaac aún estaba a una manzana de mí. Giró a la derecha por otra calle. Yo volví a detenerme y esperé treinta segundos antes de seguirlo.

Cuando giré hacia esta nueva calle, me llevé la sorpresa de que Isaac estaba quieto en la acera, a unos tres metros de mí. Por instinto, apreté el freno. Isaac, que había estado mirando el teléfono, alzó la vista y me miró. Inmediatamente me agaché, pero

enseguida me di cuenta de lo sospechoso que parecería. Volví a erguirme de inmediato. Ajusté el retrovisor, tapándome la cara con el brazo, y empecé a avanzar. Isaac volvió a su teléfono. Al parecer, no me había reconocido. Pasé a su lado.

«Y ahora qué», pensé. Podía pararme más adelante y observarlo por los espejos. Ver si se metía por otra calle. Si no giraba, pasaría por mi lado. Ya me había ido de muy poco una vez. Necesitaba a Patti. Quizá podía acercarse hasta allí andando y, de alguna manera, situarse tras él y seguirlo. Podíamos coordinamos. Avancé y me metí por la primera calle lateral. Me detuve. Saqué mi teléfono y llamé a Patti. Noté el suyo vibrar debajo de mi pierna.

Salí del coche y me acerqué trotando a la intersección. Me escondí detrás de un gran arbusto plantado en la esquina de un jardín y eché una ojeada desde allí, hacia la calle donde había visto a Isaac por última vez. Veía una figura no muy lejos, caminando hacia mí. Demasiado lejos para distinguir sus rasgos, pero tenía que ser él.

Estaba a punto de salir corriendo de vuelta al coche, cuando la figura cruzó al otro lado de la calle. Era Isaac, desde luego. Estaba hablando por teléfono. Y entonces subió por el camino de entrada de una de las casas más pequeñas. Un piso, sin garaje. Un Camry gris aparcado fuera. Saqué el teléfono del bolsillo y tomé una foto de la casa.

—¡Eh, usted! —llamó una voz.

Me di la vuelta.

Un hombre que llevaba un albornoz dorado estaba en la puerta de la casa situada detrás de mí. Yo estaba agachada detrás de su arbusto.

—¿Qué está haciendo escondiéndose en mi propiedad? —preguntó.

Yo no dije nada. Miré hacia la casa pequeña al otro lado de la calle; al parecer, Isaac había desaparecido en el interior.

—¡Eh! —gritó el hombre.

—Estaba intentando tomar una foto —contesté yo—. Había un ciervo.

—¿Un ciervo? ¿En este barrio?

—Y ya casi la tenía. Entonces ha salido usted y lo ha espantado.

—No me he dado cuenta —se disculpó el hombre—. Lo siento

mucho.

Antes de regresar al coche, me acerqué a la casa en la que había entrado Isaac y saqué una foto. Tomé nota de la dirección: Maldon Road, número 310. Entonces volví en coche a Roswell's.

Patti estaba hablando con alguien cuando entré en el aparcamiento. Uniforme verde. La camarera a la que Isaac había estado mirando. Volvió a entrar en el restaurante y Patti se acercó a mí corriendo, con un cigarrillo en la mano. Salí del coche.

—¿Qué ha pasado? —dijo Patti, sin aliento—. ¿Lo seguiste?

—Creo que encontré dónde vive. Deberíamos volver allí. Lo vigilaremos. ¿Estás fumando?

—Recogiendo información. —Patti tiró el cigarrillo al suelo y me contó que, al salir del lavabo, se dio cuenta de que la mesa de Isaac estaba vacía. Salió corriendo al aparcamiento, vio que no estábamos ni yo ni el coche y se imaginó lo que había sucedido. Mientras esperaba a que volviese, la camarera a la que Isaac había estado observando salió a hacer una pausa para fumar. Patti pensó que quizá sabría algo sobre Isaac, ya que, al parecer, venía todas las noches. Así que le pidió un cigarrillo a la camarera, que se llamaba Jess. Empezaron a hablar. Patti le preguntó a Jess por el tipo extraño que la había estado observando mientras secaba la vajilla.

—Su nombre completo es Isaac Kindler —me explicó Patti—. De hecho, él y Jess salieron juntos, hace años, durante un tiempo. Es un excéntrico, me ha dicho. Inofensivo, pero extraño. Está obsesionado con ella. Viene a cenar todas las noches, por si ella está trabajando. Para poder estar cerca de ella. Ella se siente mal por él, porque supongo que es de los solitarios; no tiene lo que una diría una vida agitada. Ella dice que intenta no darle ánimos, y que no sirve su mesa, pero que soporta que venga al restaurante todos los días. Lo que es yo, no dejaría que un tío asqueroso como ese me fuese detrás.

—Dios mío. ¿Te ha dicho si trabaja en el casino?

—Se lo pregunté. No lo sabe. Dice que, en realidad, no cree que haga nada. Supongo que su familia tiene dinero y él se dedica a hacer el vago, o esa es su impresión. Qué cosa más chunga. ¿Cómo es su casa?

—Te la enseño en un momento. Vámonos.

Aparcamos en Maldon Road, a unas cuantas casas de donde había entrado Isaac. Las luces aún estaban encendidas, las cortinas echadas. Patti y yo nos quedamos sentadas, en la oscuridad. Si alguien venía hacia el coche y miraba al interior, probablemente nos vería, pero Isaac no nos vería si miraba hacia la calle desde su ventana. Y no había nadie más por allá. Cero tráfico. Un tranquilo barrio de las afueras, a cinco minutos del caos de Clifton Hill.

—¿Vamos a quedamos mirando esta casa toda la noche? —preguntó Patti.

—Vamos a esperar un ratito. A lo mejor sale. Y cuando se apaguen las luces, iré a espiar, a ver.

—¿Y qué crees que vas a encontrar? ¿Un trozo de césped que ha olvidado segar?

—A lo mejor hay algo de correo. O puede que haya una caseta en la que me pueda meter. No lo sé, ya veremos.

—Eso parece un poco peligroso. No sabemos quién es ese tipo.

—Eso es. Vamos a descubrirlo.

—¿Y si volvemos mañana por la noche? Si va cada noche a Roswell's, mañana también irá.

—Si es que esta es realmente su casa. Y si es que vive solo.

—Tiene que ser su casa. Bradley dijo que vivía por aquí. Y Jess dijo que es un solitario. No hay nadie más ahí dentro. A lo mejor, una muñeca de goma con la foto de Jess pegada en la cara.

—Supongo que podríamos volver en otro momento. Pero entonces me tendré que quedar otra noche aquí.

—Por favor, ya son las ocho y media. ¿Piensas conducir hasta Toronto?

—Bueno, se suponía que iba a hacerlo. Mi madre me está esperando.

—Dios mío, Colleen. Te quedas otra noche.

—¿Me quedo?

—Te quedas.

Salí del coche para poder llamar a madre en privado. Me sentía

fatal por volver a dejarla sola. No hacía más que arrebatarle sus esperanzas en el último instante. Torturarla. Pero no podía hacer nada más: tenía que quedarme. Me apoyé en el tronco y me eché hacia los ojos mi gorra de la mira telescópica. Después de dos timbres, oí que una puerta se cerraba tras de mí. Me di la vuelta: era Isaac. Colgué el teléfono y me agaché detrás del coche. Isaac cerró la puerta con llave y salió por el camino de entrada. No miró hacia mí. Se metió en el Camry y dio marcha atrás hacia la calle. Yo me escondí detrás del lado del conductor del coche de Patti y esperé a que pasase.

—¡La hostia! —exclamó Patti, abriendo la puerta de su lado—. ¿Lo seguimos?

—No sé.

—Bueno, no hay tiempo para pensar. Tenemos que irnos ya.

—Pues entonces olvídalo. Vamos a mirar la casa.

Patti dijo algo más, pero yo ya estaba a mitad del césped.

Llamé con los nudillos a la puerta de delante, para asegurarme. Además, hacía que todo fuese menos sospechoso, si es que había algún vecino mirando. Un viejo amigo que pasaba por allí. No contestó nadie. Me arrodillé y abrí la portilla del correo —eso sí era un poco más sospechoso—, pero no pude ver nada.

Patti se aproximó al porche, con el rascador de hielo del coche.

—¿Para qué es eso?

—Es un arma. No sé.

—Vamos a mirar por atrás.

Cruzamos el camino de entrada y dimos la vuelta a la casa. No oí ningún perro ladrar: buena cosa. Pasamos junto a un bidón de basura; había bolsas en él, podíamos revisarlas para encontrar pruebas. Luego miramos el patio de atrás. Yo seguí moviéndome.

El patio era pequeño, del tamaño de mi cocina, más o menos. Isaac compartía valla con los vecinos en los tres lados, pero no había nadie fuera y, de todos modos, los arbustos lo ocultaban todo. Tampoco había caseta para investigar. Solo unos cuantos tablones apilados debajo de una lona, una pala de nieve contra la valla. La puerta deslizante que daba al patio estaba cerrada con llave. Las cortinas estaban echadas, así que no podía ver nada. Entonces vi el

aire acondicionado. En la ventana, muy cerca de la puerta deslizante, sobresaliendo a la altura del hombro. No estaba en marcha. Lo empujé. No se movió, como si estuviese atornillado a la ventana. Necesitaba hacer más palanca.

—¿Se puede saber qué narices haces? —susurró Patti.

Agarré la pala de nieve que estaba apoyada en la valla y me acerqué a la ventana.

—¡Colleen! —exclamó Patti—. ¿¡Pero qué coño!? ¿Y los vecinos?

Metí la pala haciendo cuña debajo del aparato de aire acondicionado y empujé. Tuve que emplear toda mi fuerza, pero finalmente oí un crujido. Seguí empujando. Otro gran crujido, luego un ruido sordo cuando el aparato golpeó el suelo, dentro de la casa. Dejé la pala en el suelo.

—¿Qué has hecho? —preguntó Patti.

—Cállate —dije yo.

Escuchamos. No se oyó ninguna alarma. Tampoco perros. No parecía que los vecinos se hubiesen dado cuenta de nada.

—Muy bien —dije yo—. Ayúdame a encaramarme.

22

La casa estaba a oscuras. Encendí la linterna de mi móvil y eché una mirada por la habitación. Estaba en la cocina de Isaac. A mis pies estaban el aparato de aire acondicionado y unas astillas de madera de la ventana, en un charquito de agua. La casa estaba en silencio. Aparté el aparato del paso con el pie y saqué la cabeza por la ventana.

—Voy a abrir la puerta —dije.

—Esto ha ido demasiado lejos —contestó Patti—. Tenemos que irnos.

Cerré la ventana, fui hacia el comedor y abrí la puerta deslizante. Patti estaba fuera, inmóvil.

—Ven dentro —le dije.

—Ven tú —repuso Patti—. Esto es ridículo. Yo me largo de aquí.

Volví a entrar en la casa. Patti me siguió y cerró la puerta. Exploré el lugar con la linterna del móvil. La casa de Isaac estaba limpia y ordenada. Un póster enmarcado de Los Tres Chiflados en una de las paredes. Un póster enmarcado de época, de un hombre de época jugando al billar en otra. Nada en la mesa del comedor, salvo un portátil. Lo abrí y en pantalla apareció una solicitud de contraseña. A lo mejor estaba escrita en alguna parte, pensé. Pasé al salón, y Patti me siguió. Un sillón, una mesa de café vacía, una librería. Una fotografía enmarcada de Elvis Presley con una pistola en la mano. Un gran televisor. Unas macetas pequeñas con plantas suculentas en la mesa de la tele. Y entonces lo vi: en la librería de Isaac, un ejemplar de *Mi año en las sombras*.

—Dios mío —exclamé.

—¿Qué?

—Nada. Lo siento, pensé que había visto algo.

Saqué el libro del estante. Lo abrí por donde había un marcapáginas, más o menos por la mitad. Texto en la página de la izquierda y una foto del Padre Woodbine en la de la derecha. Sentado en el tribunal, sonriendo. Aquellos mechones de pelo rizado brotando alrededor de las orejas. Aquellos incisivos salientes, aquellos ojos de loco. Hacía al menos una década que no veía una foto suya. Cuando tenía dieciséis años, había pensado que era guapo y encantador. Ahora tenía un aspecto estúpido. Como un vagabundo feliz en unos dibujos animados antiguos.

—¿Quién es ese? —inquirió Patti, mirando por encima de mi hombro.

—No lo sé —respondí yo. Volví a poner el libro en el estante. Patti no sabía que, de adolescente, yo había estado en una secta, y este no era un buen momento para ponerla al día. Pero era interesante que Isaac tuviera precisamente ese libro en su casa. Aunque, en realidad, había sido un supervenías; mucha gente tenía un ejemplar de *Mi año en las sombras*.

Cruzando el pasillo había un despacho y un dormitorio. Comprobé primero el despacho; Patti me siguió. Otro ordenador, que también precisaba de una contraseña. Algunos libros más. Sobre todo cosas sobre los viejos tiempos de Hollywood y vodeviles. Una recopilación de tiras de *Carlitos y Snoopy*. Una biografía de Elvis. Muchos libros sobre conspiraciones: los Illuminati, las personas lagarto, control mental. Revisé el escritorio. Había algunos papeles en uno de los cajones, pero nada de interés. Cosas de bancos e impuestos. Un garabato de un WC. Nada que tuviera que ver con el casino Fallsview. Su nombre era, en efecto, Isaac Kindler. Los otros cajones del escritorio estaban cerrados con llave.

—Busca la llave de estos —dije yo—. O también podemos forzarlos y ya está.

—Esto es una mala idea, Colleen. ¿Y si vuelve, qué? Tenemos que irnos.

—Mira qué hay en este armario. Yo voy a revisar el dormitorio.

La cama de Isaac estaba hecha de forma inmaculada, como en un hotel. Había una pintura *amateur* en la pared, de un granero ardiendo por la noche. Un objeto extraño para el dormitorio, pensé. El periódico *Niagara Advance* del día, en la mesita de noche. Un armario lleno de pantalones, camisas y chaquetas de traje, de

aspecto aburrido y caro. Volví al despacho. Patti estaba inclinada, rebuscando en una caja dentro del armario.

—¿Has encontrado algo? —pregunté.

—Un montón de fotografías. Sobre todo imágenes viejas de vacaciones, y de la familia. He encontrado unas cuantas de Isaac y Jess, la camarera. Y luego hay unas raras, de la casa de alguien por la noche, tomadas desde el otro lado de la calle. Un tipo que entra y sale de la casa. Parecen fotos de vigilancia. Échales un vistazo.

—¿Por qué iba a tener estas fotos?

—Ni idea. ¿Y tú, has encontrado algo?

De pronto, la habitación se iluminó. Alguien había encendido la luz del pasillo.

Me quedé paralizada. Patti también, una expresión de terror en el rostro. Luego, el ruido de crujidos de madera. Leves pisadas acercándose desde el pasillo. Una figura apareció en la puerta del despacho. Encendió la luz. Era Isaac. Con un palo de golf en la mano.

Grité.

—¿Qué demonios? —dijo Isaac—. Por Dios. ¿Colleen?

Isaac se quedó mirándome desde la puerta. Una mirada de confusión. Patti se había movido hacia el rincón y estaba sentada con la espalda contra la pared. Con el rascador de hielo en la mano. Yo retrocedí hasta ponerme de pie a su lado.

—¿Piensas decirme qué demonios está pasando aquí? —preguntó Isaac.

—Lo siento —dije yo.

—Y esta, ¿quién es? —preguntó él, haciendo un gesto hacia Patti. Me había olvidado de lo aguda que era su voz; me había sorprendido cuando lo conocí en el funeral. Sonaba como un cómico interpretando el personaje de un científico—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Cómo habéis entrado?

—Por la ventana. Forcé tu aparato de aire acondicionado hacia dentro.

—¿Por qué?

—¿Vas a hacernos daño?

—¿Cómo? —Isaac contempló el palo de golf que tenía en la

mano y lo dejó en el suelo—. Por supuesto que no. Pero quizá deberías contarme qué es lo que haces en mi casa.

Miré hacia el suelo. Abrí la boca para hablar, pero vacilé.

—Colleen —dijo Isaac.

—Pasó una cosa con mi marido.

—De acuerdo.

—Sé que hay algo más de lo que parece, estoy segura de ello. Estaba mezclado en algo antes de morir. Y tú me mentiste. En el funeral de Leonard. Dijiste que trabajabas con él en la fábrica, y sé que no es así.

—Por favor —dijo Isaac. Se apoyó en el marco de la puerta y se frotó los ojos con las yemas de los dedos—. ¿Es eso lo que pasa? ¿Lo que yo te dije en el funeral?

—¡Sí! —Estaba temblando—. Tengo que saber la verdad.

—Estábamos juntos en el programa.

—¿El programa?

—Alcohólicos Anónimos. Y yo era su patrocinador. Eso sucedió hace años, cuando yo vivía en Toronto. Pero sí, se supone que no debes romper el anonimato de los miembros. Cuando me preguntaste, dije que trabajábamos juntos.

—Pero yo soy su mujer. Leonard está muerto. ¿Por qué no me dijiste la verdad, simplemente?

—Se supone que no se debe romper el anonimato de los miembros. No importa que sean familiares, o que hayan fallecido. Esa es la idea, maldita sea.

—De acuerdo. Bueno, supongo que tienes razón.

—De todos modos, te aseguro que lo lamento. No me di cuenta del efecto que esta mentira tendría sobre ti. Si lo hubiese sabido, te habría dicho la verdad y ya está.

—Un momento —intervino Patti, poniéndose de pie. Se situó a mi lado. Señaló a Isaac con el rascador de hielo—. Hay algo más. Había un tipo en el casino que siguió a Colleen después de que ella preguntase por ti. Y luego, el hombre de la casa encantada nos dijo dónde encontrarte. ¿Quiénes son todas estas personas sospechosas que parecen girar a tu alrededor?

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Isaac—. ¿Qué tipo del casino? ¿Qué casa encantada? Y tú, ¿quién eres?

—Está conmigo —contesté—. Y tiene razón. Nos hemos

tropezado con un montón de gente sospechosa desde que empezamos a buscarte.

—Pues entonces, entrad en su casa. ¿Cómo os las habéis arreglado para encontrarme?

—Vi una foto tuya en el periódico. Trabajando en el casino. Así supe dónde buscarte.

—¿Qué periódico?

—Mira. —Saqué el teléfono, apagué la linterna y busqué la foto de Isaac con el chaleco—. Fue en el *Metro* de Toronto. El artículo hablaba de un timo de máquinas tragaperras en el Fallsview.

—Ah —murmuró Isaac—. No sabía que estaba ahí. De acuerdo. ¿Y esa historia de que alguien te seguía?

—*Bueno*, después de ver la foto, quería localizarte, así que pregunté sobre Leonard. Y también quería saber por qué me habías mentido. Hablé con el jefe de seguridad del casino, que no me quiso decir nada, pero entonces un hombre me empezó a seguir. Mi amiga acabó siguiéndole a él, y vio como entraba en una casa encantada.

—De acuerdo.

—Al día siguiente, fui a la casa encantada y le pregunté por ti al tipo de allá. Al principio no me quiso decir nada, pero al final me dio una nota. Decía ROSWELL'S 6 TARDE.

—Y esta tarde estabais en el restaurante.

—Así es.

—Por Dios…

—¿Quiénes son esos tipos? —preguntó Patti—. ¿Por qué nos están siguiendo? Y ¿cómo sabían dónde encontrarte?

—No sé por qué os siguieron —repuso Isaac—. Aunque me da la impresión de que vosotras dos tenéis tendencia a sacar conclusiones precipitadas de vez en cuando, así que no estoy seguro de que realmente os siguieran. Pero os referís a Mayhem Manor, ¿verdad?

—Sí —contesté.

—Mi padre es el propietario. Posee una parte muy grande de Clifton Hill. Quienquiera que trabajase allí debía de conocer mi rutina cotidiana de cenas. No estoy seguro de por qué os la dijo, pero bueno.

—Pero el hombre del casino me siguió, eso sí es verdad. Y fue directo a la casa encantada de tu padre.

—No sé qué decirte.

Los tres nos quedamos en silencio un instante. Yo me quería marchar. Isaac había disipado la tensión, cierto. Mis sospechas habían quedado, de alguna manera, anuladas. Pero también había una energía en el aire que no me gustaba. Tenía que salir al exterior.

Me disculpé; por entrar a la fuerza en su casa, por seguirlo, por sospechar de él. Él me dijo que lo entendía. Me ofrecí a pagar los daños en su ventana y su aparato de aire acondicionado, pero Isaac no me dejó. Dijo que tenía un seguro del hogar y dinero en el banco, y que de todos modos solo era un malentendido. Era evidente que Patti quería salir de allí. Y, aparte de la incomodidad de la situación, había algo en Isaac que me hacía sentir incómoda a mí. Algo en sus ojos.

—Siento lo de Leonard —dijo Isaac, abriendo la puerta de delante para que saliésemos—. Era un buen hombre. Me habría gustado poder ayudarte.

—Gracias. Siento mucho todo lo sucedido.

—No pasa nada. Lo entiendo.

Patti y yo volvimos al coche e Isaac desapareció en el interior de la casa. Yo me senté en el asiento del copiloto y me quedé mirando la guantera con rostro inexpresivo. Condujimos por Maldon Road, de vuelta al Captain's Inn.

—He cogido esto para ti —dijo Patti. Se sacó algo del bolsillo y me lo puso en el regazo. Un teléfono móvil.

—Pero ¿en qué pensabas, Patti?

—Lo encontré en el armario de su despacho. Se tiene que cargar, pero quizá encuentres algo en él.

—Por Dios. No hay nada que encontrar. Y no te puedes llevar su teléfono. Tenemos suerte de que no llamase a la poli. Y sabes que un teléfono móvil es como un dispositivo de seguimiento, ¿verdad? Tenemos que ser listas. Tienes que devolverlo.

—No pasa nada, no te preocupes. Solo estaba tratando de ayudar. De todos modos, no voy a volver a entrar ahí. Ese tío me da mal rollo.

—Pues se lo envías por correo. —Le devolví el teléfono—. O lo destruyes. Utiliza el cerebro, para variar.

—De acuerdo, lo haré. Dios. Has cambiado, Colleen, ¿sabes?

—¿En serio?

—Sí. No sé si es que has empeorado o que me gustas más.

Me pasé la noche en la alfombra, a los pies de la cama de Patti. Apenas dormí. Isaac tenía respuestas para todo, pero sus respuestas no eran del todo satisfactorias. No sabía nada del funcionamiento de Alcohólicos Anónimos, pero aun así me parecía extraño que Isaac me hubiese mentido en el funeral. ¿Cómo se había enterado de la muerte de Leonard? ¿Para qué eran esas fotos de vigilancia? «Debería haberle dicho algo», pensé. Quizá me estaba volviendo loca. A lo mejor estaba dejando que la tristeza me venciera. Sacando conclusiones conspiratorias.

Por la mañana, recogí mis cosas. Acompañé a Patti a su coche —tenía otro turno en IHOP— y le dije adiós. Me miró con una mezcla de aprensión y asco cuando me incliné para darle un abrazo, pero me dejó que la rodease con los brazos y hasta me dio unos golpecitos en la espalda. Me sentí mal por dejarla sola en las cataratas del Niágara, pero era el momento de irse. Madre llevaba demasiado tiempo sola. Se lo debía. Además, había llegado a un callejón sin salida.

Llamé a madre de camino a la estación de autobuses. Respondió al primer timbrazo.

—¿En serio que ya estás de camino? —me preguntó.

—Estaré allí dentro de unas horas.

—Espero que hayas pasado unas buenas vacaciones. Yo limpié ayer, pero ya sabes la cantidad de polvo que se mete en esta casa. Debería hacer limpieza del sofá-cama. Espero que esté lo bastante decente para cuando vuelvas. Veré lo que hago antes de que llegues. Bueno, lo que sea, tendrá que ser suficiente.

Me monté en otro autobús de dos pisos y saqué el cuaderno de notas de guiones. Los letreros, los almacenes, las torres de agua por las que pasamos se estaban convirtiendo en vistas familiares. Me concentré sobre todo en mi cuaderno. En mi última idea de guión, Mary Valentine aprendía a levitar. Utilizaba esta habilidad para espiar por las ventanas del dormitorio de los chicos, en el segundo piso de la Escuela de equitación Exley, para obtener información sobre Cameron Hawke, un nuevo estudiante que se comportaba de manera furtiva. Cameron tramaba algo —aún no estaba segura de

qué— y Mary estaba decidida a descubrir sus planes. Solo sabía que Mary utilizaría sus poderes de levitación para ayudar a su caballo a saltar el último gran obstáculo durante el clímax del episodio, la escena con el espectáculo de saltos. Acabaría por llegar allí, en algún momento. Tenía todo el tiempo del mundo.

23

Me volví a adaptar a la vida en Mimico. Daba paseos a paso rápido por el barrio. Hacía flexiones en la alfombra, junto a mi cama. Trabajaba en un nuevo guión de *Jinetes de Exley*. Se supone que el padre de Mary Valentine tiene que visitarla en la escuela, pero no aparece. Mary se pasa todo el día esperando en el aparcamiento. El sol le hace una fea quemadura en la cara y en los brazos. Su padre termina por llamar y decirle que ha tenido mucho trabajo. De fondo, ella oye los ruidos de un bar. Ella les cuenta a los otros chicos que su padre es médico militar y que lo han llamado para que vaya a un conflicto en el extranjero, aunque en realidad es un jugador y está en paro. Nunca se menciona al padre de Mary en el programa, y pensé que sería un camino interesante para explorar. Cuando yo tenía la edad de Mary y la gente me preguntaba por mi padre, yo siempre decía que era médico militar y que tenía que viajar mucho. Los demás chicos no tenían por qué conocer la historia real: que había abandonado a mi familia y que había muerto alcoholizado. No era asunto suyo. Si decía que estaba en el ejército, podíamos dejarlo correr y hablar de otra cosa. El guión no iba a ninguna parte. Lo borré.

Entraba con regularidad en *La isla de los renos* para ver si Bonsái tenía algún mensaje para mí, pero la isla estaba desierta. Miraba los anuncios en busca de trabajo. Era incapaz de volver al centro de llamadas. Ya no era solo el bochorno de volver después de saltarme tantos turnos, de esquivar tantas llamadas de mis supervisores. Aunque ese era, sin duda, uno de los factores. Tampoco podía imaginarme a mí sentada en aquella silla giratoria, haciendo llamadas. Haciendo las mismas encuestas de siempre. A lo mejor era hora de cambiar; podía probar con trabajos de oficina, o hacer de

ayudante en platós de cine. Bloquear el tráfico para la nueva película de Transformers. Barrer a los Transformers cuando lloviese. También me veía como guardia de seguridad en un museo o en una joyería de lujo. Protegiendo una puerta importante. No hacer de detective, claro, pero algo de ese estilo.

Los dos primeros días no me podía sacudir a madre de encima: iba detrás de mí todo el rato, ofreciéndose a prepararme té. Al tercer día, no obstante, empezó a pasar cada vez más tiempo encerrada en su habitación, tocando la armónica sobre el canal de música. También cantaba acompañamientos en los estribillos. Desde el otro lado de la puerta, sonaba bastante bien. Una noche, mientras comíamos patatas fritas gofradas y mirábamos la tele, le dije que parecía que tenía un verdadero talento musical.

—Solo estoy jugueteando. Pero gracias, querida. Supongo que me divierte. De hecho, hay algo que te quería decir.

—¿Qué?

—Bueno, no es que sea una gran cosa. No sé por qué no te lo he dicho aún. No te enfadas, ¿verdad?

—¿No me enfado por qué?

—A lo mejor sí que es una gran cosa. Puede que sí te enfades bastante. Vas a enfurecerte conmigo, Colleen.

—Dímelo y ya está, seguro que no pasa nada.

—Mientras estabas de viaje, con la casa vacía, se me ocurrió sacar la armónica y jugar un poco con ella. Pero quería tocar acompañando música de verdad. Una gran parte de lo que ponen en el canal de música es de este nuevo estilo que es difícil de acompañar. No tiene melodía, en realidad. El canal de *country* está bien, pero no me gusta mucho el *country*. Y ya sabes lo mal que se me da el ordenador.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Me metí en las cosas de Leonard, cariño. Busqué en sus discos. Y utilicé su tocadiscos.

—De acuerdo. ¿Y qué más?

—Estuve usando sus álbumes. Pero me sentí fatal todo el rato, te lo prometo. Solo fue una vez. Lo volví a poner todo tal como estaba. Me aseguré de ello.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué quieres decir?

—¿Lo que tenías miedo de decirme es que habías estado escuchando los discos de Leonard?

—¿Estás enfadada?

—Por supuesto que no. Puedes escucharlos siempre que quieras. Leonard ya no los escucha. ¿Por qué dejarlos ahí parados?

—Pensaba que te enfadarías conmigo. Por haber tocado sus cosas.

—No pasa nada, de verdad. No te cortes.

—¿En serio? No querría tocar sus cosas si eso te molesta. Pero hay una canción de los Eagles que puse esa noche. Saqué una melodía muy agradable y me encantaría volver a probarlo.

—Adelante, a tu aire. De verdad, me encanta verte emocionada con esto. Me gusta oír cómo tocas.

—Oh, no estoy más que tonteando.

Mi madre cenó precipitadamente y luego salió a toda prisa a buscar el tocadiscos y el álbum de los Eagles del rincón de mi habitación donde estaban las cajas de Leonard. Lo colocó en su cuarto y puso a tocar la armónica mientras yo terminaba de cenar. No me importaba para nada que madre utilizara los discos de Leonard. Es extraño cómo las posesiones de una persona adquieren tanto peso cuando la persona muere. El álbum de los Eagles de Leonard le daba del todo igual a él cuando estaba vivo. Quizá sí le importó en algún momento, pero, desde que yo le conocí, no escuchaba discos. No eran más que cosas que carreteaba de un apartamento a otro, hasta que se mudó conmigo. La mayoría de mis propias posesiones no tienen sentido.

Mis cuadernos de guiones sí tienen una cierta importancia, supongo, y si muriese alguien podría hojearlos y sus páginas podrían dejar asomar una brizna de mi personalidad. Me gustan mis almohadas, pero solo porque es cómodo dormir en ellas. No son almohadas significativas para mi vida. Tengo libros que leí hace siglos y están ahí, en un estante. Probablemente no sea capaz de dar ni un par de detalles de la trama de ninguno de ellos. Tengo pantalones, vestidos y blusas que no llevo, guardados en el fondo del armario. Cachivaches en el alféizar de la ventana. Un caballo de madera que encontré en una tienda de todo a un dólar. Una caja minúscula que no contiene nada. Objetos que tengo porque los obtuve en algún momento y luego me olvidé de ellos. Se han hecho

invisibles para mí, ya solo forman parte de la forma de la habitación. Pero, si yo falleciese de pronto, todas estas cosas sin sentido pasarían a ser una representación de mí. Madre se pondría el caballo de la tienda de un dólar contra la mejilla y lloraría. A mí me da del todo igual ese caballo estúpido.

Patti y yo nos enviábamos mensajes de texto con frecuencia. Era divertido enterarse de cómo eran sus días de trabajo, de su búsqueda de apartamentos o las noches que pasaba jugando a las tragaperras en el casino. Podía imaginarme todo lo que decía, había estado allí. Era como si aún estuviese con ella. Le dije que vigilase por si veía a Isaac o a los tipos de la casa encantada, pero no vio a nadie. Ningún nuevo encuentro con Dougie, tampoco. Una noche me envió un mensaje sobre un episodio de *Dateline* especialmente emocionante que estaba viendo. Quería que yo también lo mirase, pero no lo encontré en los canales que teníamos, así que me llamó y me lo fue narrando segundo a segundo.

—Dios mío, a esta mujer la apuñalaron tantas veces que la compañera de piso que la encontró pensó que el cuerpo era un montón de ropa sucia.

—Ahora mismo prefiero no escuchar esto. —Notaba un vuelco en el estómago con cada detalle revelado—. ¿Te parece que hablemos mañana?

—Creen que el tipo que lo hizo tenía entrenamiento militar. ¿Te imaginas apuñalar a alguien una y otra vez?

—Por favor, Patti. Me da náuseas.

—Cuarenta y ocho cuchilladas. Qué barbaridad. Prueba de contar a cuarenta y ocho y acuchillar a alguien cada segundo. Eso es lo que hizo este tipo.

Finalmente, interrumpieron el episodio para poner anuncios y conseguí que pasase a hablar de IHOP. Me dijo que las propinas estaban bastante bien y que uno de los jefes tenía halitosis y era un poco altivo. Tenía tendencia a pronunciar las palabras destacándolas. Patti hizo una imitación genial y yo me reí en el teléfono. Me gustó hablar con Patti, después de todo lo de *Dateline*. Éramos como amigas del instituto, charlando por teléfono después de cenar. Demostraba que no conoces de verdad a alguien si no te

esfuerzas de verdad en ello. Yo hacía años que conocía a Patti y nunca habíamos estado tan próximas. Con nuestro viaje, habíamos tirado abajo una pared. Durante los últimos años, mi único amigo había sido Leonard. Aparte de madre, claro. Pero resultaba que Leonard tenía todos esos secretos. Pensaba que habíamos sido íntimos, pero ya no estaba tan segura.

Patti y yo nos despedimos y yo fui a ducharme. Sin Patti para distraerme, me puse de mal humor. No podía lograr que la temperatura del agua fuese la correcta. Todo me irritaba. Tiré la barra de jabón contra la pared y rebotó contra mi espinilla. Dije una palabrota. Cerré el agua y me senté en la bañera. ¿Qué hacía Leonard en aquel pantano? ¿Cómo se había visto mezclado con delincuentes chungos de las cataratas del Niágara, y posiblemente con los rusos? ¿Tenía deudas de juego? ¿En qué estaba Isaac implicado? No me fiaba de él. Pero había llegado a un callejón sin salida. De momento, al menos, el camino a seguir no estaba claro.

No podía abandonar la esperanza. Me puse de pie y volví a abrir el agua. Me daba igual que estuviera un poco fría. No me iba a pasar nada por eso. Solo necesitaba mantener la cabeza serena, encontrar un nuevo empleo, cuidar de madre, terminar el guión, solucionar mi vida, y enseguida conseguiría obtener respuestas. El universo revela sus secretos a aquellos que tienen paciencia. Lo leí en una galleta de la suerte y guardé el papelito en mi monedero. Luego lo perdí, pero el mensaje sigue siendo válido.

24

Una mañana, al despertarme, me encontré con un mapa en la mesa de la cocina. Un mapa de construcción, dibujado a mano en bolígrafo azul, con las distintas secciones y habitaciones etiquetadas. Reconocí al instante la caligrafía de Leonard. En la parte superior de la página, había escrito «Centro de Detención del Sudoeste».

Llamé a la puerta de madre y ella me dejó entrar. Estaba sentada en la cama mirando *Ellen*.

—¿Qué es esto? —le pregunté, enseñando el mapa.

—Lo encontré en la carpeta del *Making Movies*.

—¿*Making Movies*?

—Lo siento, es del grupo Dire Straits. Uno de los discos de Leonard. Lo saqué para enseñártelo, por si te interesaba. No tenía intención de curiosear.

Volví a llevar el mapa a la mesa de la cocina y me senté. Leonard había dibujado un mapa de una cárcel y luego lo había escondido en la carpeta de uno de sus discos. Había dibujado los aparcamientos, la cafetería. Todas las salidas estaban etiquetadas. Las torres de vigilancia. En el pasado, Leonard había trabajado en la construcción algunas veces. Quizá no fuese más que algo del trabajo. Pero entonces, ¿por qué lo conservó? ¿Por qué tuvo necesidad de dibujar el mapa él mismo? Busqué «Centro de Detención del Sudoeste» en Google. La prisión estaba en Windsor. Leonard nunca había vivido en Windsor, que yo supiese. Guardé el mapa en mi cuaderno de guiones.

Encendí el hervidor de agua para preparar té y puse una magdalena de maíz de la nevera en un plato. Mientras esperaba a que el agua hirviese, pensé en el mapa de la cárcel. ¿Qué más

habría ocultado Leonard en la casa?, me pregunté. Podía haber otros mapas secretos, notas, quizá incluso un diario. Algo que arrojase luz sobre lo que le había sucedido.

Empecé por su caja de discos. Solo había una veintena de álbumes o así. Saqué cada disco de su funda y esperé por si caía algún papel suelto, pero no apareció nada, aparte de algunas hojas con letras. Luego pasé a su ropa. Comprobé los bolsillos de sus vaqueros, sus chaquetas, sus bermudas. En un bolsillo había un billete de autobús viejo; en otro, un caramelo para la tos. Pero ninguna nota. Revolví sus cajas, miré dentro de sus zapatos. Nada.

Salí al camino de entrada y entré en el Toyota Yaris de Leonard. Ya lo había revisado antes, cuando la policía lo trajo de vuelta a casa, pero aquella vez lo había hecho sin intención. Me había limitado a abrir la guantera y echar una ojeada en el maletero. Pero esta vez pensaba ser exhaustiva. Rebusqué bajo los asientos y encontré un tubo de Smarties aplanado con un Smartie. Saqué todo el contenido de la guantera. Miré entre las páginas del manual de usuario, e incluso dentro del agujero de las pilas de la linterna de Leonard. Entonces abrí el maletero. Un neumático de recambio, dos bolsas de la compra de tela y un paquete de calcetines que Leonard tenía intención de devolver porque resultó que eran de tamaño infantil. Lo saqué todo al camino e incluso agité el neumático, esperando que alguna nota reveladora cayese flotando a mis pies. Mirando dentro del maletero vacío, vi que el forro estaba roto en el lado izquierdo. Había sido reparado con cinta.

Tiré del forro —después de quitar la cinta, no me costó ningún esfuerzo— y noté que el fondo del maletero estaba hecho de madera, lo que me pareció extraño. Había una portilla rectangular, del tamaño de la puerta de un microondas, cortada en la madera. La abrí, haciendo palanca con mis llaves, y aparté el delgado rectángulo de madera. Vi un destello en la oscuridad. Leonard había construido un doble fondo de madera y lo había colocado en el maletero, creando así un compartimiento secreto.

Utilicé la linterna de mi teléfono para iluminar ese compartimiento. Lo primero que vi fue un maletín negro pequeño. Lo saqué, lo puse al lado. Pesado para su tamaño. Me incliné hacia el interior del maletero, metí la mano en el hueco y saqué un sobre marrón, un mapa y un espray antiosos. «¿Para qué demonios iba a

necesitar Leonard un espray antiosos?», pensé. Y más importante, ¿por qué lo escondía? Abrí el maletín negro. Dentro, rodeada de espuma negra, había una pistola.

Cerré el maletín y lo volví a dejar dentro del maletero. Me di la vuelta y miré la calle. No había nadie por allí. Nadie había visto la pistola. O eso me pareció, vamos. Leonard tenía una puta pistola. Oculta en el maletero de nuestro coche. No podía ser legal. Estaba metido en algo, eso seguro, y muy metido. Volví a meter el maletín y el espray antiosos en el compartimiento secreto y volví a poner la portilla de madera en su sitio. Recoloqué el forro y volví a pegar la cinta. También volví a poner en el maletero la rueda de repuesto, las bolsas de compra y los calcetines y cerré el portón. Me llevé el mapa y el sobre marrón.

Cogí la magdalena de maíz del plato donde la había puesto. Fui a mi habitación y cerré la puerta con el pestillo. Primero, desplegué el mapa y lo estiré sobre la cama.

Pantano de Morrison.

Este mapa no estaba dibujado a mano, como el de la prisión. Parecía impreso por ordenador. En una hoja de papel grande, del tamaño de un mapa de carreteras. Leonard la debió haber hecho imprimir en Kinko's. O quizá vino de la biblioteca. Ahí estaba dibujado. El pantano de Morrison, el lugar donde murió mi marido. En el mapa había dibujado un círculo con rotulador negro. Parecía ser justo donde se encontró el cuerpo de Leonard.

Mi garganta emitió un lamento involuntario. Me puse a llorar. Tenía la boca llena de magdalena y escupí migas por todo el mapa. Lo empujé fuera de la cama y me tumbé boca abajo en el edredón. Babeando pasta de magdalena en la cama. Gimiendo, llorando. No podía parar. No tenía ningún sentido. ¿Qué es lo que estaba haciendo Leonard? Era como si lo tuviese todo planeado. Como si supiese que iba a conducir a ese lugar exacto y a matarse. No me había dicho nada a mí, solo siguió adelante con sus planes secretos. Ninguna nota. Me dejó del todo ignorante.

A menos que, pensé yo, el círculo negro del mapa fuese un punto de encuentro. Quizá tenía deudas de juego y los delincuentes a los que les debía dinero le habían dado una fecha límite y una ubicación para llevar a cabo la transacción. Querían que fuese a un lugar remoto y boscoso, con un sobre de dinero, y resolver la

cuestión en secreto. Y allí fue el pobre, ingenuo, Leonard.

Me senté erguida y abrí el sobre marrón. El dinero que se suponía que debía darles a los matones, me figuré. Pero no era dinero, sino un montón de recibos. Casi tres centímetros, atadas con una goma elástica. El primero era de un Wal-Mart en St. Catharines, con fecha diez de marzo:

Pepsi 2L X12
Agua Nestlé pack de 12
Tabletas Gravol X2
Toallitas de papel PC pack de 6 X2

Otra era de un No Frills de St. Catharines, veintidós de enero:

Garbanzos x10
Combinado de judías x10
Alubias x10
Agua Nestlé pack de 12
Ginger Ale PC X2
Papel de WC Pack de 12 X3

Otro era de un Canadian Tire de Hamilton, diecinueve de noviembre:

Pala HMK mango en L
Kit combinado taladro y sierra circular inalámbrica Black 8c Decker 20V Max Li-Ion
Guantes de jardinería con revestimiento de PVC

Había unas cuantas más así, de diversas fechas. ¿Por qué compraría Leonard estas cosas? ¿Por qué ocultó los recibos? Alimentos, artículos de limpieza, herramientas. Esas cosas no las había traído a casa. La mayor parte de recibos eran de gasolina. Había llenado el depósito en varias estaciones de servicio de camino

a las cataratas del Niágara, o al pantano de Morrison. En una de ellas, justo a las afueras de St. Catharines, había estado seis veces. El recibo más viejo del montón, de un depósito lleno en Grimsby, era del último mes de julio. Leonard había estado viviendo una vida secreta durante, al menos, un año.

Puse el mapa del pantano y los recibos en mi cuaderno de guiones, con el mapa de la prisión, y fui al baño. Me lavé la cara, bebí unos tragos de agua templada del grifo. Me senté en el WC. Oía a madre tocando la armónica al otro lado de la pared. Sonaba un disco de fondo. The Beach Boys. *All Summer Long*. Madre tocaba desafinada. Volví a abrir el grifo y dejé correr el agua ruidosamente desagüe abajo.

No me quitaba de la cabeza la pistola en el maletín negro. Traté de mirar la tele, pero solo veía la pistola flotando delante de la pantalla. Llamar a la policía parecía lo adecuado. Que se encargaran ellos. Pero mi investigación parecía volver a tomar forma. Tenía pruebas nuevas. Quizá necesitase volver a las cataratas. No podía dejar que los polis lo enredaran todo. Leonard no les importaba. Pondrían sobre aviso a Isaac, a los hombres del casino y a los rusos y ahí se acabaría mi búsqueda. Además, a lo mejor me metía en problemas por culpa de la pistola. Puede que me acusaran de disparar a Leonard. Probablemente no, pero la cuestión es que no estaba segura de qué hacer, solo de que tenía que hacer algo.

Llamé a Patti. No contestó. Probablemente estuviera trabajando. Le envié un mensaje diciéndole que me llamase lo antes posible. Miré la tele con madre. Ponían *Y entonces llegó ella*. Madre pasaba de la serie a un concurso de citas. Yo no prestaba atención. Me dormí mi ratito. Cuando me desperté, madre también estaba dormida. Se había estado comiendo un bocadillo, y tenía un trozo de lechuga en el cuello. No tenía llamadas perdidas.

Patti no me devolvió la llamada hasta las siete y media de la tarde. A esas alturas, yo estaba hecha un manojo de nervios, inquieta por lo que había descubierto en el maletero de Leonard, pero también preocupada por Patti. Pensé que era posible que

Dougie hubiese hecho alguna cosa. Pero Patti se encontraba bien. Había trabajado un doble turno. Dejé que descargara parte de su estrés escuchando algunos de sus relatos de terror del IHOP durante un par de minutos, y luego la corté y le conté mis noticias. Se lo dije todo: lo de la pistola, lo de los recibos, lo de los mapas.

—Recuerdo que, no hace mucho, vi un episodio de *Dateline* sobre algo parecido. El asesino tenía espray antiosos también. Qué locura.

—Leonard no era un asesino.

—Pero lo que es realmente importante aquí son los recibos. ¿Sabes lo que tendrías que hacer? Coger el coche mañana mismo y venir a las cataratas. De camino, te puedes parar en todos esos sitios. Las gasolineras. El Canadian Tire. Enseñar a los cajeros una foto de Leonard, a ver si lo reconocen. Nunca se sabe, a lo mejor te dicen algo. Puede que vieran algo.

—Supongo que podría usar el coche de Leonard.

—Eso es, puedes usar el coche de Leonard. Pero antes, yo me libraría de la pistola.

—Lo puedo esconder debajo del porche o así.

—Exacto. Mete la pistola bajo el porche, toma el coche, ven hacia aquí, enseña la foto de Leonard de camino. Yo trabajo hasta mediodía, así que puedes venir entonces. Recógeme en el trabajo. Tendré un montón de tortitas esperándote. Dios mío, esto se está animando de verdad. Pensaba que sería por el teléfono de Isaac, pero supongo que era un callejón sin salida. Qué bien que tu madre encontrara ese mapa.

—Pues sí. Ha salvado la investigación. Por cierto, ¿finalmente qué hiciste con el teléfono? ¿Se lo enviaste por correo de forma anónima?

—¿Lo dices en serio? —preguntó Patti.

—Sí, ¿qué hiciste con él?

—Colleen, te lo metí en el bolso. ¿No lo encontraste?

—¿Cómo dices?

—En el hotel, antes de que te fueras. Puse el teléfono de Isaac en tu mochila. Estabas diciendo que llegaríamos a un callejón sin salida. Pensaba que habría algo en el teléfono que te ayudaría a averiguar por dónde seguir buscando.

—¡Te dije que te libraras de él! Por Dios, ¿tengo el teléfono de

Isaac en mi casa ahora mismo?

—Supuse que lo habrías revisado y que no habrías encontrado nada.

—Tengo que llevarlo a alguna parte. Mierda. ¿Y si Isaac fue a la policía y lo han rastreado hasta mi casa?

—La poli tiene mejores cosas que hacer que buscar teléfonos perdidos. En todo caso, puedes librarte de él mañana, cuando vengas. Ya que lo has tenido hasta ahora, deberías cargarlo y ver qué tiene dentro antes de salir.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Supongo que sí puedo. Mierda. Vale, te tengo que dejar.

—¿Nos vemos mañana?

—Nos vemos mañana.

Colgué y saqué la mochila del armario. En efecto, el teléfono móvil de Isaac estaba metido en el fondo. Un modelo antiguo, con botones físicos debajo de la pantalla. La batería estaba descargada. El cargador de mi teléfono no encajaba, pero el de madre sí. Lo enchufé y apareció en pantalla el icono de una batería, con un pequeño rayo que indicaba que se estaba cargando. Probé todos los botones, pero fui incapaz de averiguar la manera de salir de esta pantalla y revisar el contenido del teléfono. Parece que iba a tener que esperar. Mientras, cargué *La isla de los renos*.

25

Heartsong estaba de pie en la playa, mirando hacia el agua. Pequeñas olas rompían en la orilla, bajo la luz de la lima. «¿Dónde se supone que se encuentra esta isla?», pensé. En algún lugar tropical, eso era obvio. Pero ¿en la Tierra? ¿O en algún planeta mormón? Quizá en otra dimensión. En el más allá.

Heartsong trotó a lo largo de la playa y atravesó el arco de marfil hacia el poblado Kolob. Una reluciente corriente de agua verde serpenteaba a través del poblado y Heartsong tuvo que pasar por varios pintorescos puentes. Todo estaba en silencio. Llevaba unos minutos paseando por la *Isla de los renos* y aún no me había cruzado con ningún otro jugador. Quería encontrarme con Bonsái; puede que tuviera otro mensaje para mí.

Heartsong entró en la plaza del pueblo, donde se hallaba una estatua dorada de un reno. Las patas se alzaban como secuoyas californianas; la cabeza tenía el tamaño de una pequeña casa. Era hermoso de verdad. Como una pintura interactiva, o un sueño lúcido. No era sobrecogedor como lo era la catarata Horseshoe, pero lo era, en cierto modo. Me invadió una sensación parecida. El mundo era bello y tenía sentido. Aunque estuviera mirando píxeles en una pantalla, puestos allí por un diseñador de juegos religioso. Esos píxeles seguían formando parte real del mundo, y seguían siendo hermosos. Me pregunté si Leonard había estado de pie en el mismo lugar, mirando arriba y admirando la enorme estatua. Sí, seguro que sí. En momentos así, viviendo experiencias que él había vivido, me sentía muy cercana a él. Como al ver por primera vez la casa donde había crecido tu abuela; te imaginas cómo debió ser para ella corretear por el patio en unas diminutas botás de agua, en otra época, y tu comprensión se hace más profunda.

Me quedé mirando la pantalla, con una sensación mixta de alegría y angustia dando vueltas en el estómago, cuando el teléfono de Isaac vibró en el rincón. Cerré la tapa del portátil y me acerqué. El teléfono mostraba la pantalla de inicio. Abrí la lista de contactos de Isaac, preguntándome si Leonard estaría en ella, pero no había ningún nombre en ella. El historial de llamadas también estaba vacío. Nada de mensajes de texto, ni aplicaciones de redes sociales. Nada de fotos. Parecía que el teléfono no se hubiera utilizado nunca, pero era extraño, siendo tan viejo. Lo único que pude encontrar fue un archivo de vídeo. De una duración de unos cuatro minutos. Lo abrí.

La persona que lo filmó caminaba por un bosque. Una luz tenue se filtraba por entre los árboles. Se oían ramitas rompiéndose; la persona no seguía camino o pista de ninguna clase. El cuadro iba rebotando arriba y abajo a cada paso. La persona dejó de caminar y, fuera de pantalla, empezó a hablar.

—Estamos aquí —dijo la voz—. Mira el árbol con el gran nudo en el tronco.

Era la voz de Leonard.

Puse el vídeo en pausa. Retrocedí al principio y miré la cámara subir y bajar a través del bosque.

—Estamos aquí. Mira el árbol con el gran nudo en el tronco.

Volví a poner el vídeo en pausa. Mi marido había grabado aquel vídeo. Pero ¿por qué? ¿Y por qué lo tenía Isaac en su teléfono? A menos que en realidad fuera de Leonard, un prepago. Como los que usan los traficantes de droga en las series de la tele, y probablemente también en la vida real. Isaac podría haber matado a Leonard y luego cogerlo de su bolsillo. Era impactante volver a oír su voz. No tenía ninguna grabación suya que escuchar después de que falleciese. Si llamabas a su buzón de voz, apenas murmuraba su nombre. Intenté hacerlo unas cuantas veces, pero no era demasiado satisfactorio. Ahora tenía frases enteras. Era como si mi Leonard estuviera en la habitación conmigo. Me eché a llorar. Empecé a toser. Volví al inicio del vídeo. Esta vez lo dejé terminar.

—Estamos aquí. Mira el árbol con el gran nudo en el tronco. Unos metros más atrás y un poco a la derecha está la puerta.

Vamos.

La cámara volvía a avanzar, más allá del árbol y a la derecha. Se desplazaba abajo. Una mano —la mano de Leonard, con un guante marrón— se alargaba hacia un trozo de césped. Se movía por el suelo, buscando algo. Leonard tiraba de la hierba, a lo largo de una junta. Era como una alfombra. Leonard quitaba la hierba hacia atrás, descubriendo una plancha de madera. Había un pestillo metálico en uno de los lados. Leonard lo desplazó, abriéndolo.

—Necesito usar las dos manos —dijo.

Puso la cámara en el suelo, mirando hacia la bóveda de pinos. El diminuto altavoz del teléfono dejó oír un crujido distorsionado, seguido por un golpe sordo. Leonard recogió la cámara y la volvió a dirigir al suelo. Allí donde había retirado la hierba, había una abertura cuadrada en el suelo. Del tamaño de mi tele, más o menos. La plancha de madera era una portilla, montada con goznes, que ahora estaba abierta. Estaba sobre la alfombra de hierba, al otro lado de la abertura.

—Ahí está —dijo Leonard mientras apuntaba la cámara al hueco. Veía el perfil tenue de una escalera de mano adentrándose en la oscuridad—. Aún faltan unos meses, pero quería que lo vieras. Para darte una idea. Vamos a bajar.

La cámara giró con rapidez y todo se hizo oscuro. Algunos ruidos distorsionados, como si el micrófono rascase contra algo. Supuse que se había puesto el teléfono en el bolsillo mientras bajaba al hoyo. No pasó nada durante diez segundos o más. Me quedé mirando la pantalla oscura, secándome las lágrimas de los ojos. Nada de lo que había visto hasta ahora tenía sentido.

Se encendió una luz y la cámara se ajustó. Veía estantes de madera cargados de latas de alimentos. Botellas de dos litros de Pepsi. Paquetes de botellas de agua envueltos en plástico. La sombra deformada de Leonard proyectada sobre los diversos paquetes y latas.

—De acuerdo, aquí hay una zona de almacenamiento nada más bajar. Hay mucho espacio junto al generador, lo verás más adelante. Pero vamos al otro cuarto y te enseñaré lo que aún falta por hacer.

La cámara giró y apuntó durante un momento escalera arriba, al lugar por donde Leonard acababa de bajar. Volvió a apuntar hacia los estantes y se desplazó para mostrar un estrecho pasillo. En

ambos extremos había bombillas fijadas a vigas de madera.

—Aquí vas a tener que agacharte. Te acostumbrarás. —La cámara serpenteó por el corredor y entró en otra pequeña habitación. Leonard alargó la mano hacia arriba y encendió una luz. Otro estante con suministros. Cubos y bolsas de basura de plástico por el suelo. La cámara se volvió entonces hacia un banco fijado a la pared izquierda—. Este será tu camastro. Quizá sea un poco estrecha, pero probablemente ya estés acostumbrado. Y puedo añadir una cortina de ducha para darte un poco de privacidad. En la Prisión del Suroeste no tienes una cosa así. Muy bien, ahora mira esto.

La cámara se desplazó a la pared opuesta. Había una sábana —una de las de madre— colgada de las esquinas. La del estampado de flores silvestres. Leonard alargó la mano y la apartó. En la pared había un soporte para armas. Había tres armas en él: reconocí el fusil de caza del padre de Leonard, una vieja escopeta que no había visto nunca y una especie de arma de asalto, como las que usan en el ejército. Era enorme.

—Un buen principio, ¿no? Aún hay mucho por hacer, pero te puedes hacer a la idea. Quedan más de cuatrocientos kilos de suministros, y traigo una media de unos cuarenta kilos por semana. Unos cuantos viajes más y entonces tendré que reforzar algunas de las vigas. Haré una comprobación de seguridad antes de que vengas. Más almacenamiento y el generador de arriba, pero a eso aún le falta trabajo. Lo verás más tarde. En fin, ese es el punto en el que estamos.

El vídeo se cortaba ahí.

26

Apenas dormí. Me forcé a tumbarme sobre el edredón de mi cama unas cuantas horas, pero no hacía más que despertarme de golpe, asustada. La camiseta que llevaba para dormir estaba empapada de sudor. Esa noche, debí de mirar el vídeo cincuenta veces.

En algún momento, mientras miraba el vídeo del búnquer de Leonard una y otra vez, saqué el mapa del pantano de Morrison de mi cuaderno de guiones. Me quedé mirando el círculo negro, marcado cerca del punto donde habían encontrado el cuerpo de Leonard. A lo mejor no era un lugar de encuentro. Quizá marcaba la ubicación del búnquer. La portilla secreta, donde se retiraba la hierba y se bajaba por una escalera de mano al escondrijo de Leonard. Los polis no lo habían encontrado; si no, me lo habrían dicho. Tenía que bajar ahí. Es donde estaban mis respuestas. Al día siguiente iba hacia las cataratas del Niágara. Cuando llamé a Patti para contarle lo del vídeo, estuvo de acuerdo; por la mañana, conduciría hacia el IHOP de Patti, la recogería e iríamos directas al pantano.

Otro de los detalles del vídeo que me estuvo atormentando esa noche, tumbada en la cama, con un torbellino de pensamientos obsesionándome en la oscuridad, fue el hecho de que Leonard mencionase la prisión del Suroeste.

«Puedo añadir una cortina de ducha para darte un poco de privacidad» dijo, con la cámara mirando hacia un pequeño camastro. «En la Prisión del Suroeste no tienes una cosa así».

El mapa dibujado a mano que madre encontró en el álbum de Dire Straits de Leonard era de la prisión del Suroeste, en Windsor. Leonard había hecho el vídeo para un ex-preso. Estaba planeando

traer a un preso, a un criminal, a su escondite en el bosque. Como uno de los timadores rusos. Quizá el hombre al que se llevaban los polis en la fotografía del *Metro*. Podía ser el asesino de Leonard. Y era posible que aún estuviese ahí abajo. Tenía que andarme con cuidado. Pero, fuera quien fuese y fuera lo que fuese aquello en lo que Leonard se había visto mezclado, la verdad se hallaba bajo tierra, en el pantano de Morrison. Una parte de mí quería ponerse en marcha enseguida, en mitad de la noche. Tomar el coche de inmediato, con una linterna, y encontrar la puerta secreta. Poner fin a toda la historia. Pero no quería preocupar a madre desapareciendo de noche, y necesitaba dormir al menos unas horas. El búnquer de Leonard me estaría esperando al día siguiente. Y tenía la esperanza de que estuviera desocupado.

Por la mañana, preparé tostadas y té para madre y para mí. Nos sentamos frente a la tele. Estaban poniendo otra vez *Y entonces llegó ella*. Siempre estaban poniendo *Y entonces llegó ella*.

—Anoche hablé con Patti —dije yo—. Quiere que vaya a ayudarla a buscar apartamento. ¿No te importa que vaya hoy en coche allí? Volveré esta noche. Mañana, como máximo.

—Sí que pasas tiempo en las cataratas del Niágara —dijo madre.

—¿Algún problema?

—No, solo decía…

—Porque, en realidad, no es asunto tuyo. Si paso un tiempo fuera, ¿qué pasa? Nunca voy a ninguna parte.

—No lo decía en ese sentido.

—¿En qué sentido lo decías, pues? Soy adulta, por Dios. No puedo quedarme aquí metida haciéndote de niñera todo el día, todos los días. Es ridículo.

—Oh, Colleen —dijo madre. Inclinó la cabeza hacia el pecho. Una lágrima cayó por su mejilla. Empezó a balancearse adelante y atrás en la silla.

—No voy a caer en esta trampa —le dije. La miré desde arriba, mientras mascaba un trozo de tostada—. No puedes juzgarme primero y luego hacerte la víctima. Eso sí que no.

Madre siguió con sus ligeras convulsiones en el asiento. Babas en la barbilla. Me puse de pie y salí de malas maneras para ir a hacer

el equipaje a mi dormitorio.

—Volveré esta noche —grité desde el otro lado de mi puerta cerrada—. Mañana, como máximo. No te pasará nada. —Metí en la mochila los mismos vaqueros, camisetas, ropa interior y otras piezas de ropa que me había llevado en los otros viajes, y también mi cuaderno de guiones, con los mapas y los recibos de Leonard metidos entre las páginas.

Encontré una bolsa para regalos a rayas en el armario de manualidades de madre. Lo cogí también, salí al camino y abrí el maletero del coche de Leonard. Tiré del forro y abrí el compartimiento secreto con las llaves. Puse el maletín de la pistola y el espray antiosos en la bolsa de regalo y volví a colocar el doble fondo y el forro. Puse la bolsa de regalo debajo de mi cama. Más tarde ya me encargaría de la pistola, la llevaría a la comisaría. Cuando hubiese terminado mi investigación.

—De todos modos, ¿estarás bien? —pregunté, volviendo al salón, con la mochila colgando del hombro y las llaves del coche de Leonard apretadas en el puño.

La silla de madre estaba vacía.

—¿Madre? —Fui a su dormitorio, pero no había nadie. Comprobé el armario. Tampoco estaba en la bañera, ni en el lavadero. Todos sus escondites habituales estaban vacíos. Y entonces vi su albornoz blanco por la ventana de la cocina. Madre estaba en el patio trasero, de puntillas, mirando el otro lado de la valla. Salí.

—¿Qué estás haciendo?

—He hecho una tontería, Colleen. Soy demasiado estúpida para este mundo.

—Lo siento, madre. No pasa nada. No tenía intención de ser brusca contigo.

—No, es que he tirado la armónica al otro lado de la valla. Creo que está debajo de esa furgoneta blanca.

Me acerqué a la valla y miré hacia el aparcamiento de The Blue Drop. Había una furgoneta blanca aparcada junto al contenedor.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer una cosa así?

—Estaba disgustada conmigo misma por lo que he dicho.

—No has dicho nada. Lo siento, madre. Estaba descargando sobre ti algo que no tenía nada que ver contigo.

—Bueno, lo siento de todos modos. ¿Cuándo te vas?

—Primero, vamos a buscar tu armónica. Luego ya me iré.

Después de veinte minutos de búsqueda, no pudimos encontrar la armónica. Madre quería comprar una nueva de inmediato, así que me aseguré de que tenía dinero para el taxi de vuelta y la dejé en una tienda de música de camino fuera de la ciudad.

Superé el tráfico de Mimico y salí a la autopista. Encendí la radio y escuché una canción de Rihanna, acompañándola con movimientos de cabeza. Después pusieron un agresivo anuncio, así que cambié de emisora hasta que encontré una en la que ponían *rock* clásico. No sabía cómo sonaban Dire Straits, pero el grupo que tocaba parecía que pudiese ser Dire Straits. Tamborileé con los dedos en el volante. No tenía por qué escuchar horribles historias de tiroteos en escuelas. Ahora, el control era mío.

Tomé la misma ruta que el autobús. Reconocí escenas de mis otros viajes: una valla publicitaria vacía en Burlington; un concesionario de coches con una paloma hinchable con aspecto jorobado y enfermizo en el tejado, un grafiti en un puente cerca de Hamilton que decía «a la mierda la magia».

La sensación de volver a conducir el coche de Leonard era extraña. Como jugar con su personaje en *La isla de los renos*. Era como sí una parte de él siguiera aún viva. Como si su espíritu estuviese dentro de mí cuando pisaba el acelerador y cambiaba de carril. O, a lo mejor, su espíritu estaba en el propio coche. No sé, más que una teoría bien reflexionada era una sensación rara.

Encontré la estación de servicio donde, según los recibos de Leonard, se había parado seis veces, a las afueras de St. Catharines. Tenía que poner gasolina de todos modos. Cuando entré para pagar, abrí una foto de Leonard en el teléfono. La del cumpleaños de Denny. Se la enseñé al cajero.

—¿Reconoce a este hombre?

El cajero entornó los ojos y miró al teléfono.

—¿Quién es usted?

—¿Eso quiere decir que lo ha visto antes?

—No, quiere decir que le pregunto quién es usted.

—Soy Annie.

—Quiero decir si es policía.
—No.
—Entonces, ¿quién es?
—Se lo acabo de decir, soy Annie.
—¿Y quién diablos es Annie?
—Annie es Annie.
—Eso ya lo sé, pero ¿es policía?
—Ya le he dicho que no.
—De acuerdo, pero entonces ¿quién es usted?

Le quité el teléfono de las manos y me fui. Yo sabía que no importaba si aquel idiota había visto o no a Leonard. Todo lo que necesitaba estaría dentro del búnquer.

Cuando llegué por fin a las cataratas del Niágara, fui directa al IHOP donde trabajaba Patti. Le envié un mensaje de texto desde el aparcamiento. Ella me llamó de inmediato.

—Estoy en el hotel. Tuve que irme pronto. Dougie volvió a venir al restaurante.

—¿Aún está aquí? ¿Qué pasó?

—Está chalado. No pasó nada. Lo vi entrar por la puerta de delante antes de que me descubriera. Me escabullí por la puerta de atrás y tomé un taxi hasta aquí. No puedo seguir haciendo esto. Me van a despedir.

—Estarían locos si te despidiesen. No te preocupes. Ahora llego.

—Ten cuidado, vigila si ves a Dougie.

Conduje hacia el Captain's Inn, pero aparqué detrás de una camioneta de *camping* en el hotel del otro lado de la calle, por si Dougie, de algún modo, reconocía el coche de Leonard. Crucé y fui a la habitación de Patti. Abrió la puerta; llevaba la camiseta de IHOP. Me encantó volverla a ver. Habíamos pasado por muchas cosas juntas. La rodeé con los brazos, y ella se puso rígida. No me importó.

—¿No has visto a Dougie? —Patti se sentó en la cama y bajó el volumen de la tele. Un vídeo de los atentados del 11 de septiembre, tomado con un teléfono móvil. Las torres gemelas humeando, una

multitud de personas huyendo.

—Todo despejado. —Me senté frente al pequeño escritorio de madera que había junto a la tele. Había una toalla mojada colgando del respaldo de la silla, así que tuve que inclinarme hacia delante.

—Déjame ver ese vídeo tuyo —dijo Patti. Lo cargué y le pasé el teléfono. Lo miró, con los ojos muy abiertos y una expresión de incredulidad.

—Esto es una puta locura. ¿Ese es Leonard?

—Sí, es el que filma el vídeo.

—Es demencial. Construyó una fortaleza subterránea en el bosque. ¿Dónde dices que está?

—Estoy bastante segura de que es el pantano de Morrison. Cerca de donde encontraron su cuerpo. Mira esto. —Le enseñé a Patti el mapa del pantano, con el círculo negro.

—¿Y si hay alguien viviendo ahí abajo? —preguntó Patti—. Con todas esas armas. Esto podría ser peligroso.

—Dudo que haya nadie allá ahora mismo. Solo habrá que tener cuidado. Abriremos la puerta y escucharemos. Gritaremos algo antes de bajar. No sé. Probablemente no haya nadie ahí dentro.

—Me siento como si estuviera en *Dateline*.

—Esto es serio, Patti.

—Y *Dateline* también.

Patti se quitó su uniforme de trabajo, se vistió y cruzamos la calle hacia mi coche. Patti quería conducir, pero yo insistí en ser yo la que nos llevara allí. Esta misión era mía. La dejé juguetear con la radio.

Condujimos hacia el sur. Estaba a una media hora de distancia de las cataratas. Yo nunca había estado en el pantano de Morrison. Había pensado en visitarlo después de la muerte de Leonard. Pensé que quizá me ayudaría en el proceso de duelo, ver el lugar mismo donde lo encontraron, pero finalmente decidí no hacerlo. El pantano no tenía nada que ver con la vida de Leonard. Eso era lo único que me importaba: mi marido vivo. Los recuerdos compartidos, las risas. No su sombría muerte. No, gracias. Pero ahora, después de todo lo que había averiguado en las últimas semanas, era necesario un viaje al pantano de Morrison.

—¿Has visto ese Honda Civic negro, unos coches por detrás de nosotros? —dijo Patti.

Estábamos saliendo de Welland. Miré por el retrovisor.

—¿Sí?

—Ya lleva un rato ahí. Lo vi cuando salíamos.

—¿Crees que nos está siguiendo?

—No sé, a lo mejor.

—Seguro que no pasa nada. Venga, pararé en el Wendy's que hay un poco más allá. Veremos si para también.

Paramos en el aparcamiento del Wendy's y vimos que el Civic negro seguía adelante.

—Ya ves —dije. Di una palmada—. Ya no está. Todo bien.

Patti pareció satisfecha, pero ahora era yo la que le daba vueltas a la cabeza. ¿Y si era verdad que alguien trataba de seguirnos? Como uno de los tipos de Mayhem Manor, o algún agente ruso. O un exconvicto con una reserva de armas amontonada en el asiento del copiloto. Fuera lo que fuese, el coche negro ya no estaba. Me volví a incorporar a la autopista y seguí camino hacia el pantano. Miraba por el retrovisor cada varios minutos, pero no parecía que nadie nos estuviese siguiendo. El coche negro no volvió a aparecer. Pero, de todas maneras, agarraba el volante como si estuviese colgando de una cornisa.

27

Salimos de la autopista y aparcamos en la misma vía de servicio en la que la policía había encontrado el coche de Leonard. Un denso bosque la rodeaba por ambos lados. No había otros vehículos a la vista. Saqué el mapa del pantano y determiné dónde estábamos en relación con el círculo negro.

—Debe de ser una caminata de unos veinte minutos —señalé.

—¿No puedes aparcar más cerca?

—Este es el lugar más cercano.

—Parece el sitio donde un asesino en serie llevaría a sus víctimas para liquidarlas.

—¡Patti!

—No quiero decir que fuera eso lo que le pasase a Leonard. Es solo que me recuerda a cuando una chica se mete en el coche de un extraño en una película, y entonces se da cuenta de que el tipo va por un camino equivocado y acaban en un sitio como este. No estoy hablando de Leonard.

Salimos del coche y empezamos a internarnos en el bosque. Mosquitos y moscas zumbaban a nuestro alrededor. Por lo que yo veía, no había un camino. Sin embargo, en la distancia, a través de los árboles, veía el borde de una gran poza. Después de rodearla hasta su extremo norte, el lugar marcado con un círculo en el mapa de Leonard estaría a medio kilómetro al este.

—Un momento —dijo Patti. Estábamos a unos seis metros de la carretera.

Se puso la mano en la oreja.

—¿Qué? —dije yo, pero al instante oí a qué se estaba refiriendo. Un vehículo que venía por la vía de servicio.

—Ponte detrás de un árbol —dijo Patti—. Por si acaso. —Me

puse de pie detrás de un árbol.

Al cabo de unos segundos, un coche entró en nuestro campo visual. Un Honda Civic negro. El coche que habíamos perdido en el Wendy's. Redujo la marcha y se detuvo detrás del coche de Leonard. Miré a Patti, que estaba espiando desde detrás de su árbol. El conductor bajó del coche y cerró la puerta de un portazo. Era Dougie. Se acercó al coche de Leonard y miró por la ventanilla del conductor.

—Patti —susurré.

Ella me miró.

—Corre —dijo.

No me parecía el más brillante de los planes; si nos manteníamos ocultas, seguro que Dougie no nos vería; pero Patti ya estaba atravesando los arbustos a toda velocidad. Yo salí corriendo detrás de ella.

Las ramas y las hojas me golpeaban la cara. El suelo estaba resbaladizo por el barro u obstruido por raíces, follaje y22 7residuos del bosque, pero Patti y yo seguimos adelante. El sol no caía sobre nosotras como lo había hecho en la carretera, pero el aire del bosque era húmedo y denso. Era como si me estuviesen cociendo dentro de una bolsa. Miré hacia atrás unas cuantas veces, pero no vi a Dougie. No sabía si él nos había oído salir corriendo y nos había seguido atravesando la zona pantanosa, o si ya se había rendido, había tomado el coche y se había ido. Era mejor dejar una cierta distancia entre nosotros y la carretera antes de hacerse esa pregunta. Entramos corriendo en un sendero accidentado de camino a la poza.

—Ve a la izquierda —le grité a Patti. Giramos a la izquierda y seguimos corriendo por el camino.

Cuando llegamos a la orilla norte de la poza, observé que nos acercábamos a un pequeño grupo de pinos, junto al camino. Di un chillido para captar la atención de Patti y señalé hacia los pinos. Ella captó la idea, salimos y nos ocultamos bajo uno de los pinos. Era imposible vemos a través de la espesura de agujas de pino, a menos que nos estuviesen buscando expresamente allí, pero nosotras sí veíamos hacia el exterior. Observamos el camino y

recuperamos el aliento.

—Era Dougie —susurró Patti.

—Ya lo sé.

—¿De quién era el coche que llevaba?

—No lo sé.

—¿Crees que nos ha visto?

—No lo sé.

—Mierda.

—Sí, ya lo sé.

Esperamos en silencio durante unos diez minutos. Ni rastro de Dougie. Con cuidado, salimos de debajo de los pinos y avanzamos hacia el este. Esta vez, yo iba delante. Esperaba que hacia el búnquer. Caminábamos con cuidado, evitando las ramitas, si era posible. Atentas por si oíamos a Dougie. Mirando por encima del hombro. Sin hacer caso de las moscas ni de los mosquitos.

El camino desapareció y continuamos por entre los arbustos. Yo sabía lo que buscaba: la entrada al búnquer de Leonard estaba al final de una pendiente. Veía los árboles inclinados hacia arriba en la distancia, a nuestra izquierda. Cuando llegamos al final de la colina, me puse a buscar el árbol con el gran nudo en el tronco que aparecía en el vídeo de Leonard.

Mientras nos movíamos en el bosque, tomé consciencia de pronto de dónde estaba. Cerca del lugar donde Leonard había muerto. Allí había pasado sus últimos momentos, pensé. Quizá estaba pisando en el lugar exacto en el que había exhalado su último suspiro. Me puse a caminar más lento. Patti chocó contra mí.

—Lo siento —me disculpé, dándome la vuelta—. Estaba pensando en cómo Leonard…

—¡Anda, camina de una vez! —respondió Patti.

Patti vio el árbol del nudo antes que yo. Desde que llegamos a la pendiente, había estado fijándome en cada árbol, pero se me había pasado. Patti dio un silbido y lo señaló. Caminamos colina arriba hacia el árbol del nudo, seguimos andando unos metros más allá y a la derecha del árbol y miramos hacia abajo, como había hecho la cámara. Ahí estaba el trozo de terreno con hierba.

Me puse de rodillas y hundí las manos en la hierba. Moví las manos hasta encontrar el borde de la cubierta y tiré hacia atrás. Como había hecho Leonard. Ahí estaba la portilla de madera de

entrada al búnquer.

—Esta es —dije yo—. Dios mío. Tú no crees que haya nadie ahí abajo, ¿verdad?

—No lo sé —respondió Patti—. A lo mejor esto no ha sido una buena idea.

En ese momento sonó un fuerte chasquido detrás de nosotros. Patti aulló. Nos giramos.

Dougie estaba en el suelo, a poca distancia, agarrándose la rodilla. Quizá a unos quince metros. En la parte densa de los arbustos. Parecía como si hubiese tropezado con algo. Se las había arreglado para rastrearnos.

—¡Maldita sea! —Dougie empezó a ponerse de pie.

—Ayúdame con la puerta —le dije a Patti, mientras abría el cerrojo—. Podemos encerrarnos dentro.

La puerta del búnquer era más pesada de lo que esperaba. Una pieza de madera gruesa y densa, con tiras de metal para reforzarla en la parte inferior. Pero entre Patti y yo lo conseguimos. El búnquer estaba completamente a oscuras, así que era probable que estuviera desocupado. Patti bajó por la escalera de mano. Dougie se estaba lanzando hacia nosotras. En el rostro, una expresión enloquecida. Aguanté la puerta sobre los hombros y fui maniobrando escalera abajo. La puerta se deslizó en su lugar.

Había una gran manilla de metal atornillada en la parte inferior de la puerta. Tiré de ella con una mano y me saqué el teléfono del bolsillo con la otra. Con la linterna del teléfono, examiné la plancha de madera que había encima de mí; no había cerradura. Iba a tener que seguir tirando de la manilla para impedir que Dougie entrase.

—Patti —llamé—. No hay cerrojo. ¿Puedes intentar subir aquí arriba conmigo? Y me ayudas a mantener la puerta cerrada.

—De acuerdo. Mierda. ¿Nos ha visto meternos aquí?

—Sí.

Las manos de Patti me agarraron los zapatos. Me apreté contra la pared de tierra y Patti se metió a mi lado, retorciéndose. Mi pecho sudoroso presionaba su sudorosa espalda. Guie sus manos hacia el tirador metálico, y lo agarró juntando sus manos con las mías.

Sobre nosotras oíamos el ruido sordo de pisadas que se aproximaban. Dougie golpeó la puerta sobre nosotras. Los golpes

provocaban eco en aquel agujero. Empezó a tirar de la puerta. Patti y yo aguantamos. Notábamos la madera moverse un poco, pero no iba a poder abrirla. No si las dos tirábamos para mantenerla cerrada. Íbamos a tener que aguantar. Pero no estaba claro cuánto tiempo iba a pasar antes de que Dougie se rindiera y se fuese.

—¡Patti! —gritó Dougie a través de la puerta. Su voz sonaba amortiguada y llorosa, pero podíamos entender lo que decía—. ¿Qué demonios estás haciendo ahí dentro? Abre. Tenemos que hablar. —Patti no respondió. Yo me quedé en silencio. Dougie soltó la puerta y volvió a golpear en ella.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí dentro? —gritó Dougie—. Déjame entrar.

—No sueltes —susurró Patti.

—No lo haré —contesté, también en susurros—. A lo mejor una de nosotras puede bajar y hacerse con una de las armas.

—No. No sueltes. No me dejes.

Dougie volvió a dar un tirón a la puerta. Nosotras aguantamos.

Había llegado al escondrijo subterráneo de Leonard y aquí estaba, atrapada en una escalera de mano, manteniendo cerrada una puerta. Quería matar a Dougie. La idea de bajar la escalera y tomar una de las armas de Leonard era solo para asustarlo, pero parte de mí quería abrir la portilla y dispararle en mitad del pecho. En la cara. Lo estaba echando a perder todo. ¿Qué debía tener pensado hacer con Patti, si es que salíamos del hoyo? ¿Razonar con ella? Era un demente. Podía matarla; hasta podía matarme a mí. Merecía que le pegasen un tiro. Dougie debía haber sido el que muriese en el bosque, no mi marido. Pero no me moví del sitio. Aguanté con Patti mientras Dougie aporreaba la puerta y tiraba de ella. Ya me dolían los brazos. Y también la espalda. Pero no solté el tirador.

Al cabo de unos minutos, Dougie dejó de intentar abrir la puerta. Dejó de golpearla también. Silencio sobre nosotras. Silencio también dentro del búnquer. Patti y yo nos quedamos calladas y escuchamos. No se oían pisadas alejándose. Dougie seguía allí, justo encima de nosotras.

Me vino a la mente un recuerdo de la Granja. Estaba en el

oscuro sótano. En mitad de la noche. Estaba dormida cuando alguien se metió en mi litera, a mi lado.

—Soy yo —dijo el intruso. Reconocí la voz de una chica de quince años que se había trasladado a Campamento Luna aquel mismo día—. Necesito dormir en tu cama contigo.

Olía fatal. Como si no se hubiese duchado en meses. Como si se hubiese cagado encima.

—Vuelve a tu cama —le dije—. No puedes dormir aquí.

—No —respondió ella. Me rodeó con los brazos con fuerza; teñían un olor acre—. Necesito estar aquí.

—Déjame en paz —le dije. Traté de empujarla, pero era más fuerte que yo. Tuve ganas de vomitar.

Empezó a llorar. Yo me relajé ligeramente. Ella no aflojó la presa. Respiré por la boca. La mañana acabaría por llegar, lo sabía. En algún momento, conseguí quedarme dormida. Me desperté horas más tarde y la chica se había ido. Su hedor seguía ahí, pero ella había vuelto a su cama. O quizá estaba acurrucada al lado de otra persona, poniendo a prueba su resistencia.

Este recuerdo me pasó por la mente en un instante. Como la mayor parte de mis recuerdos de los Ciudadanos de la Luz, lo había bloqueado. No había pensado en aquella pobre chica desde que había abandonado la propiedad de Woodbine. Quería salir de aquel agujero. Tanto como quería investigar el búnquer de Leonard, necesitaba estar de nuevo en la superficie de la tierra. De vuelta a la luz. Y también fuera del bosque. Quería estar en casa, con madre. En los escalones de delante de su casa, con una Pepsi, mirando las ardillas corretear como flechas por el jardín.

—Eh —dijo Dougie. Su voz me cogió por sorpresa; llevaba callado unos minutos—. ¿Tú quién eres?

Le respondió una voz tenue, no más que un murmullo. Había alguien más allá arriba, con él.

—Esto no es asunto tuyo —afirmó Dougie—. Lárgate de aquí.

Esta vez, la segunda voz sonó más cercana, un poco más clara. Era una voz de hombre. Mencionó algo sobre la puerta.

—Tranquilo —respondió Dougie—. No quiero problema. —Sonaron pasos sobre nosotras. Los dos hombres seguían hablando,

pero se oía menos, era demasiado amortiguado para distinguir lo que decían. Luego hubo dos estallidos explosivos; sonaron a disparos de pistola. Increíblemente potentes. Sentí el cuerpo de Patti temblar junto a mí en la escalera. Ruidos de forcejeo, que parecieron alejarse de la puerta, en la distancia. Luego, un inquietante silencio.

—¿Qué demonios? —pregunté en un susurro.

—Tengo miedo, Colleen —dijo Patti.

Quité la mano derecha del asa y se la puse en el hombro.

—No pasa nada. A lo mejor es un sueño.

Al cabo de un momento, se oyeron unos pasos aproximarse a la puerta. Alguien volvió a dar golpes en ella, pero de una forma más educada. Tres golpes bien marcados.

—Salgan —dijo una voz amortiguada. No era la de Dougie—. Es seguro salir. Soy agente de policía.

No tiró de la puerta.

—¿Subimos? —preguntó Patti, murmurando.

—No lo sé. ¿De verdad crees que es un poli?

—Claro que sí. Mierda. A lo mejor no lo es.

—Salgan —llamó el hombre—. Abran o bajaremos nosotros. —Volvió a llamar, otras tres veces.

—Creo que tenemos que salir —opinó Patti.

Asentí, aunque Patti no podía verme. Dejé ir la manilla. Empezamos a empujar la puerta para abrirla. Entró una ráfaga de luz. Había un hombre arrodillado junto al agujero, delante de nosotras. Llevaba un pasamontañas. Una pistola en su mano.

28

Patti salió del agujero en primer lugar. El hombre del pasamontañas había abierto la puerta del búnquer por completo y ordenó a Patti que se sentase en el suelo, a unos metros. Yo empecé a salir también, pero el hombre me detuvo.

—Un momento. —Su voz tenía un sonido familiar. Llevaba una camisa de cuadros de manga corta metida dentro de unos vaqueros negros. Botas negras de trabajo—. Necesito que me ayudes con algo.

—De acuerdo —contesté yo. Dougie no estaba por ninguna parte.

—Dadme los teléfonos —ordenó el hombre del pasamontañas.

Le dimos nuestros teléfonos y él se los metió en el bolsillo.

—Genial —dijo el hombre. Se quitó el pasamontañas, mostrando un rostro enrojecido y sudoroso, pero reconocible.

—Isaac —dije yo.

—Encantado de verlas de nuevo —dijo, por su parte, Isaac.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Nos estabas siguiendo?

—Y parece que no era el único. ¿Quién diablos era ese imbécil?

—¿Dónde está? —preguntó Patti—. ¿Qué le ha hecho a Dougie?

—No subas la voz, por amor de Dios —dijo Isaac, apuntando al pecho de Patti con la pistola—. ¿Dougie, dice? Así que lo conocéis. ¿Quién es Dougie? ¿Y cómo habéis encontrado este lugar?

—¿Qué es lo que ha hecho? —interrogó Patti.

—No le pasa nada —respondió Isaac—. Pero vas a tener que bajar la voz. Si tengo que hacerlo, te dispararé. Te lo garantizo.

—Isaac, por favor —intervine yo—. Dougie es el marido de Patti. ¿Seguro que está bien? Hemos oído disparos.

—No os preocupéis por eso —dijo Isaac—. Ahora, escuchadme

bien, Tengo un trabajo para vosotras. Necesito que bajéis por la escalera de mano. Cuando lleguéis abajo encontraréis una pequeña cadena colgando del techo frente a la escalera. Si tiráis de ella, se encenderá la luz. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

—Veréis unos estantes a la izquierda. En uno de los dos inferiores debería haber bolsas de basura. Haceos con una. También habrá una caja de guantes de vinilo. Metedla en la bolsa. Luego mirad a los estantes superiores. Si veis una botella de lejía en ellos, cogedla también. ¿Vale?

—Todo esto, ¿para qué?

—No importa. Hacedlo, nada más. Bolsas de basura, guantes, lejía. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. Luego os daréis la vuelta y caminaréis hacia la luz, por el pasillo estrecho. Cuando lleguéis a la siguiente habitación, debería haber otra cadenita. Tirad de ella. Luego girad a la derecha. Habrá una lona colgada de la pared. Descolgadla, plegadla y metedla en la bolsa. Veréis unos pulpos en la pared, detrás de la lona. Metedlos también en la bolsa. De hecho, puede que necesitéis dos bolsas. Y luego, al otro lado de la habitación, hay un camastro. Debajo de él veréis dos contenedores de plástico. Uno está lleno de toallas; tomad unas cuantas, dos o tres. Y ya está. Luego subid las bolsas. ¿Podéis hacerme este favor?

—Sí —respondí yo.

—¿Necesitáis que repita la lista?

—Bolsas de basura en los estantes. Lejía. Guantes. Y en la habitación de al lado, la lona. Pulpos. Dos o tres toallas.

—Muy bien —dijo Isaac. Apuntó la pistola a Patti—. Adelante, pues. Deprisa.

Bajé por la escalera. El aire se hacía más fresco conforme me aproximaba al fondo del hoyo. Estaba, de hecho, en la guarida secreta de Leonard. Pero, a pesar de la curiosidad que sentía por explorar el búnquer y saber qué es lo que había estado tramando mi marido, había problemas más apremiantes. Isaac. Tenía una pistola. Le había hecho algo a Dougie, y ahora quería pulpos y lejía. Era un

psicópata. Había matado a Leonard, pensé yo. Eso debía de ser. Y ahora nos mataría a mí y a Patti. Pero no, no podía dejar que hiciera daño a Patti. A lo mejor podía hacer algo para ayudarla. O quizá, si le traía las cosas que quería, nos dejaría en paz.

Cuando llegué al final de la escalera de mano, podía ver la forma general de la habitación por la tira de luz que venía de arriba. Alargué la mano frente a mí y manoteé hasta encontrar la cadena. Tiré de ella y la habitación se iluminó. Ahí estaban los estantes de almacenamiento, las botellas de agua, los refrescos, la comida enlatada. Era extraño estar allí de pie, después de estudiar durante tanto tiempo la habitación en el vídeo de Leonard. Me incliné para mirar el estante inferior y encontré la caja con las bolsas de basura. Saqué dos, y luego encontré los guantes de vinilo. En el estante de arriba había todo tipo de productos de limpieza, pero no vi lejía.

—Eh —llamé hacia la parte de arriba de la escalera—, no encuentro la lejía.

—Da igual, coge el resto de cosas —gritó Isaac hacia abajo—. Y deprisa.

Me di la vuelta y fui hacia el corredor estrecho. Tuve que agacharme. Cuando llegué al final, encendí la luz y me encontré en la segunda habitación. Ahí estaba el camastro, a mi izquierda. Finalmente, no habían puesto la cortina de ducha. Sobre el delgado colchón había dos bolsas de basura unidas y una sábana doblada. La sábana de madre, del vídeo. Al otro lado del pasillo, una escalera de mano ascendía hacia un agujero en el techo.

A mi derecha estaba la lona, colgando de una viga. Tiré de ella.

El soporte para armas del vídeo estaba ahora vacío, pero había otras cosas colgadas del gancho. Un hacha, cuerdas, una especie de chaleco tácticos. Cogí los pulpos y los metí en la bolsa. Luego las toallas, de debajo del camastro. Ya lo tenía todo. Alargué la mano para tirar de la cadena y apagar la luz, y entonces me detuve. En una viga de madera sobre el principio del pasillo había algo escrito con un rotulador negro.

LA LUZ NATURAL DE DIOS ES LA MUERTE.

Esas palabras eran del padre Woodbine. Estaban grabadas en la puerta del cuarto de baño de la Granja. Y ahora estaban aquí, en el

búnquer de Leonard. Con la letra de Leonard, me pareció. Recordé el vídeo: Leonard estaba hablando con alguien específico. Lo acompañaba al interior de búnquer. Vivía, o había vivido, en el Centro de Detención el Sudoeste. Y Leonard tenía el mapa de la prisión. ¿Dónde estaba cumpliendo sentencia el padre Woodbine? Yo evitaba a propósito las noticias sobre él y sobre cualquier cosa que tuviera relación con los Ciudadanos de la Luz. ¿Estaría fuera de la cárcel?

—¿Qué pasa? —gritó la voz aguda de Isaac en el búnquer.

—Ya vengo —grité yo en respuesta. Me apresuré por el estrecho pasillo. Las bolsas no eran muy pesadas, pero era incómodo subirlas por la escalera de mano. Pero me las arreglé. Se las pasé a Isaac y él las dejó en el suelo.

—Muy bien —dijo él—, fantástico. Ahora, baja por la escalera otra vez. Tú también, Patti. Abajo las dos.

—¿Y Dougie? —preguntó Patti.

—Venga —contestó Isaac—. Abajo, ya.

Volví a bajar hasta la parte inferior y vi descender a Patti. Cuando llegó a la mitad, la portilla se cerró de un golpe. Se oyó el ruido de algo que se deslizaba, seguido de un clic.

—Patti, vuelve a subir e intenta abrir la puerta.

—Pero él ha dicho…

—Hazlo y ya está.

Patti subió y empujó la puerta.

—No se mueve. ¿Qué coño está pasando?

—Que estamos encerradas —dije yo.

29

Subí la escalera de mano y yo misma traté de mover la puerta, para asegurarme. Estaba herméticamente cerrada. El hecho de que el búnquer se pudiera cerrar por fuera era inquietante. Aporreé la puerta y grité, pero sabía que no iba a tener efecto alguno. Nadie me oiría. Y, aunque algún excursionista pasará por allá, ni siquiera notarían el golpeteo o mi voz. Oirían una mosca golpeando una bellota, el ruido del viento. Pero seguí gritando de todos modos. Me picaba la garganta. Llamé hasta que noté las manos débiles y doloridas, y acabé por bajar de nuevo. Patti estaba sentada, abrazando las rodillas, en el suelo, junto a los estantes.

—¿Estás bien?

No respondió. Tenía la cabeza hundida en los brazos.

—Eh, Patti. ¿Qué haces?

Me miró. Había estado llorando. Sus ojos parecían enormes y asustados bajo el brillo de la bombilla desnuda del techo.

—¿Ha matado a Dougie? —preguntó Patti.

—No, por supuesto que no. Isaac ha dicho que estaba bien.

—Dougie está muerto.

—No. Venga. Está bien, Patti. Confía en mí. No creerás eso de verdad, ¿no?

—Nosotras también vamos a morir.

—Pronto saldremos de aquí. Y entonces saldremos inmediatamente a buscar a Dougie y ya verás que está bien. No pasa nada.

Patti no dijo nada. Yo me incliné para ponerle la mano en el hombro, pero cambié de idea. Me quedé allí, de pie, con los brazos a los lados.

—Dougie está bien. Y a nosotras no nos va a pasar nada.

Recordé el hacha. Fui hacia la habitación del camastro por el pasillo estrecho y tomé el hacha de la pared. Me apresuré hacia la escalera de mano y subí hasta la portilla. Tuve que apoyarme en la pared de piedra, empujando contra la escalera con los pies. En el angosto túnel no había espacio para tomar impulso, pero siempre podía golpear con el hacha hacia arriba. Esperaba que la esquina superior de la hoja del hacha astillase la madera.

Impulsé el hacha hacia arriba. No pareció tener ningún efecto. La puerta era maciza.

Volví a golpear con el hacha. Y otra vez. Me dolían las manos, tenía los brazos cansados. Seguí golpeando la puerta. Una y otra vez. Sin resultados. Se veían pequeñas muescas y grietas superficiales en la madera, pero no había forma de atravesarla. La puerta seguiría cerrada hasta que Isaac volviese. Quizá podía esperar allí, pensé, y darle un golpe de hacha cuando se abriese la portilla. Si es que volvía. Seguí dando golpes en la puerta. Sabía que era inútil, pero lo hice de todos modos. Al final, estaba tan fatigada que casi se me cayó el hacha. Habría caído sobre la cabeza de Patti. Volví a bajar por la escalera de mano. Tenía los nudillos ensangrentados. Me senté en el suelo al lado de Patti.

Pasaron las horas. La pequeña bombilla de la pared, encima de nosotras, se empezó a atenuar. Me pregunté si Isaac volvería alguna vez. A lo mejor nos había dejado allí para que muriésemos. El resto de su vida, madre se preguntaría qué me había pasado. Un ciudadano de alguna sociedad futura descubriría nuestros esqueletos. Pero ese tipo de ideas no nos iban a ayudar a salir. Él volvería y yo estaría lista.

Me di cuenta de que estaba muerta de sed. Correr por el húmedo bosque, y los gritos, y los hachazos. Probablemente, Patti también estaba deshidratada. Me puse de pie y encontré una caja de botellas de agua en el estante.

—Toma —dije, pasándole una botella a Patti—. Bébetela.

No reaccionó. Le puse la botella en el pliegue del codo. Yo bebí un largo trago, y me dio un ataque de tos. Cuando se me pasó, me terminé la botella. Me sentí algo mejor. Menos confusa.

—Venga. Vamos a ver qué más tenemos por aquí. A lo mejor

hay algo que podamos utilizar para salir de aquí. O para pedir ayuda.

Patti no se movió.

Cogí el hacha y fui hacia el pasillo estrecho. La devolví a su lugar en la pared. La bombilla de esta habitación también era mucho más tenue. En el vídeo, Leonard había mencionado un generador. En un rincón de la habitación, junto al camastro, había una escalera de mano que iba hacia el techo. La escalé y me introduje en la oscuridad.

Alargué el brazo y busqué con las manos un interruptor de la luz. Toqué algo húmedo y di un grito. Pero seguí buscando. Mi mano rozó una pequeña cadena. Tiré de ella y se encendió una luz.

El cuarto en el que entré era pequeño y estrecho. El techo hacía pendiente, siguiendo la inclinación de la colina. No había espacio para ponerse de pie, incluso en el punto más alto del techo, al lado de la escalera. El objeto húmedo que había tocado era una bolsa de basura resbaladiza por la condensación. En la pared había más estantes. Más cubos tapados. Más bolsas de basura. Un corredor corto —un túnel, en el que había que reptar, de hecho— que conducía a otra cámara. Me puse a cuatro patas.

Este último cuarto era más bien un recoveco. Habría podido meterme con esfuerzo en él de haber estado vacío, pero no lo estaba. En mitad del suelo había lo que debía ser el generador. Era menor de lo que yo había pensado; de un tamaño parecido al aire acondicionado de Isaac. El leve zumbido que emitía era inesperado. Pensaba que rugiría como el motor de un coche. Una pequeña pantalla indicaba que la batería estaba baja. Si quería que las luces siguieran encendidas iba a tener que cambiarla, o arreglármelas para cargarla. Quizá hubiese baterías de repuesto en alguna parte. Repté hacia atrás para salir del recoveco y volví al otro cuarto.

Abrí uno de los cubos que había a lo largo de la pared. Otro cubo lleno de arroz integral. Había un purificador de aire sobre una caja de filtros de aire de recambio. Seis contenedores de alimento de emergencia para treinta días —una especie de raciones de comida desecadas—. Comprobé los estantes. Judías en lata y sopas y espaguetis. Un pequeño calefactor, aún dentro del embalaje. Una caja de cereales llena de barras de caramelo. Una bolsa llena de cables alargadores. Una bolsa llena de bombillas LED. En el estante

de arriba había una lona que cubría algo; la retiré.

Debajo había un estuche largo y negro. Como si fuese alguna clase de instrumento de viento. Bajé el estuche del estante y lo abrí. Una escopeta, envuelta en una toalla de playa violeta.

Isaac terminó por regresar al búnquer. Yo me había quedado dormida, sentada contra la pared, junto a la escalera de mano, al lado de Patti. Tenía la escopeta entre mis piernas. La había dejado envuelta en la toalla. No quería alarmar a Patti, ni quería que Isaac supiera que la había encontrado. Me despertó el ruido metálico del cerrojo deslizándose al abrirse. Habíamos estado sentadas en la oscuridad; al parecer, la batería del generador se había agotado. La luz se derramó desde el exterior al abrirse la puerta. El rostro sombrío de Isaac apareció en la abertura cuadrada. No estaba segura de si me podía ver. Empezó a bajar por la escalera de mano. Mientras bajaba, cerró la portilla y la habitación se oscureció.

Me puse de pie, dejé caer la toalla. Preparé la escopeta.

Una luz cegadora bañó la habitación; Isaac había encendido una linterna y la apuntaba directa a mis ojos, a poca distancia de mí. Entrecerré los ojos, pero no bajé el arma. Patti no se había movido. Isaac apuntó la luz a la escopeta. Tenía el rostro en calma. Inexpresivo, de hecho.

—No está cargada. Pero podrías aplastarme la cabeza con la culata.

No estaba segura de qué debía hacer. Mantuve la escopeta apuntada a su pecho.

—Dame —dijo Isaac. Alargó la mano y la puso sobre el cañón del arma. Tiró de ella suavemente, y yo la dejé ir. La dejó apoyada en la pared.

—No te preocupes —me tranquilizó Isaac—. Puede que más tarde tengas otra oportunidad. Ahora, vamos a la otra habitación.

Tuve que levantar a Patti por los brazos y prácticamente empujarla a la habitación de al lado. Debía estar en estado de *shock*. Me recordaba a una de esas abuelas despistadas de las que se oye hablar, que se meten andando en mitad del tráfico. Isaac nos indicó

que nos sentásemos en el camastro.

Puso la linterna en un estante de la esquina de la habitación, de modo que quedase iluminada. Se quitó la mochila y abrió la cremallera. Sacó de ella una larga cadena que parecía muy pesada. Noté cómo mi estómago se hundía con una sensación de temor. Isaac rodeó con la cadena la viga de madera de la entrada, la que tenía escrita la cita del padre Woodbine. «La luz natural de Dios es la muerte». Isaac tironeó y ajustó la cadena hasta que ambos lados tuvieron la misma longitud.

—¿Qué haces? —pregunté.

Isaac no dijo nada. En los extremos de la cadena había montados unos grilletes o esposas. Agarró la pierna de Patti y le puso uno de los grilletes en el tobillo. Ella no reaccionó. Entonces quiso coger mi pierna.

—¡No! —Le di una patada en las manos.

Isaac se puso de pie. Se giró y tomó el hacha que colgaba de la pared.

—Por favor, no lo hagas. Ya paro.

Isaac movió el hacha hacia atrás y la clavó en la pared encima de mi cabeza. Grité. Patti también gritó. Dio un salto en el suelo. Me cayó tierra en la espalda. Isaac dejó el hacha a sus pies.

—No estoy bromeando. Tenéis que comportaros. Así va a ser.

Se arrodilló y ajustó el otro grillete en mi tobillo. Patti y yo estábamos ahora atadas la una a la otra. Sujetas a la viga.

Isaac volvió a tomar el hacha y fue hacia la escalera de mano que conducía a la pequeña cámara con el techo inclinado. Tomó la linterna y subió por ella. Lo oía trasteando por allá arriba.

—Patti —susurré—, ¿qué hacemos? —Patti estaba llorando. No contestó—. Dios mío —añadí yo.

Las luces volvieron a encenderse, con un parpadeo. Más ruidos de cosas revolviéndose arriba. Notaba el grillete apretado en el tobillo; traté de ajustarlo, pero no se movió. El metal se clavaba en mi piel. Por fin, Isaac bajó por la escalera y se reunió con nosotras. Llevaba una bolsa de basura en las manos. Había dejado el hacha en el otro cuarto.

Sacó varias botellas de agua de la bolsa y las dejó en el suelo frente a nosotras. Luego, una barra de pan y un bote de manteca de cacahuete. Un paquete de cubiertos de plástico. Un rollo de papel

higiénico. Un libro grueso: 500 *chistes de deportes*. Plegó la bolsa de basura, ya vacía, y caminó hacia la entrada. Más ruidos de movimiento. Volvió con un gran cubo de plástico. En él, una bolsa de arena para gatos. Dejó el cubo en el suelo, al lado de las otras cosas.

—Seguro que os imagináis para qué es esto —dijo Isaac—. Tengo que volver a salir un rato. Os dejo unas cuantas cosas. Con esto os las arreglaréis hasta mi vuelta.

—¿Qué piensas hacer con nosotras? —pregunté.

—Ya veremos —respondió Isaac—. De momento, esperad.

30

Patti y yo teníamos cada una la misma longitud de cadena. Yo podía moverme en un radio de poco más de un metro desde la columna. Podía aumentar ese radio si Patti se acercaba a la columna y pasaba parte de su cadena a mi lado. De todos modos, no había suficiente longitud para llegar a ninguna de las otras zonas: estábamos atrapadas en la pequeña habitación del camastro.

Le pedí a Patti que se acercase a la columna y yo también me acerqué, de manera que la cadena quedó algo destensada. Agarré ambos lados y empecé a tirar, primero de un lado y luego del otro, para que la cadena hiciera fricción contra la columna. Esperaba hacer una muesca en la madera que, finalmente, con el tiempo y la fuerza necesarios, pudiese cortar a través de ella. Y entonces buscar la forma de abrir la portilla. Pero la cadena no dejaba de resbalar en la columna. La madera era muy dura. La idea no iba a funcionar. Quedaríamos enterradas vivas. Solté la cadena. Traté de golpear el borde del cubo-retrete contra la cadena, pero no sucedió nada. Estábamos atrapadas. Al final me senté y me froté el tobillo enrojecido y dolorido en la zona que frotaba contra el grillete.

Patti aún no hablaba, pero conseguí que bebiese un poco de agua. Preparé bocadillos de manteca de cacahuete para las dos, pero ella no quiso ni tocar el suyo. Me lo comí yo. Hojeé el libro de chistes. No eran muy graciosos.

P: ¿Qué clase de chistes cuentan los corredores de maratón?

R: Chistes de los largos.

Empecé a tapar las respuestas con una mano y a tratar de adivinarlas, según cómo eran las preguntas. ¿Por qué el perro no quería jugar a fútbol americano? Porque, cuando sus compañeros lanzaban la bola, él iba a por ella, se la traía y perdían el punto, pensé. Pero eso era demasiado largo para una respuesta, pensé. A lo mejor era porque el perro pinchaba la pelota con los dientes. La verdadera respuesta: porque era un bóxer, o sea, un boxeador. No estaba segura de haber entendido el chiste. Muchos eran así. Leerlos me puso de mal humor.

Pasaron las horas, aunque era incapaz de decir cuántas, ni si era de día o de noche. Durante unas horas, caí en un sueño intranquilo, con sueños abstractos e inquietantes que invadían también mi estado de vigilia. Patti estaba tumbada en el camastro, yo estaba estirada en el suelo. Hacía frío. El generador se había apagado de nuevo, y estábamos sentadas en una oscuridad completa. Era como el Campamento Luna. Esto lo hizo algo más fácil cuando ya no aguanté más y tuve que orinar en el cubo. Aún sentía una cierta timidez por usarlo de aquella forma tan vulgar, al descubierto y al lado de Patti, pero ¿qué iba a hacer? Me agaché en el cubo y canturreé para disfrazar el ruido. Luego traté de apartar el cubo hacia el pasillo con el pie y lo volqué. Esparcí un poco de arena en la oscuridad, pero la habitación siguió oliendo a orina.

Por fin, Patti habló. Dijo que tenía miedo y que quería irse. Yo también le dije que tenía miedo, pero que pronto íbamos a poder irnos.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Patti—. No lo entiendo. ¿Es que Leonard vivía aquí abajo?

—Creo que es el escondrijo de algún criminal —respondí yo, aunque no estaba muy segura. La inscripción en la viga. No le había contado nada a Patti sobre los Ciudadanos de la Luz, ni que alguien había garabateado una cita del líder de mi antigua secta sobre nuestras cabezas. Si lo decía en voz alta se haría real. Y no podía serlo. Quizá no fuera más que una coincidencia—. Para la Mafia. Leonard les debía dinero y debieron obligarle a construirlo, en lugar de pagarles.

—Isaac no parece un tipo de la mafia. Más bien un asesino en

serie.

—No es un asesino en serie.

—Y esta es su cámara de torturas. Donde corta a sus víctimas en trocitos.

—Patti, no.

Finalmente, Isaac regresó. Oí abrirse el cerrojo de la puerta y vi la tira de la luz invadir brevemente la oscuridad antes de que la volviese a cerrar. Isaac encendió la linterna y se acercó a nosotras. Su silueta apareció en la puerta.

—Siente haber tardado tanto —dijo—. ¿Cómo os va por aquí?

Patti se puso a sollozar. Ya llevaba horas llorando, ahora sí, ahora no.

—Déjanos salir —le pedí.

—No puedo hacerlo —contestó él—. Lo siento. Pero no os apuréis, todo va a salir bien. De hecho, es interesante. El universo, juntándonos de esta manera. Esta situación no es lo que ninguno de nosotros había planificado, pero podría ser exactamente lo que todos necesitamos. Es bastante perfecta.

—Por favor, tienes que dejamos ir. Hay personas que saben dónde estamos y lo que estamos haciendo. Pronto vendrá a buscarnos la policía.

—No voy a haceros daño. No os preocupéis por ello, de verdad. Diablos, si pronto os daréis cuenta de que todos estamos donde necesitamos estar. Siento mucho lo de la cadena y todo eso, en serio, pero es algo temporal. Muy pronto, las cosas se solucionarán y estaréis mucho más cómodas. Ya veréis.

Patti estaba temblando a mi lado. Todo su cuerpo se estremecía. Le puse las manos en los hombros.

—Tienes que dejarnos salir de aquí.

—Ya veréis —repuso Isaac—. Esto es emocionante. No os preocupéis.

Isaac se sentó en el corto pasillo que unía nuestra habitación con la entrada. Llevaba la misma ropa —camisa a cuadros y vaqueros negros— que llevaba cuando nos encerró en el búnquer. Con la

espalda hacia la pared, sacó un papel del bolsillo y se lo quedó mirando. No dejó de echar vistazos hacia arriba para comprobar si lo observaba. Entonces volvió a mirar el papel, dio una risotada por la nariz y sonrió.

Tras unos minutos de hacer esto, se me acercó y me enseñó el papel. Era una foto de Jess, la camarera de Roswell's. Estaba apoyada en un coche y sonriendo.

—Esta es mi chica —dijo Isaac.

—Muy bien —contesté.

—A lo mejor la visteis en el restaurante. Es un caso de mujer. Ya la conoceréis.

Se movió hacia el pasillo, se sentó y miró la foto un rato más. Luego se fue. Volvió horas más tarde, con una mirada enloquecida. Parecía furioso y respiraba con fuerza por la nariz. No tenía vendas en la mano.

—Demonios, esto huele a mierda de perro. No puedo respirar.

Rebuscó por los estantes junto a la entrada y empezó a caminar de un cuarto a otro, presionando el botón de un espray. Ambientador de limón. Cuando se fue, el búnquer conservó un olor a sustancias químicas durante horas. Tuve que taparme la nariz con el cuello de la camisa.

—¿Puedo decir una cosa terrible? —Patti estaba tendida en el camastro, mirando al techo. Yo estaba en el suelo, hojeando otra vez el libro de chistes.

—¿A qué te refieres?

—Evidentemente, estoy desolada porque Dougie haya muerto. De que lo hayan asesinado.

—Patti, por favor. Eso no lo sabes.

—Pero, si te soy sincera, también estoy algo aliviada de que ya no esté. De no tener que preocuparme más por él, si es que salimos de esta de alguna forma. Ya no podemos volver juntos. No tengo que tener su cena a punto. Ni oír cómo se queja por todo lo que hago. Las peleas. ¿No es terrible?

—Bueno, no. Seguro que es complicado.

—Y no es más que una pequeña parte de mí la que se siente aliviada. Sobre todo, me siento increíblemente triste. Es solo que

hay una pequeña parte de mí que está feliz de no tener que volver a ver a Dougie. Además, se me permite decirlo porque a mí también me van a asesinar.

—No van a asesinar a nadie. Venga.

—¿Tú no te sentiste un poquito aliviada cuando murió Leonard? Ya sé que es distinto.

—Patti, no.

—¿Crees que soy una mala persona? Dougie no se merecía esto, obviamente. Además, es culpa mía que viniese aquí. Si hubiera vuelto a casa con él… A lo mejor tenía razón en lo que decía de mí.

—¿Qué quieres decir?

—A lo mejor le arruiné la vida.

—¿Cómo dices? Él te maltrataba.

—No sé. —Patti se echó a llorar. La rodeé con mis brazos y ella apoyó la cabeza en mi pecho mientras sollozaba.

—No pasa nada. No es culpa tuya, Patti.

Las cosas siguieron así durante días, o lo que parecieron días. Era imposible mantener la noción del tiempo. Isaac nos dejaba solas durante horas y luego volvía para vaciar el cubo y asegurarse de que teníamos suficiente agua y manteca de cacahuete. A veces se sentaba a hablar conmigo, y otras veces se movía por el búnquer sin decir nada, hacía lo que era necesario hacer y luego se iba. A veces su actitud era amistosa, y otras se comportaba con frialdad y hasta de manera amenazadora. Era imposible predecir la versión de Isaac que iba a bajar por la escalera.

Un día, mientras estaba en uno de sus estados de ánimo más agradables, le pregunté a Isaac por Leonard. Sobre cómo había acabado aquí, y cuál era el propósito del búnquer. Isaac se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, junto al cubo. Yo estaba apoyada en el camastro, donde Patti dormía, o fingía que lo hacía.

—Seguro que has reconocido eso de ahí —dijo Isaac, señalando la viga de madera que había sobre nosotros. La cita del padre Woodbine.

—Los Ciudadanos de la Luz —dije yo. Me pregunté si Patti estaría escuchando.

No tendría ni idea de qué estaba hablando.

—«La luz natural de Dios es la muerte» —recitó Isaac—. ¿Comprendes lo que quiere decir?

—Quiere decir que el padre Woodbine estaba chalado.

—Venga. En serio.

—Quiere decir que la muerte y el dolor y el caos no son cosas malas —dije yo, con un tono ligeramente burlón en la voz. Hacía décadas que no había pensado en estas mandangas. Me sorprendió descubrir que las enseñanzas de Woodbine seguían intactas en mi cerebro. Supongo que se quedarían allá depositadas para siempre—. Que utilizamos jerarquías para dotar de sentido al mundo y ordenar las cosas en nuestra mente, que no hay nada en la naturaleza que sea mejor ni menos que otra cosa a ojos del Dios-Espíritu. Pisar un clavo oxidado es, esencialmente, lo mismo que comer pastel de cumpleaños.

—¡Exacto! —dijo Isaac, dando una palmada—. Eso es una parte de ello. Es genial. Te acuerdas.

—Pero es una locura. Si te lo creyeras, no tendrías problema en pisar, ahora mismo, un clavo oxidado.

—No —dijo Isaac—, no lo has entendido bien. Yo comprendo, en un nivel teórico, que dolor es lo mismo que no-dolor. Pero no puedo comprometerme realmente con la idea e infligir dolor a mí mismo con indiferencia. Del mismo modo que no puedo suicidarme, a pesar de que sé que importa si lo hago. Desde un punto de vista intelectual, aún tengo un «pensamiento binario». Las falsas jerarquías que ordenan el universo están cableadas en mi cerebro. Forma parte de la «Gran Distorsión».

—Pero entonces, ¿qué sentido tiene, si es todo teórico?

—Vivir una existencia más sincera. Vivir en el mundo real, tanto como sea posible. No en una especie de ficticio holograma. Y morir una muerte real, también.

Cercana a Ka-Ni. Y, cuanto más comprendamos la naturaleza de la realidad, más auténtica será nuestra experiencia de vivir y de morir. Es algo a lo que aspirar.

«Pero si no hay jerarquía y no hay nada mejor que otra cosa, entonces, ¿qué importa si tu experiencia es más auténtica? ¿Cómo puede ser mejor vivir de manera más auténtica si no crees en el concepto “mejor”?».

»Tienes razón, la autenticidad no es mejor. Solo es más

auténtica. No le doy valor al hecho de vivir en el mundo real; solo digo que el mundo real es más real. Más en sintonía con el Dios-Espíritu.

—Todo eso no tiene ningún sentido.

—Lo que pasa es que no lo entiendes, nada más. Has perdido el camino. Pero volverá a ti.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Leonard?

—Tu difunto marido comprendía la visión de Woodbine —contestó Isaac—. Me estaba ayudando a revivir el movimiento.

—No me lo trago.

—Es la verdad. Leonard construyó este lugar. Para el padre Woodbine. Un lugar donde pudiera mantenerse oculto cuando lo sacásemos de la cárcel.

—De la Prisión del Suroeste.

—Eso es. Cuando todo comience a encajar y podamos, finalmente, liberarlo, Woodbine vendrá aquí y, finalmente, lo llevaremos a la nueva granja. Ya hemos adquirido los terrenos. Vais a ayudarme a prepararlo todo allí. Tú y Patti.

—Me tomas el pelo. Leonard no podía formar parte de esta locura.

—No es una locura. Ni mucho menos. Y creo que lo sabes.

—¿Cómo conociste a Leonard?

Isaac describió cómo, hacía unos años, había leído algo acerca de los Ciudadanos de la Luz en un artículo de una revista, y quedó fascinado al momento por las ideas de Woodbine. Durante mucho tiempo, a Isaac le había perturbado la forma en que la gente actuaba, con la cabeza en las nubes, sin prestar atención a lo que realmente estaba sucediendo. La muerte era inevitable, y esto —sentía él— era importante, pero todo el mundo vivía como si no lo fuera. Era absurdo. Woodbine parecía entenderlo así también. Isaac leyó todo lo que pudo sobre el culto, filtrando lo que opinaba que eran noticias sensacionalistas e informes tendenciosos para obtener migajas de las enseñanzas filosóficas de Woodbine. Se hizo con metraje de noticias y las vio una y otra vez. Cuanto más sabía, más sintonizaba con él. Se convirtió en una obsesión. Trató de ponerse en contacto con el propio Woodbine, y finalmente logró hablar con él por teléfono e incluso visitarle. Y entonces, contó Isaac, empezó a localizar a los antiguos miembros de los Ciudadanos de la Luz. Él y

Woodbine iban a volver a reconstruir el culto.

—Y esto me llevó hasta ti —dijo Isaac.

—¿A qué te refieres?

—Fui a Toronto. Aparqué en la misma calle de tu casa. Os vigilé, a ti, a Leonard, a tu madre.

—No.

—Una noche, tú estabas en el trabajo. Tu madre estaba dormida. Leonard había ido a alguna parte, y supongo que no me di cuenta de que volvía a casa. Quería tratar de entrar. Ver si guardabas alguna cosa de tu época con Woodbine. Pero también ver cómo vivías, nada más. Examinar tu ordenador. Un diario habría sido algo genial. Quería hacerme la idea de si un día podías unirte a Woodbine y a mí para resucitar el movimiento. Entré en el patio y Leonard me vio espiando por la ventana de tu dormitorio. Salió corriendo y me pilló en el coche. No pude meter las llaves en la cerradura a tiempo. Me tiró al suelo y me golpeé la cabeza contra el pavimento. Sangre por todas partes. El bueno de Leonard me llevó él mismo al hospital.

—Estás mintiendo. Leonard nunca me contó nada de todo esto.

—Porque le dije que no lo hiciera.

—¿Y por qué iba a hacerte caso?

—Volví en mí de camino al hospital. Empezamos a hablar. Fui totalmente sincero con él. Le expliqué que estaba investigando el movimiento de Woodbine y quería ver cómo les iba a los antiguos miembros. Empezamos a hablar de los Ciudadanos de la Luz. Él estaba furioso, y suponía que yo estaba loco. Pero aun así, me escuchó. Para cuando salí de urgencias, había plantado una semilla en tu marido. Veía que había alguna cosa detrás de todo aquello. Y reconocí la luz en los ojos de Leonard. Sabía que comprendería. Le pedí su dirección de correo electrónico. Empezamos a enviarnos mensajes.

—No —dije yo.

—Lo siento —repuso Isaac—, pero así es.

31

Isaac nos dejó una bolsa Ziploc con toallitas húmedas para que pudiéramos asearnos. Un stick de desodorante para compartir. Aun así, olíamos fatal. No teníamos ropa para cambiamos. Isaac reemplazó el libro de chistes con un grueso documento impreso por él mismo. Había tomado notas durante sus visitas y comunicaciones telefónicas con el padre Woodbine y lo había mecanografiado para que lo pudiéramos leer. La mayor parte era incomprensible. Las farragosas divagaciones de un maníaco sobre la sociedad y nuestra relación quebrada con el Espíritu-Dios Ka-Ni. Largas y complicadas descripciones de sueños que había tenido Woodbine en la cárcel. Burdos diagramas de nuevas instalaciones para la granja que Isaac había dibujado a partir de las explicaciones de Woodbine. Uno de los diagramas tenía la etiqueta «armarios de gritos».

Resurgieron recuerdos de la Granja. Olores, los rostros de otras personas reclutadas. El rostro de Woodbine. Recordaba una vez en que Woodbine había llevado a todo el Campamento Luna a la Guarida. Fue en mitad de la noche. Abrió dos juegos nuevos de cuchillos de cocina y los fue pasando. Nos indicó que apoyásemos los cuchillos en nuestras gargantas. Él también sostuvo uno en su propia garganta. Su mirada era salvaje, como la de alguien poseído. Coreamos «¡Hazlo! ¡Hazlo!» al unísono. Una y otra vez. Al cabo de veinte minutos, recogió los cuchillos y nos volvió a mandar al sótano. Más tarde, tumbada en mi camastro, era incapaz de decir si estaba viva o muerta.

Isaac bajó un grueso sobre marrón del cuarto de arriba y lo puso delante de mí.

—Acabo de encontrar esto. Estaba escondido detrás del saco de dormir de Leonard.

Abrí el sobre. Estaba lleno de guiones con las esquinas dobladas. Mis guiones. Sobre todo, episodios de *Jinetes de Exley* que yo había escrito, pero también había un guión especulativo de *Calor en Cleveland* y dos versiones de uno para *Frasier*, por si decidían hacer un *reboot* de la serie. Leonard debió haberlos impreso y traído a su búnquer secreto para leerlos.

Me eché a llorar. Isaac se marchó. Patti alargó el brazo y me tomó de la mano.

—No me habías dicho que habías estado en esa secta. —Patti se apoyó en la pared, rebañando con el dedo el bote de manteca de cacahuete. Yo abrí los ojos. Me había quedado adormilada en el camastro.

—No me gusta hablar de ello.

—Recuerdo haberlo oído en las noticias. Qué mal rollo, que estuvieses ahí. ¿Por qué te uniste a ellos?

—No lo sé. Era joven. Madre y yo tuvimos una pelea de las grandes. El tipo que me contó acerca de ellos era tan majo, y todo el mundo me dio la bienvenida con amabilidad. Realmente, no sabía en qué me estaba metiendo.

—He mirado muchos docus sobre sectas. Al parecer, sus presas son gente con pensamiento esquizotípico. ¿Tú tienes pensamiento esquizotípico?

—No estoy segura.

—Ya; la verdad es que no sé muy bien qué quiere decir. Yo creo que yo me uniría a una secta. Tardarían dos segundos en reclutarme. Las sectas son fascinantes.

—Yo no sabía que estaba en una secta. Ni siquiera creo que, en aquel momento, supiese qué es una secta. Solo pensaba que allí todo el mundo era genial. En casa, madre estaba siempre tensa y de mal genio. Mi padre nos había abandonado, y luego había muerto. Ninguno de mis amigos entendía cómo me sentía. Recuerdo estar todo el tiempo enfadada. Y entonces llegué a la Granja y las personas me escuchaban. No me veían como un problema, ni como un obstáculo. Parecía que realmente se preocupaban por mí.

—¿Y todo eso de la muerte de lo que hablabais tú e Isaac? ¿Te creías todo eso?

—En aquel momento tenía sentido para mí. Se trataba de personas que me hacían sentir bien conmigo misma. Creo que simplemente me creía lo que dijesen, fuera lo que fuera. Confiaba en ellas.

—¿Y cuando te marchaste? ¿Y cuando arrestaron al líder y todo eso?

—No lo sé. Después tuve la sensación de que todo lo que había sucedido era un sueño. Como si nada fuese real. Pensar en ello me ponía enferma, me daba náuseas. Así que intentaba no pensar en ello.

—Lo siento mucho, Colleen. Dios mío, no tenía ni idea.

—Pensé que había encontrado personas que me hacían sentirme bien conmigo misma. Pero era todo falso. Así que decidí que siempre había tenido razón: que no valía nada. Que era un problema. Desde entonces, he intentado quedarme dentro de mí misma y apartarme del camino de todo el mundo. Entonces, finalmente, me abrí a Leonard, y eso resultó ser también falso. Que él tenía toda esta vida secreta.

—Eso no era falso. Él te quería. A las personas les importas. A tu madre le importas.

—Ya lo sé; es verdad, le importo.

—Yo, más o menos, odio a todo el mundo. El mundo está lleno de idiotas y gente rara. Pero a ti no, en realidad.

—¿A mí no?

Unas horas más tarde, Isaac volvió a bajar por la escalera de mano y nos traía productos de limpieza. Teníamos que desinfectarlo todo en la habitación, incluidas nuestras propias cadenas. Isaac se sentó en la esquina y nos miró. No dijo ni una palabra. Cuando terminamos, se puso de pie e inspeccionó lentamente el cuarto. Gruñó unas cuantas veces, pero no rompió el silencio. Luego se marchó.

Volvió más tarde, con más ganas de hablar. Nos trajo unas barras Snickers y se quedó de pie en la puerta, un poco encorvado. Trató de preguntarle a Patti por su vida, pero ella solo le daba secas respuestas monosilábicas. Le enseñó la foto de Jess, la camarera, que me había enseñado a mí.

—Va a vivir en la nueva propiedad con nosotros —explicó Isaac —. Es mi chica.

Patti no reaccionó. Isaac se volvió a concentrar en mí. Me volvió a mostrar la foto de Jess. Le dije que era guapa. Volvimos al asunto de la relación de Isaac con Leonard. Patti ya estaba durmiendo. Le dije a Isaac que me diese más detalles sobre cómo se vio involucrado con mi marido.

Según Isaac, había enviado una disculpa por correo electrónico a Leonard después de la visita a urgencias, junto con un enlace a un artículo sobre el padre Woodbine. Leonard esperó una semana para responder, pero finalmente respondió. Dijo que agradecía la disculpa y que el artículo era interesante, pero que Woodbine seguía siendo un monstruo. Isaac ya lo tenía enganchado. Le envió otro artículo. Lo comentaron, y se siguieron escribiendo. Isaac no había podido localizar a otros antiguos miembros de la secta, por lo que decidió concentrar toda su atención en mí y en mi marido. Le enviaba largos correos a Leonard, pidiéndole su opinión sobre distintos aspectos de las enseñanzas de Woodbine. Le hizo ver a Leonard que sus ideas tenían valor. A veces los correos se desviaban de los Ciudadanos de la Luz y se aventuraban en asuntos personales. Isaac quería saber más sobre su nuevo amigo, de manera que entrelazaba detalles reveladores e íntimos de su propia vida personal en la conversación. Su crispada relación con su padre, su incapacidad para mantener ningún tipo de vida social como adulto. En respuesta, Leonard insinuaba sus pasadas batallas contra la adicción. Isaac mentía y decía que él también se estaba recuperando. Entonces Isaac relacionaba todo esto de nuevo con las ideas de Woodbine: «La adicción es una forma de negación de la muerte; líbrate de tu miedo a la muerte y no volverás a buscar confort en la botella o en la aguja». Poco a poco, Leonard empezó a compartir la obsesión de Isaac por Woodbine. Las ideas empezaron a encajar. Isaac quería prestarle un libro. Al principio, Leonard rehusó la oferta, pero terminó por aceptarla. Obviamente, nunca me contó nada de todo esto. Los dos hombres se encontraron para cenar en Hamilton.

«A partir de ahí, todo fue avanzando», me contó Isaac. «Nos encontrábamos cada semana. A veces, dos veces por semana. O hablábamos por teléfono. Leonard hizo la transición, de estudiante

curioso a activista dedicado, trabajando conmigo para dar vida a la visión de Woodbine. Valía la pena vemos. Cuando las cosas se hicieron más serias y empezamos a trabajar en el búnquer, a Leonard le preocupaban los riesgos que implicaban los métodos de comunicación convencionales. Las llamadas de teléfono y los correos electrónicos dejan un rastro», decía.

—Has sido usuario de *La isla de los renos* —le pregunté.

—Así es.

—Tú eres Bonsái. Lo sabía. Tú me dejaste todos esos mensajes. ¿Cómo sabías que estaba en las cataratas del Niágara?

—El jefe de seguridad de Fallsview con quien hablaste, mi padre lo tiene en nómina. Hiciste preguntas sobre mí y sobre el ruso al que atraparon. Los hombres de mi padre pensaron que eras una periodista o investigadora metomentodo, que estaba husmeando en nuestro negocio. Te hicieron seguir para ver lo que estabas tramando. Pero yo tenía la sensación de que debías ser tú. Yo tampoco quería que metieses las narices, así que dejé los mensajes. Pensé que eso te espantaría.

—Sabías el número de nuestra habitación de hotel.

—Bueno, yo conozco a personas. Cuando mi contacto en el Hilton no encontró tu nombre en el registro, pensé que quizá te habías registrado con un nombre falso. Pero entonces hice algunas llamadas y te encontré en el Queen Fallsview. No me llevó más de cinco minutos.

—Dios mío. Siempre me había preguntado quién era Bonsái cuando empecé a jugar. Huías, siempre huías. ¿Siempre supiste que era yo?

—Supuse que tenías que serlo. Probablemente debería haber dejado de jugar, pero era extraño. Cada vez que veía a Heartsong correteando en el juego, me sentía como si Leonard siguiese vivo, controlándolo.

—¿Así que realmente tú y Leonard utilizabais *La isla de los renos* para comunicaros?

—Fue idea de Leonard. Al principio, yo pensé que era una tontería. Una paranoia. Nadie prestaba atención a nuestras llamadas telefónicas o nuestros correos electrónicos. Más tarde me di cuenta de que no le preocupaba tanto que la policía descubriese nuestras conversaciones. Lo que no quería era que tú descubrieras lo que

estaba pasando. Así que le seguí la corriente. Descargué *La isla de los renos*. No quería desanimarlo.

—Pero ¿cómo lo utilizabais? No puedes hablar ni escribir nada.

—En realidad, sí puedes. ¿Conoces la capilla?

—Claro.

—Dentro hay una gran pantalla en la pared. Es como una de esas grandes pantallas de lectura de noticias con el texto que se desplaza. Si te quedas parada frente a ella, puedes escribir mensajes en ella para que los vean otros jugadores. Solo tienes que ponerla en marcha en el sótano. De esta forma pudimos planificar reuniones, sin que quedase constancia alguna de nuestra conversación. Leonard me mantenía al día de sus avances en el búnquer. A veces parecía ridículo, pero en cierto modo era divertido. Y la inquietud de Leonard se calmó.

—Pensaba que mi marido estaba jugando a un inocente juego de ordenador. Y todo el tiempo estaba conspirando contigo.

—Bueno, no siempre. Sobre todo nos dedicábamos a disfrutar del juego. Nos pasamos horas desbloqueando juntos los secretos de la isla. A mí nunca me interesaron mucho los juegos de ordenador, pero con este me lo pasé genial. Con Leonard. Echo de menos jugar con él.

—Entonces no deberías haberle matado.

—No lo hice.

Según Isaac, en aquel momento ya llevábamos una semana viviendo en el búnquer, lo que parecía razonable.

Patti y yo estábamos débiles, no dormíamos ni comíamos bien. A veces delirábamos, otras nos aburríamos, o desoladas por lo desesperante de la situación. Pero había momentos de claridad, y en uno de ellos se nos ocurrió un plan para liberamos.

En sus visitas, Isaac pasaba cada vez más tiempo predicando acerca del Dios-Espíritu Ka-Ni y la filosofía de Woodbine de dar paso a la muerte a tu corazón. No estaba segura de si el padre Woodbine le daba instrucciones desde la cárcel o de si actuaba por iniciativa propia, pero estaba claro que Isaac intentaba volver a convertirme en una seguidora devota, y de atraer a Patti al rebaño por primera vez. Cada día nos ordenaba limpiar y desinfectar todo

lo que estuviera a nuestro alcance, así que nuestra zona estaba inmaculada. Mientras limpiábamos, Isaac se sentaba en el rincón y pronunciaba sus pequeños sermones improvisados. Parte de lo que decía, lo recordaba del tiempo que pasé en la granja, y otra parte era nueva. Todo era disparatado. La habilidad de Woodbine era tomar una idea ampliamente aceptada e incontrovertida —como el hecho de que todos debemos enfrentarnos a la muerte, o que el contraste del mal en el mundo permite la existencia del bien— y utilizar un lenguaje vago y enrevesado para sugerir que tales ideas llevan, de manera inevitable, a conclusiones más controvertidas y absurdas. Como por ejemplo, que dormir en un cementerio y tocar cadáveres te acercará a la comprensión del universo. Isaac adoptaba la misma técnica, pero no era tan convincente como lo había sido Woodbine. Me preguntaba cuánto tiempo iba a durar.

Puede que Isaac acabase por lavamos el cerebro y convertirnos en seguidoras. Cuanto más tiempo pasásemos encerradas en el búnquer, menor sería nuestra resistencia.

Le pregunté a Patti si ella creía que nos iba a lavar el cerebro, y me dijo que no era probable. Entonces sus ojos se iluminaron. Había tenido una idea: ¿y si fingíamos que aceptábamos las divagaciones de Isaac y que sus esfuerzos de adoctrinamiento nos habían convencido? Quizá terminara por confiar en nosotras y bajase la guardia. Pero podía parecer descabellado, y era probable que tardásemos un tiempo en ponerlo en marcha. Si no se daba cuenta inmediatamente de nuestro plan, podían pasar semanas o meses hasta que nos dejase abierta una salida para huir. Y necesitábamos salir de allí lo antes posible.

Nos dimos cuenta de que podía parecer más convincente si solo una de nosotras fingía sucumbir al hechizo de Isaac. También podía acelerar las cosas. Yo sería la que actuaría como si las ideas de Woodbine estuvieran, de nuevo, llegando a mí. Patti fingiría que eso la horrorizaba. Nos volveríamos una contra la otra, y así Isaac empezaría a confiar en mí. Quizá me brindaría una oportunidad para traicionarle e intentar huir, y yo no la aprovecharía. Dejaría que pensase que actuaba por lealtad. En realidad, lo que haría sería esperar a que bajase realmente la guardia. Y entonces, cuando se presentase la siguiente oportunidad, yo movería mi ficha.

Isaac volvió al búnquer con un humor de perros. Nos abroncó por el estado de la habitación y por nuestro olor.

De un ladrido, nos dijo que empezásemos a limpiar y se sentó en el rincón, observándonos en silencio. Esta vez no hubo sermones. Patti se echó a llorar mientras limpiaba un estante e Isaac tiró la linterna contra la pared. Decidí que no era el momento de poner en marcha el plan.

Isaac se fue y no volvió durante días, o eso pareció. Nos habíamos terminado la barra de pan y habíamos llegado al fondo del bote de manteca de cacahuete. Quedaban tres botellas de agua. Si Isaac tuviese un accidente, o si fuese a la cárcel por algún motivo y no le dijese a nadie dónde estábamos, moriríamos. O quizá Isaac nos abandonase a propósito. Tal vez dejara que nos pudriéramos.

—¿Tienes la misma sensación que cuando eras adolescente? —Patti tenía la cabeza apoyada en mis piernas. Estábamos las dos tumbadas en el suelo. Pensaba que ella dormía y su voz me sobresaltó.

—¿Cómo?

—Cuando vivías con la secta. ¿Tenía algo que ver con esto?

—Bueno, no. No estaba encerrada contra mi voluntad. Bueno, no exactamente.

—¿Qué crees que habría pasado si no hubiese aparecido la policía? Si Woodbine no hubiese ido nunca a la cárcel, y todo eso.

—No lo sé. Supongo que me habría quedado allí y ya está.

—Así que eras feliz. A lo mejor esto no estará tan mal. Te gustaba estar en la Granja.

—Quizá algunas veces. Pero echaba de menos a madre. Y una buena parte de aquello era horrible de verdad.

—Pero te habrías quedado. Eras más feliz en la secta de lo que lo eras en casa.

—No lo creo. No, era terrible.

—¿Y por qué te quedaste?

—¿Por qué te quedaste tú con Dougie?

Isaac volvió de un humor más agradable. Vació y limpió nuestro

cubo-retrete y nos trajo más botellas de agua, manteca de cacahuete y una nueva barra de pan.

—Siento haber estado ausente tanto tiempo. Mi padre tenía un encargo para mí y no pude escaparme hasta que lo acabé. Pero las cosas siguen su curso. Dentro de no mucho tiempo os podré llevar a las dos a la nueva propiedad. A Jess también. Y puede que a alguien más; estoy trabajando en ello. La comunidad va creciendo. Solo tenéis que tener paciencia.

—No pasa nada —repuse—. Estamos bien.

—¿En serio? Me alegro de oírlo. Tenemos que tener el búnquer listo para el padre Woodbine. He estado en contacto con uno de los guardias de la Prisión del suroeste y, por ese lado, las cosas también parecen ir de perlas. El guardia está pagado por mi padre, y creo que puedo hacer que nos ayude; eso sería fantástico.

—Maravilloso.

—¿Sí? —dijo Isaac—. ¿Crees que es maravilloso?

—Bueno, sí. He tenido mucho tiempo para pensar aquí abajo, y me ha hecho darme cuenta de que tienes razón. Quizá ha llegado el momento de reconstruir los Ciudadanos de la Luz. Ahora que ya soy mayor y he tenido tiempo de reflexionar, me doy cuenta del valor de la visión del padre Woodbine. Vuelve a venir a mí. Siento de nuevo la conexión con el Dios-Espíritu.

—¿En serio? —dijo Isaac—. ¿Y tú, Patti? ¿Has tenido alguna gran revelación?

Patti se quedó mirando a sus pies.

—Ya se dará cuenta —intervine yo—. La ayudaré a ver el camino. Es solo que, para ella, es algo nuevo.

—De acuerdo —aceptó Isaac. Me miró, con el rostro inexpresivo. Le sonreí, pero tuve que apartar la mirada. Sus ojos eran como jeringuillas.

—No te preocupes por Patti —lo tranquilicé—. Yo hablaré con ella. —Isaac no respondió.

Alcé la vista; sus fríos ojos seguían fijados en mí.

—Terminará por acceder.

—Me decepcionas, Colleen —dijo Isaac.

—¿Perdón?

—¿En serio crees que soy así de estúpido? No pienso tolerar el engaño. Las cosas iban muy bien. Ahora tendrás que ser castigada.

—Pero…

—Cállate.

Isaac se acercó a coger la bolsa de arena para gatos. La puso dentro del cubo-retrete.

—Ahora tendréis que usar el suelo, como los perros. Quiero que penséis en lo que habéis hecho. Con lo bien que iba todo.

Tomó el cubo y se fue.

32

Poco después de que Isaac se fuese, tuve que vaciar mis intestinos. No pude aguantar más. Era diarrea, y ardía al salir. Lloré de dolor todo el rato. Después la cubrí con una lona, pero el olor era abrumador. En aquel momento me quería morir. Patti trató de consolarme, pero la brutalidad de la situación se había convertido finalmente en algo irresistible. No me sentía un ser humano.

Después de una hora de llanto y temblores, empecé a calmarme. Incluso dormí un poco. Cuando me desperté, Patti me hizo beber un poco de agua. El generador se había vuelto a apagar. Estábamos sentadas en la oscuridad.

—Si pudieras salir de aquí ahora mismo, ¿qué harías? —dijo Patti.

—¿Qué quieres decir? Llamaría a la policía.

—De acuerdo, ¿y después?

—No lo sé. Asegurarme de que madre está bien.

—Vale, pero aparte de eso. Sales de aquí y ves a tu madre y a Isaac lo matan en la cárcel y todo se arregla. Luego, ¿qué?

—No lo sé. ¿Tú qué harías?

—Me daría una ducha bien larga y me cepillaría el pelo. Luego me pondría ropa limpia, mi chándal. Me enroscaría en el sofá y miraría la tele. El programa que fuera.

—¿Sí?

—Eso mismo. Y prepararía café. Y pediría comida a Tuscano's. Y miraría porno en mi iPad.

—Ah.

—Supongo que quiero volver a Toronto. A casa. Pero no quiero que Dougie esté allí. Espero que esté vivo y a salvo, pero quiero que esté en otra parte. Europa, por ejemplo. ¿Crees que Isaac lo ha

matado?

—Patti, no. No digas eso.

—Las dos oímos los disparos.

—Eso no quiere decir nada.

—Sí, bueno…

Cuando Isaac volvió finalmente al búnquer, daba la sensación de que había pasado una década. Isaac dijo que había sido un día y medio. Cambió las baterías del generador y nos trajo toallitas desinfectantes, papel de cocina y una bolsa nueva de arena. Fue a la otra habitación mientras Patti y yo hacíamos lo posible para limpiar nuestra zona. Casi vomité al ver el desastre que había debajo de la lona, pero logré sobreponerme. Cuando acabamos, Isaac se llevó nuestra basura.

—Espero que hayáis empleado vuestro tiempo para pensar sobre lo que habéis hecho —dijo Isaac—. Yo también he estado pensando. Tenemos que prepararos para el trabajo que os espera, en la propiedad. Eso significa que vais a adoptar un nuevo régimen de ejercicio que he desarrollado. Para poneros en forma. A partir de ahora os traeré también batidos de proteínas. No puedo dejar que os debilitéis. También tengo algunas otras ideas, pero aún no nos vamos a meter en eso. Bueno, aquí tenéis.

Nos dio una botella de plástico a cada una. En la etiqueta decía Batido de proteínas Core Power High.

—Vamos a tener que hacer algo con ese maldito olor —prosiguió Isaac—. Quizá poner unos cuantos ventiladores y dejar la puerta abierta durante un rato. Eso podría ser arriesgado. No sé. Pero esto no puede estar así para nuestro huésped de honor. Debería traeros ropa limpia, también. En todo caso, os enseñaré los ejercicios. Poneos las dos de pie.

Nos hizo hacer sentadillas, flexiones, zancadas y diversos tipos de estiramientos. Con el espacio tan abarrotado y las cadenas que nos conectaban era incómodo, pero Patti y yo seguimos las instrucciones de Isaac lo mejor que pudimos. Ambas estábamos doloridas y débiles, y cada movimiento nos causaba dolor. Pero lo hicimos, e Isaac pareció satisfecho.

—Cada vez será más fácil —dijo—. Mañana lo intentaremos otra

vez. Pronto veréis resultados. Eso es bueno. Bebeos los batidos. Me voy, pero esta vez no tardaré tanto. Voy a intentar pasar más tiempo aquí abajo, con vosotras. Debatir de verdad. Poneros a las dos en el buen camino. Más adelante habrá lecciones más estructuradas. Las cosas van a mejor. Va a ser increíble.

Se marchó. El batido de proteínas no era fácil de tragar, pero luego me sentí un poco mejor. Habíamos estado subsistiendo solo con manteca de cacahuete durante mucho tiempo. Casi notaba los nutrientes nadando de un lado a otro de mi cuerpo.

—No creerás realmente que lo maté, ¿verdad?

Me desperté y vi a Isaac sentado en el suelo, a mi lado. Las luces estaban encendidas. Gotas de sudor en la frente de Isaac. Sus ojillos minúsculos parecían estar presionando sus órbitas, tratando de huir.

—¿Cómo dices?

—Tienes que saber que yo no maté a Leonard —dijo Isaac—. Nunca hice nada para hacerle daño. Era mi amigo.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque es verdad, demonios. ¿Por qué iba a mentir? Te tengo aquí, ahora. No puedes hacer nada. Si le hubiera matado, lo diría.

—¿Y qué hay de Dougie? El marido de Patti.

No dijo nada. Yo miré a Patti; estaba tumbada en el camastro, detrás de mí, dándome la espalda. No sabía si me estaba escuchando.

—¿Lo ves? Eres un embustero.

—No he dicho nada. Pero no nos alejemos del tema. Esto es importante. Necesito que sepas que no maté a Leonard. Era mi amigo.

—Eso dices tú.

—Lo era. Yo no veo a mucha gente. Y todos los tipos que trabajan para mi padre son unos capullos. Todos y cada uno de ellos. Pasar tiempo con estos cretinos me hizo pensar que todo el mundo era así. Sentía como si el mundo entero se hubiese vuelto loco. Como si todos fueran groseros y altivos, y me trataban como si fuera un enfermo mental. Pero Leonard no era así. Era respetuoso. Amable. Comprensivo. Si no fuera por él y por Jess, no tendría esperanza alguna para la humanidad. Ya sé qué no tiene ni punto de

comparación con lo que tú sufriste al perderlo, pero yo me hundí cuando me enteré de lo que le había pasado a Leonard. La muerte no significa nada para el difunto, pero la muerte de Leonard sí significó algo para mí. Por eso fui al funeral Tenía que despedirme de mi amigo.

—Pues vaya amigo. Si no te hubiese conocido, aún estaría entre nosotros.

—Y a veces desearía no haberlo hecho. Pienso en ello cada día. ¿Recuerdas la foto mía que viste en el periódico? Es la imagen de un hombre roto. Había renunciado a todo, incluso a Woodbine. No importaba nada. Leonard se había ido. Jess no hablaba conmigo, solo en su trabajo. O incluso en el trabajo, casi nunca. El universo me había fallado. Hasta que viniste a buscarme. La muerte de Leonard fue un verdadero examen, y no creo que lo hubiese aprobado de no ser por ti. Tengo una deuda de gratitud contigo.

—¿Se puede saber qué hacías en el casino?

—Estaba haciendo un trabajo para mi padre. ¿Leíste lo del timador ruso?

—Sí.

—Mi padre había recibido un soplo, diciéndole que vendría. También me consiguió un trabajo en el casino para que pudiera vigilar por si venía el ruso y, en tal caso, poder pillarlo antes de que se fuese con sus ganancias. Hacerle chantaje. Hacer que cambiase y trabajase para mi padre. Pero seguridad lo pilló primero. Y no la seguridad que trabajaba para mi padre. Llamaron a la poli. Algunos de los capullos de la organización de mi padre creen que fui yo el que se chivó.

—De acuerdo, digamos que tú no mataste a Leonard. Entonces, ¿qué le pasó?

—Ya sabes lo que le pasó. Se suicidó. Entiendo que puede ser difícil de aceptar, pero es la verdad.

—Pero ¿por qué? ¿Por culpa de Woodbine? ¿Por toda esa palabrería de «la muerte es la luz natural de Dios»?

—El padre Woodbine nunca predicó la autodestrucción. Tú lo sabes. Es más complicado. Es difícil conseguir una respuesta concreta en una cosa así. Es siempre una combinación de factores internos y externos. Pero hay algo que debes saber.

—¿Qué?

—Antes del fallecimiento de Leonard, yo lo había presionado. Quería que te trajese aquí. Al búnquer.

—¿Por qué?

—Tú eras uno de los miembros originales. Sabía que al padre Woodbine le gustaría. Pensé que también sería un paso importante para Leonard. Había recorrido un largo camino y conseguido muchas cosas, pero no estaba del todo comprometido con la causa. Al mantener en secreto su importante labor, estaba viviendo una doble vida. Y el sentimiento de culpa que le provocaba ocultarte todo esto estaba acabando con él. Piensa en lo que podría haber conseguido si hubiera vivido una sola vida, centrada en el servicio a los Ciudadanos de la Luz. Como yo.

—Y Leonard no quería traerme aquí.

—Sí quería, o eso decía. No dejaba de decir que necesitaba más tiempo. Que necesitaba mostrarte lo que hacíamos, pero sin correr el peligro de ahuyentarte. Estaba seguro de que, si encontraba la forma perfecta de contártelo, te unirías a nosotros alegremente, sin tener que presionarte. Pero yo no era tan ingenuo. Sabía que tú no vendrías de buen grado. Acabé hartándome de los aplazamientos de Leonard. De su falta de compromiso. Le ordené que te trajese.

—Y él ¿qué dijo?

—Dijo que lo haría —respondió Isaac. Lo contemplé. Se había dado la vuelta y miraba la entrada—. Era un jueves por la noche. Estábamos aquí abajo, probando el sistema de filtración de aire que él había comprado. Le dije que tenía que traerte antes de que terminase el fin de semana. Que, si no lo hacía, lo expulsaría. Que si no era capaz de demostrar su devoción al padre Woodbine y a la causa, seguiríamos nuestro camino sin él. Me suplicó que me lo replanteara, pero yo me mantuve firme. Aceptó hacerlo, y me fui.

—¿Y qué pasó?

Isaac no dijo nada. Seguía dándome la espalda.

—Isaac.

—Esa fue la última vez que vi a Leonard.

33

Isaac volvió a dejamos solas. Mientras Isaac me contaba todo lo de mi marido, Patti había estado durmiendo. Yo no le conté nada. Lo que hice fue oírla hablar sobre lo que le apetecía comer hasta que volvió a quedarse dormida. Después, en el silencio, no podía dejar de imaginarme a Leonard. Aquí abajo, en este mismo cuarto. Frustrado, solo. Tomando de la pared la escopeta de caza de su padre. Subiendo la escalera de mano, saliendo al bosque. Consciente, premeditado. Necesitaba pensar en otra cosa.

Empecé a trabajar en un nuevo guión de *Jinetes de Exley*. Isaac no nos había dejado nada para escribir, así que tuve que limitarme a pensar el episodio. Mary Valentine se despierta en mitad de la noche y se dirige furtivamente a los establos. Abre todas las puertas, despierta a los caballos, los lleva hacia los pastos y los guía más allá de la valla, hacia el aparcamiento. «Venga», dice. Luego va hacia la caseta del portero. Al lado de la segadora de césped encuentra un bidón de gasolina. En un estante, una caja de cerillas largas. Se lleva estos dos objetos al dormitorio, al sótano. Camina por los pasillos, vertiendo gasolina a su paso. Escaleras arriba, hacia el vestíbulo. Rasca tres cerillas al mismo tiempo y las deja caer en el charco de gasolina junto a sus pies. Luego va hacia arriba por las escaleras, hasta el segundo piso. Pasillo adelante. Oye dispararse la alarma de incendios.

El sonido es muy potente. Continúa hacia su habitación. Los estudiantes están saltando de sus camas, yendo hacia el pasillo. Pánico. Mary camina tranquilamente, los deja atrás. Penélope, la compañera de litera de Mary, sale corriendo de su habitación con la jaula de su periquito. «¡Vamos!», dice Penélope, pero Mary no le hace caso. Entra en la habitación. Se tumba en la litera. Cierra los

ojos, escucha los sonidos de voces estridentes, el eco de pasos apresurados en el pasillo. Olor de humo que sale de los conductos de ventilación. Mary se queda dormida con una sonrisa en el rostro. Fundido en negro. Títulos de crédito.

Soñé que estaba en mi cama, en casa, y un ratón estaba royendo mi almohada. El ruido me mantenía despierta. Le dije al ratón que se fuera, pero siguió mascando. Muy cerca de mi oreja. Yo estaba demasiado cansada, no podía mover la cabeza. Me desperté en el búnquer y seguía oyendo el ruido de mascar. Miré hacia Patti. Estaba de rodillas junto a la entrada de la habitación, cavando en la tierra. Con el capuchón de la barra de desodorante.

—Eh, ¿qué estás haciendo?

—Agarra algo y ven a ayudarme —contestó Patti—. Vamos a hacer una trampa.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a cavar un agujero, justo aquí. Tan profundo como podamos. Lo taparemos con la lona y la cubriremos con un poco de tierra para que parezca normal. La próxima vez que Isaac entre, pisará en él. A lo mejor se rompe la pierna. Sea como sea, lo sorprenderemos. Entre las dos lo podemos sujetar y hacernos con la llave de las cadenas.

—No sé qué decirte, Patti. ¿Y cómo sabemos que lleva la llave encima?

—No lo sabemos. Pero, joder, es probable que sí la lleve. ¿Tienes una idea mejor?

—¿Cuánto has avanzado?

Patti se movió a un lado para mostrarme sus progresos. Había un hueco en el suelo, del tamaño de un plato de postre, más o menos.

—Esto son solo unos minutos de trabajo —explicó Patti—. Pero será más rápido si cavamos las dos. Busca algo. Si sacas la parte del espray de ese frasco vacío de limpiador, puedes utilizarla. Isaac puede bajar en cualquier momento.

Cogí el frasco y me uní a Patti junto a la entrada. El suelo era bastante duro; íbamos a tardar una eternidad en cavar un agujero lo bastante hondo. Pero seguí cavando. Pronto, el polvo inundó el

pequeño cuarto. Nos cubrimos la nariz con el cuello de la camisa y entrecerramos los ojos. Me dolían los dedos. No parecía que avanzásemos demasiado. Quizá el hueco fuese un poco más ancho.

—¡Mierda! —exclamó Patti.

Lanzó la tapa del desodorante contra el suelo. Rebotó y se perdió debajo del camastro.

—Necesito un trozo de papel de cocina —dijo, tendiendo la mano. Sus nudillos estaban sangrando. Supongo que le había resbalado la mano y los había rascado contra el suelo.

Me acerqué al camastro para coger el rollo de papel. El material de limpieza estaba en una caja, debajo de él.

—Coge también el capuchón —dijo Patti—. Creo que está por ahí debajo.

Era incapaz de ver nada, así que metí la mano debajo del camastro y tanteé por donde vi, más o menos, meterse el capuchón. Había dos cajas de plástico, pero no pude encontrar el capuchón. No había nada entre las cajas, ni contra la pared. Debía haberse deslizado hasta el final. Quise sacar la más grande de las cajas de debajo de la cama, pero estaba muy encajada. Tuve que forzarla un poco. Al sacar la caja, algo cayó al suelo. Supuse que era el capuchón del desodorante.

Metí la mano debajo del camastro y saqué un sobre grande. Tenía un trozo de cinta adhesiva en la parte de arriba. Alguien lo había pegado debajo del camastro.

—¿Qué es eso? —preguntó Patti.

Abrí el sobre. Estaba lleno de cartuchos de gran tamaño. Había seis. Cartuchos de escopeta.

—Dios mío —dijo Patti—. ¿Son cartuchos? Me pregunto qué más habrá escondido por aquí.

—Creo que son para la escopeta.

—Es una pena que no podamos tirárselos a Isaac muy deprisa.

—Dios mío.

—¿Qué?

—Aún está aquí. Creo. La escopeta. Isaac la dejó en el otro cuarto, al lado de la escalera de mano. Estoy casi segura de que sigue ahí.

—¿En serio? Dios mío. Si pudiéramos alcanzarla…

—Quizá podamos.

Miré la cadena, la viga, la entrada de la habitación. Si la cadena fuese un poco más larga, pensé, podríamos llegar al cuarto de delante. Y si la escopeta aún estuviese allá y lo bastante cerca, podríamos agarrarla.

—¿Y si una de nosotras se sube allá arriba? —pregunté—. Si acercas lo bastante el tobillo a la viga, podría darme suficiente longitud de cadena.

—Vale la pena probarlo.

Patti se puso de pie y levantó los brazos sobre la cabeza. Se acercó a la pared y agarró la viga con ambas manos. Luego escaló la pared hasta que tuvo los pies cerca de la viga. Se agarró a ella con los costados de los pies, como si fuera un perezoso.

—¡Eso es! —exclamé—. ¿Puedes hacerlo mirando hacia el otro lado, con los pies más cerca del pasillo?

—Mierda. —Patti dejó caer los pies, soltó la viga y se quedó allá, jadeando—. Es difícil. No sé cuánto tiempo puedo aguantar. Pero sí, probablemente pueda hacerlo al revés. ¿Crees que bastará? Tienes que hacerlo rápido.

Me puse de cuatro patas frente al corto pasillo, debajo de la viga. Patti estaba de pie encima de mí. La luz aún estaba encendida en el cuarto de la entrada, pero no veía si la escopeta seguía allá.

—¿Estás lista? —preguntó Patti.

—A punto.

La cadena tintineó cuando Patti subió las piernas. Miré sus pies agarrándose a la viga, sobre mi cabeza.

—¡Venga! —dijo Patti.

Me puse a gatear lo más rápido que pude. Estaba a poca distancia del extremo del pasillo. Noté resistencia. Me detuve de inmediato para no dar un tirón a la cadena y tirar a Patti de la viga. Me tumbé boca abajo con cuidado; estirando los brazos, podía llegar al cuarto de la entrada.

—Deprisa —dijo Patti detrás de mí, con voz apagada.

Manoteé frenéticamente. Veía que la escopeta no estaba justo enfrente de mí; solo parte de los estantes y parte de la escalera de mano. Pero había ángulos muertos en las esquinas de la entrada que estaban a mi alcance. Noté una bolsa de basura vacía. La aparté. Un cubo. Y entonces toqué algo que me pareció lo que buscaba. Metal frío. La forma correcta, apoyado en la pared. Lo agarré y tiré hacia

mí; era la escopeta.

Me arrastré hacia atrás tan rápido como pude, arrastrando la pesada arma.

Patti estaba gritando.

—La tengo. Ya voy.

Mientras me arrastraba de vuelta a nuestra pequeña cámara, cayó sobre mi espalda. Me clavó la rodilla en el espinazo; el dolor era increíble. Pero no importaba. Teníamos una vía de salida.

El tiempo se alargaba. No saber cuándo Isaac estaría de vuelta en el búnquer, ni siquiera si volvería, era una tortura. Pero sí volvería, sabía que lo haría. Nos tomó un rato averiguar cómo hacerlo, pero finalmente logramos cargar dos cartuchos en la escopeta. La inclinamos contra la pared junto a la entrada, donde Isaac no pudiese verla. Cuando bajara por la escalera de mano, yo la tomaría y la prepararía. Cuando entrase en nuestra habitación, lo estaría apuntando con ella. Patti le mostraría los otros cartuchos, para que supiese que habíamos encontrado la munición. Lo obligaríamos a abrir los grilletes y se los pondríamos a él. Lo dejaríamos a él encerrado en el búnquer. Quizá esperásemos unos pocos días antes de informar a la policía para darle una cucharada de su propia medicina.

—Si intenta hacer algo, tendrás que dispararle —dijo Patti.

—Lo haré. Pero no lo hará. Nos dejará marchar.

—Es solo por decir que tienes que estar preparada para utilizar esa cosa, si es necesario.

—Lo estoy. Pero no será necesario.

Me desperté de un susto, por un tintineo. Estaba en el suelo, junto al camastro. Me puse en pie de un salto. No había querido quedarme dormida. Se oían pasos en la escalera. Isaac estaba de vuelta.

—Patti —susurré.

Patti estaba apoyada en la pared. También se había quedado dormida. Me miró, y entonces se dio cuenta de lo que sucedía.

—Mierda —dijo, en un murmullo.

Apareció una silueta al final del pasillo. Isaac empezó a moverse hacia nosotras. Fui a agarrar la escopeta, pero Patti se había adelantado. La había cogido y apuntaba con ella a la entrada.

—¿Estáis despiertas? —preguntó Isaac, agachándose para entrar en la habitación.

Hubo una explosión. Un relámpago de luz. La sensación fue como si hubiese explotado una bomba. Me caí hacia atrás, contra el muro. Patti se cayó encima de mí. Había apretado el gatillo. Le había disparado. El cuarto estaba lleno de polvo y humo.

Isaac estaba en el suelo. Me pitaban los oídos. Patti se sujetaba el brazo con un gesto de dolor. Frente a ella, en el suelo, yacía la escopeta. Me puse de pie y me acerqué a Isaac. Estaba tumbado boca abajo. Había sangre en el suelo. Estiró la mano frente a él para agarrar la escopeta. Le di una patada y la mandé contra la pared. Isaac levantó la cabeza. Sangre en el rostro. Me miró. Me di la vuelta y me situé de pie encima de él, mirando a Patti, con los pies a ambos lados de los hombros de Isaac. Alargué la mano y cogí la cadena que tenía fijada en la pierna. Tenía la longitud suficiente para rodear con ella el cuello de él. Empecé a tirar.

Isaac luchó, pero yo le puse el pie contra la nuca. Tiré con todas mis fuerzas, tanto como pude. Isaac luchó y se retorció. Yo no podía mirar. Miré a Patti. El pitido en mis oídos me impedía oírla, pero veía que estaba gritando. Yo también grité. Polvo por todas partes. Mis oídos aún pitaban. Tiré de la cadena. Isaac luchaba.

Entonces, dejó de luchar. Su cuerpo se aflojó debajo de mí. Yo seguí tirando. Y entonces solté la cadena. Se había terminado. Me senté en el suelo, junto al cuerpo sin vida de Isaac, y recuperé el aliento.

34

Rebusqué en los bolsillos de Isaac. Tuve que darle la vuelta. Tenía la camisa empapada de sangre; al parecer, Patti le había acertado en las costillas. No me atrevía a mirar. En uno de los bolsillos de delante había un juego de llaves. Me manché las manos con la sangre de Isaac al cogerlas. Una de ellas era mucho más pequeña que las otras. La probé en el grillete de mi tobillo y entró a la primera. Me quité el grillete y le pasé las llaves a Patti.

Tenía el tobillo completamente inflamado. Me dolía como un demonio. Miré a Patti. Me estaba diciendo algo, pero mis oídos seguían pitando y no la oía. La habitación olía a azufre.

—¿Qué dices?

Señaló hacia la entrada. Tomé del suelo una botella de agua llena y entré en el cuarto de delante, pasando por encima de Isaac. Patti me siguió, agarrándose el brazo. Empecé a subir por la escalera de mano. Sabía que la puerta del búnquer no estaría cerrada, porque Isaac estaba abajo, con nosotras, pero de todos modos me preparé para la horrorosa posibilidad de que no se abriese. La empujé para abrirla, lo que no me resultó fácil en mi débil estado, y la luz del sol se derramó sobre nosotras. Por algún motivo, había pensado que estábamos en mitad de la noche. Llevaba casi dos semanas sin ver luz natural. Me impulsé para salir del agujero y me dejé caer en la hierba. Poco después salió Patti. Solo utilizó un brazo para subir la escalera de mano; el retroceso debió de haberle hecho daño en el otro, pensé.

—¿Estás bien?

—¿Qué? —respondió Patti.

Ahora ya podía oírla. El pitido había disminuido un poco. Volví atrás y cerré la puerta del búnquer. Eché el cerrojo. Luego tiré del

cuadrado de hierba y oculté la portilla. Sabía que no había motivo para encerrar el cadáver de Isaac en el búnquer, pero tuve que hacerlo. Si hubiese podido amontonar ladrillos de hormigón encima de la puerta, también lo habría hecho.

Abrí la botella de agua y me bebí la mitad. Había moscas zumbando a mi alrededor. El sol brillaba sobre los árboles. Le pasé la botella a Patti, que se bebió el resto.

—¿Me oyes ahora?

—Sí. Dios mío. ¿Qué ha pasado ahí abajo?

—¿Por qué le has disparado?

—No lo sé. Estaba asustada. Sucedió, y ya está. ¿Y tú por qué lo has estrangulado?

—Yo también estaba asustada. Estaba intentando hacerse con la escopeta.

—Lo hemos matado. Estás cubierta de sangre. Supongo que yo también. Ahora somos unas asesinas. ¿Hacia dónde queda la carretera?

Señalé al oeste.

Caminamos en silencio, el sol cayendo sobre nosotras. Nos movíamos lentamente. Los mosquitos nos picaban. Me dolían los músculos y quería tumbarme. Sentía náuseas. Cada vez que apoyaba el pie derecho, el que había llevado el grillete, notaba un dolor agudo en la pierna. No vimos a nadie. Solo pájaros y ardillas. No dejamos de movemos. Tardamos casi una hora en llegar a la vía de servicio. El coche de Leonard no estaba. Tampoco el coche de alquiler de Dougie. Íbamos a tardar al menos media hora en llegar a la primera intersección, puede que más. Quizá pasase algún vehículo, pensé yo, que pudiera llevarnos a la comisaría de policía. O podría prestamos su teléfono. Empezamos a caminar por la carretera.

—Escucha —dijo Patti—. Voy a volver a Toronto. Pero no puedo ir a casa. Sea lo que sea lo que haya pasado con Dougie. ¿Puedo quedarme contigo y con tu madre?

—¿Quieres vivir conmigo?

—Solo temporalmente. Puedes decir que no.

—Tendría que preguntárselo a mi madre. No, no tengo que

preguntarle nada. Le encantará que estés en casa. Por supuesto que puedes quedarte conmigo. Hasta puedes quedarte con mi cama.

—No me voy a quedar con tu cama, Colleen.

—Ya veremos.

Llegamos a la intersección. No había ningún vehículo a la vista. Seguimos caminando. El sol caía a plomo sobre nosotras. Me paré para vomitar. No era más que agua. Patti me ayudó a ponerme en pie y continuamos andando. A lo lejos apareció un camión. Giró y se dirigió hacia nosotras. Nos detuvimos y le hicimos señales con las manos en el aire. Bajó la marcha, pero pasó a nuestro lado. Había una joven en el asiento del conductor. Se paró. Sacó la cabeza por la ventanilla. Parecía que llevaba un uniforme de Dairy Queen.

—¿Estáis bien? —preguntó—. ¿Qué os ha pasado?

Abrí la boca para decir algo, pero simplemente me eché a llorar. No pude evitarlo. En mi interior, en alguna parte, me derrumbé.

Me desperté en una cama de hospital. No había nadie más en la habitación. Las cortinas estaban echadas, pero noté que era de noche. Tenía puesta una vía intravenosa. Oía a personas hablar en voz baja en el pasillo. Me dolía todo el cuerpo. Llamé a Patti, pero nadie respondió. Pronto volví a quedarme dormida.

La próxima vez que abrí los ojos, madre estaba en la habitación. Estaba sentada en una silla junto a mi cama. Miraba hacia el suelo. Parecía vieja. Al haber vivido con ella toda mi vida, la había visto envejecer poco a poco.

—Madre —le dije.

Levantó la vista. Había estado llorando. Se puso de pie titubeante, se precipitó sobre la cama y me abrazó. Grité de dolor.

—Lo siento —dijo madre—. Pobrecita. —Pero siguió abrazándome.

Aquella noche me quedé en el hospital. Madre también. Me contó que se había preocupado cuando dejé de responder a sus llamadas, y que finalmente llamó a la policía e hizo una denuncia

por desaparición. Apenas había dormido, se había pasado casi todo el tiempo mirando el teléfono, esperando noticias que nunca llegaban. Era como si me hubiese desvanecido, me dijo. El coche de Leonard aún no había aparecido. Por la mañana vinieron dos detectives y me entrevistaron. Se lo conté todo. Leonard, los viajes a las cataratas del Niágara, Isaac Kindler, el búnquer. Cómo Isaac y Woodbine estaban planeando resucitar los Ciudadanos de la Luz, que incluso habían adquirido una nueva propiedad. Les pedí que comprobasen si una mujer llamada Jess, que trabajaba en el restaurante Roswell's, estaba a salvo.

Me dieron de alta ese mismo día, y madre me llevó a casa. Patti ya estaba allí, con todas sus cosas. También había pasado la tarde anterior en el hospital, aunque la mandaron a casa por la noche. Parecía cansada, pero dijo que se encontraba bien.

—¿Se sabe algo de Dougie? —Yo estaba de pie a la entrada de la habitación de madre; Patti estaba sentada en la cama con una bolsa de patatas fritas sabor barbacoa. Madre había decidido dormir en el sofá para que Patti pudiera tener su propio espacio.

—Encontraron su coche de alquiler —contestó Patti—. Oculto en la parte de atrás de un centro comercial, en las afueras de la ciudad. Había sangre en el portaequipajes.

—Oh, no.

—Van a comprobarla; y, desde luego, siguen buscando. Me llamarán. Acabo de hablar con la madre de Dougie. Vienen hacia aquí, y se quedarán en mi casa. Menudo lío.

—Lo lamento, Patti.

—Bueno, yo me alegro de estar sobre tierra de una puta vez. Han venido periodistas, por cierto.

—¿Periodistas?

—Supongo que la historia ha salido a la luz. ¿Has hablado tú con alguien?

—Solo con la policía.

—Pues prepárate. Yo los he mandado a todos a la mierda. Pero tú, haz lo que quieras.

A lo largo de las semanas siguientes, los periodistas pasaron por casa. Hubo llamadas telefónicas. Montones de correos electrónicos, de periodistas, productores y gente que hacía podcasts. Hubo agentes de policía emplazados fuera de la casa debido a la conexión

de Isaac con una organización criminal. Oí a un cajero del Shopper's Drug Mart hablar de la historia, y me enteré de que Woodbine le había dicho a un entrevistador que no sabía nada de la existencia del búnquer, ni de los planes de Isaac para sacarlo de la cárcel. El cajero decía que aquello era cuento. Yo me mantuve anónima. En Piccolos, vi el *Metro* de Toronto sobre una mesa, y en la primera página había fotos del interior del búnquer. Volví a casa de inmediato, sin comprar nada. Hice lo posible por no hacer caso de la atención mediática y concentrarme en Patti y madre. Asegurarme de que se encontraban bien. Ellas, a su vez, hicieron lo mismo por mí.

35

Una noche, madre preparó té y bocadillos de queso a la parrilla, y nos sentamos las tres en el salón. Estaba a punto de empezar *Jinetes de Exley*. Patti mojó el bocadillo en el té. Utilizaba el tazón azul de las cataratas del Niágara.

—El tazón de Niágara —dije yo—. Era el de Leonard, ¿verdad?

—¿Sí? —contestó madre—. Pensaba que lo utilizábamos todos.

—Quería decir que lo compró Leonard.

—De hecho, fui yo quien lo compró. ¿Te molesta? Lo tiraré.

—No, no pasa nada. Pero ¿cuándo estuviste tú en las cataratas del Niágara?

—No estuve, lo encontré en un mercadillo de segunda mano.

—¿Y por qué compraste un tazón que decía Niagara Falls?

—Necesitábamos un tazón.

Nadie dijo nada durante un rato. Miramos la serie. Madre sorbió su té.

El episodio empezaba con Mary Valentine oyendo voces fantasmales que salían de los grifos del lavabo de chicas. Las voces le decían «ven aquí abajo». Mary informaba a la directora, que le decía a Mary que tenía que dormir más y que dejase de molestarla con tonterías.

—Es el problema de esta serie —opinó Patti—. Cada semana pasa alguna locura, con extraterrestres o algo así, y los profesores nunca se creen a los alumnos. Deberían pegarles un tiro a los guionistas.

—De hecho, podría formar parte de una línea argumental que abarcase toda la temporada —dije yo—. Una línea en la que los profesores se vieran poseídos por una fuerza sobrenatural, y el hecho de que no se creyeran a los chicos formaría parte de ese

mundo.

—O también puede ser que los guionistas sean un montón de incompetentes.

—Confía un poco en ellos, He visto algunos episodios fantásticos.

—¿Qué edad se supone que tiene Mary Valentine? Parece como si ya tuviera que estar en la universidad. O licenciada y trabajando en una oficina.

—Brie Coolidge-Smith tiene veinte años, y el personaje tiene ahora dieciséis, que tampoco es tan distinto. Creo que, de hecho, parece bastante joven para su edad.

—Parece una abuela.

—Venga ya.

—Y, cuando los chicos van a caballo, siempre se ve que son especialistas. Es como si ni siquiera intentasen disimular.

—Brie Coolidge-Smith monta a caballo ella misma.

—¿Quién? ¿La abuela?

En ese momento, a madre le dio un ataque de risa. Dejó caer el bocadillo. Con convulsiones, se dobló por la cintura.

—Lo siento —pudo articular madre. Tenía los ojos cerrados. Se agarraba las costillas y se sacudía de la risa—. Lo siento mucho.

Empecé a ver a una nueva terapeuta; madre también. Patti decía que estaba pensando en ir ella también, pero quería esperar a ver cómo «nos iba» a nosotras. La doctora Brahn era agradable, y a veces su recepcionista ponía bollería danesa. Yo era incapaz de olvidar lo sucedido en el búnquer. No podía dejar de pensar en lo que le había hecho a Isaac. La sensación de la cadena alrededor de su cuello, de mi pie presionando en su nuca. Cada vez que me venía a la cabeza, que era a menudo, automáticamente me estremecía o soltaba un leve gemido. La doctora Brahn me estaba ayudando a enfrentarme a todo esto. También hablábamos sobre Leonard. Sobre mi dolor. Había mucho por desentrañar, pero la doctora Brahn hacía que pareciese posible. Que pareciera que había un camino adelante.

Patti volvió a su antiguo empleo en Innovative Business Standards. Contaba que la gente se la quedó mirando durante las

primeras horas, pero que la novedad pronto se agotó y volvieron la atención a sus crucigramas y a su ganchillo. Al parecer, Ken fue despedido mientras nosotras no estábamos. Había pillado a una pobre chica, Tara, jugando a Candy Crush mientras estaba encuestando, y tiró su teléfono contra la pared, con tal fuerza que la atravesó. Yo era reacia a volver al centro de llamadas, pero necesitaba el dinero. Mi cuenta corriente estaba vacía, y había agotado el crédito de mi tarjeta en las cataratas del Niágara. También le debía dinero a madre por la deuda acumulada en su tarjeta. Una tarde me metí en el coche con Patti cuando iba al trabajo, para preguntar si podía volver. Esperé abajo mientras Patti subía; no quería molestar a los supervisores durante un cambio de turno. Anduve arriba y abajo en el vestíbulo durante diez minutos y luego me metí en el ascensor con dos personas que llegaban tarde. Jimmy y Wanda. Estudiantes de instituto, o al menos de aspecto muy joven. Había trabajado con ellos durante dos años o así, aunque nunca habíamos hablado. No pareció que me reconociesen.

—¿Crees que esta noche nos dejarán salir pronto? —preguntó Wanda.

—No lo sé —contestó Jimmy—. Anoche no salimos pronto.

—No me importaría si esta noche saliéramos una hora antes.

—Sí. Pero entonces perderíamos una de nuestras pausas.

—¿Y? Prefiero salir una hora antes que tener una pausa más.

—Sí; pero, si nos quedamos, nos pagan la hora.

—Es verdad. Supongo que me gustaría que me pagasen esa hora de más, pero también me gustaría salir antes.

—Ya. Yo igual.

Cuando Jimmy y Wanda salieron en el piso del centro de llamadas, yo me quedé y volví a bajar al vestíbulo en el ascensor. Ya encontraría otro trabajo.

Más tarde, esa misma semana, Patti me convenció para ir a The Blue Drop, el bar de deportes que había detrás de casa. Me lavé la cara y dimos la vuelta a la manzana hasta la entrada. Aunque llevaba mirando hacia The Blue Drop por la ventana de mi dormitorio desde que era una niña, nunca había estado dentro, en realidad. No estaba mal. Desde el aparcamiento, una se lleva una

impresión distinta del lugar. Como si estuviese lleno de vómitos, de gente orinando por cualquier parte y de palabrotas. Pero había familias comiendo hamburguesas, y gente a la que reconocí de Piccolos. Nuestro cartero estaba en la barra, tomándose una pinta de cerveza con alguien que llevaba un sombrero de vaquero. La música era enérgica, pero no estaba muy alta. Cestillas de patatas fritas por todos lados. Nadie nos molestó. Patti y yo nos sentamos en un cubículo cerca de los lavabos. Pidió un vodka tonic para cada una.

—Bueno —dijo Patti—. Dos viudas, saliendo por la ciudad.

—Patti, no es seguro que Dougie ya no esté. Podría estar oculto en alguna parte. Espera a ver lo que descubre la policía.

—Está muerto. Está muy claro. Obviamente, es algo horrible, pero ya ves. No hablemos sobre ello.

—Como tú prefieras.

—Nunca me has contado nada de Leonard, de lo que te dijo Isaac. ¿Sabes lo que pasó?

Le relaté lo que Isaac me había contado, que le había ordenado traerme al búnquer. Que Leonard, que estaba bajo el hechizo de Isaac pero seguía siendo leal a mí, no pudo soportar la presión.

—Leonard se pegó un tiro cerca del búnquer. No hubo ningún pistolero misterioso. Ningún agente ruso en las sombras. Solo Leonard. Estaba luchando con algo, él solo, y no pudo soportarlo más.

—Es horrible, Colleen. Lo siento.

—A lo mejor podía haberle ayudado. Si hubiese hablado conmigo…

—No lo sabías.

—Exacto. No lo sabía. Mi matrimonio era un chiste. No conocía a mi marido más de lo que conozco a ese barman de ahí.

—La verdad es que es bastante mono.

—Soy idiota. ¿Cómo no me di cuenta de que alguna cosa no iba bien?

—No eres idiota. Leonard te lo ocultó todo, y se le daba bien hacerlo. No quería que conocieras esa parte de él. Y supongo que es una lástima que no la conocieras. Pero también te lo puedes tomar de otra forma: lo que viste fue lo mejor de él. Eso fue lo que se reservó para ti.

—No estoy muy segura de eso.

—Es la verdad. ¿Conoces a Ted Bundy? Bueno, hay una versión de él que es la que mató a todas esas pobres mujeres. Pero también trabajó en una línea de ayuda contra el suicidio. ¿Sabes a cuantas personas probablemente salvó? Tenía su lado bueno. Es como si hubieras estado casada con Ted Bundy y lo único que supieras de él fuera lo de la línea de ayuda al suicida y no supieras nada de los asesinatos. No estarías casada con Ted Bundy, el asesino en serie: lo estarías con Ted Bundy, el que ayudaba a las personas y salvaba vidas.

—Leonard no era Ted Bundy. No asesinó a nadie.

—Más a mi favor —repuso Patti.

La comparación era incorrecta y un tanto ofensiva, pero Patti tenía, en parte, razón. El Leonard al que yo conocía era un buen hombre. Amable. Cariñoso, a su manera. En retrospectiva, no es que fuese la relación más profunda y satisfactoria. Éramos como vecinos, o colegas. Pero nos llevábamos bien. Él me hacía feliz. Las partes buenas de nuestro matrimonio seguían siendo buenas.

Patti y yo bebimos más vodka tonics. Chismorreamos sobre la gente del centro de llamadas. Rememoramos las cataratas del Niágara; al principio, cuando las cosas aún eran más o menos divertidas. Cuando salimos del bar, las dos estábamos bastante achispadas, y decidimos saltar la verja del patio trasero de madre en lugar de dar la vuelta a la manzana. Yo aupé a Patti y ella saltó al otro lado. Luego busqué en el suelo para encontrar algo en lo que subirme, como un cubo o una papelera, y vi un objeto brillante junto a mis pies. Lo recogí. La armónica de madre.

De vuelta, la casa estaba en silencio. Patti se había acostado en la habitación de madre. Madre estaba tumbada en el sofá, babeando sobre un cojín. Puse la armónica en la mesita para que madre la viera nada más despertarse. Fui a mi habitación y abrí el portátil. Por última vez, abrí *La isla de los renos*.

Heartsong atravesó corriendo el aparcamiento, a la luz de la luna. Dejó atrás las pistas de tenis, subió por la ruta ecuestre y finalmente llegó a Lorenzo Snow Beach. Siguió galopando. El extenso Hotel Golden Plates se fue alejando a medida que

Heartsong se dirigía hacia la costa norte de la isla.

Finalmente, Heartsong llegó al enclave que yo andaba buscando: la cala Wilford Woodruff. Una pequeña playa en el extremo norte de la isla. Había que pasar a través de un puesto de árboles de Navidad que se encendían con luces intermitentes para llegar a la cala, que estaba oculta. Una playa secreta. En el centro exacto de la cala, un pequeño trozo de tierra se elevaba del agua. En él se alzaba una estatua dorada de un reno con alas, ascendiendo a los cielos. Heartsong anduvo hacia el centro de la playa y contempló la estatua, las olas y el horizonte distante, apenas distinguible bajo el oscuro cielo. Una brisa tranquila le acariciaba el pelaje. Dejé a Heartsong de pie en la playa y cerré el portátil.

SAM SHELSTAD, nueva voz de la narrativa canadiense. Enseña escritura creativa en la Universidad Metropolitana de Toronto y también ha sido profesor de inglés. Sus cuentos han aparecido periódicamente en diversas revistas y también se han reunido en el volumen *Cop House* (2017). *Ciudadanos de la Luz* es su primera novela.